

# **LOS CUATRO DRAGONES**

**(Una novela alquímica)**

*Por*

**John Tyrson**

“...la Iniciación no se puede conceder de ningún modo en los templos de las órdenes autotituladas “iniciáticas” sino que se conquista en la vida cotidiana a través de la purificación y de la “recta acción”. Las pruebas de los elementos se presentan día a día en nuestro trabajo, en nuestra familia, con nuestros amigos y en nuestra comunidad. El enfrentamiento con los dragones es permanente.”

“Mientras que desde una perspectiva secular, la Alquimia es considerada tan sólo una precursora imperfecta de la química, la tradición iniciática siempre ha enseñado que el verdadero trabajo alquímico se fundamenta en la transmutación del propio alquimista, mediante una ardua labor de purificación interior.”

Phileas del Montesexto

2012

## PRÓLOGO

Escribí este libro con la intención de que fuera una obra dirigida a todo público, pero principalmente con la esperanza de captar a jóvenes interesados en el desarrollo espiritual.

Como todo contador de historias he procurado entretener, hacer volar la imaginación, provocar emociones auténticas en el lector.

Pero también, como todo relato, es la transmisión de las propias emociones, de las íntimas reflexiones y pensamientos. Es la sustancia de una vida que se plasma en letras. Es una transferencia de la experiencia de la vida. No tanto de las cosas sucedidas, que están convenientemente disimuladas por la fantasía, sino de lo que queda, de la leyenda personal. La forma en que uno concibe su propia historia y cómo la vive. Y los valores que pone en juego en ello.

He buscado además, familiarizar al lector con la simbología, eligiendo para ellos las claves de la disciplina de la Alquimia.

Símbolos y claves alquímicas que pautan el devenir, el avance de la vida.

También hablo de la Alquimia como operación espiritual de transformación que se identifica con y en los procesos de la naturaleza.

En una palabra: Alquimia como reconocimiento, experimentación y vivencia de las etapas de la vida física y espiritual. Alquimia como un sistema que nos permite comprender todas y cada una de las circunstancias de nuestra vida en una forma integrada y sin dissociarnos. Y Alquimia como transformación y renacimiento.

Lejos, muy lejos están los “sopladores de carbón” y los que, supuestamente, han comprendido todos estos procesos mediante la reflexión y estudio de la operación sobre metales para transformarlos en oro. Creo más bien, que los alquimistas han identificado en la materia de los metales todas estas transformaciones y mutaciones para crear un lenguaje críptico y accesible solo a los iniciados.

Pero hoy, Siglo XXI, todo parece estar a disposición de todos. Lo que ha contribuido a velar aun más aquellos viejos secretos.

Pero mis ambiciones han ido mucho más allá. He procurado introducir al lector en el mundo de los mitos y de la mitología, sugiriendo su vigencia y su potencia, como permanentes y peligrosos egrégos que pueden llegar a determinar la vida de los seres humanos sin que estos lo perciban.

En ese sentido, advierto también sobre los peligros de la imprudencia en el manejo irresponsable de todas estas fuerzas. A pesar de que sé muy bien, y por propia experiencia, que el buscador inquieto no va a dejar de intentarlo, de experimentar, de ir un poco más allá. Pera “ver qué pasa”.

En el mismo tenor, el relato también incuye una reflexión acerca de las responsabilidades adquiridas por lo que uno crea, en cualquier sentido. Incluso un libro como éste.

También llamo la atención sobre los dramas del mundo fantástico y las maravillas del mundo real. Y la importancia de la cadena de la causalidad que conecta el pasado con el presente y enlaza ambos mundos al punto de hacerlos indistinguibles uno del otro

Pretendo además, tal vez demasiado ambiciosamente, que la lectura de la obra sea un ejercicio de imaginación activa que permita experimentar, al sumergirse en los personajes, la experiencia del cambio íntimo y personal. Y así dejar la semilla con toda la potencialidad para convertirse en árbol si cayó en la tierra preparada.

Algo similar a lo que le ocurre al testigo, al personaje que se entera de la historia y que sufre ante la terrible opción de la vida del azar, o el camino en “el filo de la navaja” que experimenta todo aquel que se atreve y se somete a un Orden Superior.

Todo aquel que emprende El Camino. El Camino del Héroe.

El autor  
Agosto de 2012

## **CAPÍTULO 1**

### **FRANCO**

Fue contemplando el Tirreno Meridional que encontré el significado profundo de la palabra “azul”. Ese azul me susurraba algo limpio y grandioso. Algo con contenido épico. Ulises y Eneas habían recorrido esas aguas y esas costas, en busca de la gloria y en busca de sí mismos, siendo simples marionetas de dioses veleidosos e imprevisibles. Y allí había muerto Palinuro, el navegante y amigo de Eneas que cayó al mar, como un despiadado tributo exigido por Venus a su hijo Eneas antes de que pudiera experimentar la gloria de la fundación de Roma. Todos ellos, dioses y hombres, habían forjado aquellas historias que repiten una vez más la gesta del hombre, el mito del héroe. La eterna gran aventura. La que vivimos todos sin saberlo, en mil formas diversas, en mayor o menor intensidad; alguna vez en la vida. ¡Ah, los antiguos dioses siguen actuando!, aunque hoy día tomen formas diferentes. Pero todo eso lo supe después, cuando la realidad amplió desmesuradamente los límites que hasta entonces conocía; cuando conocí la historia de un muchacho inocente que conjugó en sí mismo la terrible tensión de un antiguo drama.

Ese día, bajo un sol glorioso y a la vista de ese azul míticamente sugerente, me dirigía a un pueblito del sur de Italia en busca de una historia local. No sabía que me iba a encontrar con la gran historia de siempre.

El sendero se angostaba a medida que ascendía y el paisaje era cada vez más bello. Curva tras curva, cada vez más cerradas, el horizonte aparecía y desaparecía en esa mezcla azul blancuzca de mar, sol y cielo. La brisa era franca y fresca, y la montaña me susurraba amigablemente, con voces del viento en los olivos y cantos de pájaros que no llegaba a ver. El motor de mi auto zumbaba sin molestar y ya alcanzaba la cima luego de decenas de curvas que bordeaban precipicios tan abruptos como hermosos.

A mediodía llegué a un pueblito: Partenakio, decía el cartel a la entrada. Reminiscencias griegas en el nombre. Sí amigo, los nombres son ficticios; y algunos de los hechos. Soy historiador y me debo a esos hechos, pero también soy humano, y todos sabemos que hay cosas que es mejor preservar de la mirada y de la visita curiosa y anecdótica. Después de todo, sigo fiel a la esencia de la cosa, a la

alquimia de la vida, al resultado, que es lo que verdaderamente importa en este relato. Al increíble e irreal resultado final.

Olivos, olivos por doquier, y más arriba robles, algunos pinos y árboles de montaña que no llego a distinguir; como en toda esa zona. Más olivos. Y redes extendidas bajo ellos para recoger el fruto que cae. Estamos en diciembre, la cosecha está finalizando. Una cosecha que se hace en forma natural, sin otra tecnología que la red, sin otra fuerza que la naturaleza y la ley de la gravedad. Una muestra acabada del ritmo de vida de la gente de montaña en el sur de Italia, que ya ni siquiera apalea el olivo para hacer caer sus frutos en el momento adecuado. Un ritmo lento, natural, con mucho de tristeza y de pensamientos insondables.

Las ancianas con el pañuelo negro en su cabeza, como toda su indumentaria, me miraban duramente al pasar. Miradas desafiantes, inquisitivas, atemorizantes, miradas casi fuera de lugar en aquellas viejitas magras, morenas y arrugadas por el sol y por los años.

Los hombres, bajos, fuertes y serios, apenas levantaban la vista de las cartas que jugaban, a veces agresivamente, en una mesita de madera en la puerta de un café.

Era un pueblo como tantos otros de la zona, en la cima de una montaña, construido allí hace cientos de años para que la geografía salvaje pusiera un obstáculo importante a las invasiones de los piratas sarracenos que asolaban las costas del Mediterráneo cientos de años atrás.

Un pueblo que moría. Y que quería morir solo, sin ningún extranjero que alterara mínimamente su ritmo implacable.

Estaba en el sur, en la Italia profunda, en “la otra Italia”.

Traté de no mirar mucho a nadie. Quería salir de allí.

Al fin, unos cuatrocientos metros más abajo, sobre la orilla del mar, vi mi destino final: Marina de Partenakio. Y más allá, a una tres millas mar adentro. La silueta difusa y cargada de leyenda de la Isla de los Pájaros, con su orgullosa y solitaria montaña que se erguía como una aguja en medio del mar. El lugar de mi investigación, el lugar donde encontré muy poco de la historia que buscaba.

Marina de Partenakio era algo completamente diferente a su pariente de la cima.

Si bien el invierno le daba el mismo aspecto frío y lento de la montaña, en su arquitectura se podía ver el dinero y el trabajo, en suma: el producto de los italianos que viajaron a América en los 50 y los 60 y volvieron con mucho dinero para invertir.

Un paisaje privilegiado a orillas de ese mar azul y playas bellísimas enmarcadas entre montañas y cielos, no podían sustraerse a la presión del turismo. Es así que restoranes, hoteles, entretenimientos,

y numerosas casas para alquilar, caracterizaban al pueblo que descendía suavemente hacia el mar. Un *paese* de unas dos mil almas que recibía a treinta mil durante los casi cuatro meses del verano. Casas y hoteles construidos en los años sesenta y setenta, y un barrio histórico en el centro, con casas grises y centenarias que se erguían serias dibujando callejuelas angostas y sinuosas que, pese a su oscuridad, no dejaban de tener su encanto local cuando eran flanqueadas por macetas floridas en los balcones, con parras añosas que trepaban dos y tres pisos, y allí y acá, hermosas y frondosas *bougainville*, la popular Santa Rita sudamericana.

Claro, en pleno invierno casi todo estaba cerrado, las parras lucían desnudas y las *bougainvilles* no estaban en flor. Y el ritmo era marcado por la expectativa de otra Navidad donde las gentes se recogían en busca de su intimidad familiar y espiritual.

Dejé mi automóvil en algún lado y comencé a caminar y a pensar sin rumbo. Como acostumbro a hacer antes de comenzar formalmente una investigación. Me gusta sumergirme en el ambiente, sentirlo, palparlo, serlo. Después comienzo a hacer alguna entrevista y recién entonces estoy en condiciones de leer y preguntar en profundidad. Esto me evita generar preconceptos o paradigmas fuertes que al final no me permiten apreciar otras realidades ocultas.

Por lo tanto, de la Isla de los Pájaros sabía muy poca cosa. Que allí había un castillo posiblemente templario y que en un tiempo reciente fue habitada por un extraño individuo que decía ser el Rey de la isla. Lógicamente, lo del rey era anecdótico, me interesaba el castillo como parte de mi investigación sobre los templarios en Italia, un tema que me estaba dando grandes satisfacciones e interrogantes crecientes, y sobre el cual, la revista de difusión cultural para la que trabajaba, me daba carta libre.

El hecho de no saber nada más y de tener todas las posibilidades abiertas a lo que fuera, me encantaba, me estimulaba, me permitía apreciar lo imprevisto y aceptar la existencia de señales, de símbolos. Algo que, de una forma u otra, había ido definiendo el camino de mi vida. Demoré 56 años para darme cuenta de ello Y por no comprenderlo antes vivo solo. Pero en fin... como tantos otros buscadores del mundo.

Los 24 de diciembre suelen ser fechas peligrosas para la revisión de vida.

Llegué a la plaza, sin saber cómo. Suelo empedrado, una iglesia pequeña con el santo local como eterno vigilante del lugar, un restorán y un café donde cuatro hombres mayores jugaban a las cartas. Alguno me miró con una curiosidad gastada por ver tanto turista en verano. Lo único raro era verlo en invierno.

Un viejo camión entró a la plaza y comenzó a desacargar unos leños enormes. Eran para la enorme fogata a iniciarse esa noche. Los fuegos de diciembre, para festejar el solsticio de invierno, el nacimiento del sol que en esos días comienza a crecer nuevamente y los días ganan una vez más el tiempo a las noches. Una reminiscencia pagana que la Iglesia católica no ha podido exterminar. Es más, la absorbió, ¡creó la Navidad y asimiló el nacimiento del sol al nacimiento del Cristo!

Entré en la iglesia. Penumbras, soledad, paz y frescura. Y la carga emotiva de miles y miles de plegarias, de misas, de sufrimientos, de velatorios, de casamientos, de pedidos y de promesas. Una carga que para el espíritu sensible, puede ser tanto fuente de congoja como de confort. O para el espíritu inquieto, fuente de energía para exaltar su alma y potenciar su arte mágico.

Caminé por los costados de la única nave. Decenas de pesebres eran expuestos por las gentes del pueblo para la ocasión. Los había sencillos, elaborados, grandes y pequeños. Y todos ellos conservaban tapado bajo un paño al niño Jesús. Recién a las doce de la noche serían descubiertas las imágenes, después de la vigilia del veinticuatro, cuando acontecía el nacimiento.

“El Cristo que nace”. Un eterno retorno, un mito, una fuerza que se repite en el humano y en la humanidad por siglos.

Y lo de siempre: estucos blancos y dorados, imágenes y estatuas de *La Madonna*, del santo local y el gran crucifijo en el altar. Allí me detuve. No soy católico, y algunos de los motivos por los cuales entro a una iglesia se los he contado. Pero el tema de Jesús siempre me cautivó, siempre me hizo experimentar cosas extrañas, trascendentes. El tipo de cosas que modelan el alma. Como lo hace el dolor. O el amor.

Me quedé mirando la estatua, sufriente, sin vida, a pesar de su mirada perdida. Definitivamente no es esa la idea del Jesús que alimenta mi alma. El que imagino y pienso no es el “Jesús del madero, sino el que anduvo en la mar”. Gracias Machado, gracias Serrat.

“Transformación”. La idea golpeó literalmente mi mente mientras me perdía en la contemplación de la imagen y vagaba entre mis pensamientos. Me sorprendió por lo inesperado, por lo nítido. Decidí retenerla, memorizarla. Otras veces me ha sucedido lo mismo y he visto que siempre la experiencia cobra un sentido concreto y deja una huella.

Pero ahora lo que golpeó mis sentidos fueron un sonido estridente y un murmullo creciente.



Me di vuelta y vi que la iglesia comenzaba a llenarse de gente. Muchos de ellos me miraban con curiosidad. Venían a rezar la novena, en su último día. Decidí retirarme, un poco por respeto y otro poco porque las miradas duras y penetrantes me estaban clavando como alfileres. Otra vez el sonido estridente. Venía de la plaza, eran gaitas. Los gaiteros, como supe después, eran traídos de la montaña –previo contrato, claro, estamos en la modernidad- para sonar sus gaitas durante los nueve días de la novena anunciando el nacimiento. Los instrumentos eran confeccionados en forma tradicional, con panza de carnero, y eran la mencionada gaita y otro similar más pequeño llamado la *zampogna*. El sonido, cuando estaban en la iglesia, era fuertísimo y agradable. Glorioso.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde y ya la noche acechaba anunciada por una brusca caída de la temperatura ayudada por un *libeccio*<sup>1</sup> que soplaba con cierta fuerza. Subí el cuello de mi abrigo y me puse los guantes.

Entré al café de la plaza.

En los café siempre se puede comenzar a preguntar, a sumergirse en el tema, en el lugar.

El encargado me miró como lo hacen los millones de encargados de los café de ese tipo en el mundo: la cara sin expresión, los ojos cansados, un poco de pelo sobre la frente y ambas manos apoyadas muy separadas sobre el mostrador.

Soy español, vivo en América y me considero ciudadano del mundo. No era la primera vez que estaba en Italia –ah!, aquel verano... tenía veinticinco años... Por lo tanto conocía bastante bien el idioma. Sí, lo había aprendido con ella, una *ragazza* cuyo recuerdo aun me entibiaba.

-Un café.

Me lo sirvió con movimientos mecánicos. No me tomó de sorpresa, como le ocurre a muchos turistas. Un café pequeñísimo, oscurísimo y fuertísimo. Y casi tibio. Nunca entendí eso de los italianos. Pero lo tomé sin rechistar. Era un pretexto para preguntar.

El encargado hizo un cortés esfuerzo por no hablarme en dialecto –no entiendo una palabra- y se expresó en un italiano con entonaciones de napolitano.

De la Isla de los Pájaros no sabía nada, él era muy joven, solamente que allí había vivido un tipo muy loco en los años después de la guerra. Decían que había quedado amarillo de tanto comer huevos de pájaros. Y nada más. Del castillo ese, -yo no lo vi nunca-, el que

---

<sup>1</sup> Viento del sector sudoeste en el Mediterráneo. Toma el nombre de una antigua referencia que marca, para un observador situado en el mar Jónico, el viento que sopla desde Libia. Con la misma referencia se nombran los vientos de todos los sectores del Mediterráneo. (N del A)

puede saber es el viejo Franco. Es la persona más vieja del pueblo, pero casi no habla. Y no se le ve nunca.

-¡Marco!, ¿sabes donde vive el viejo Franco?

Un setentón petiso y arrugado por el sol se acercó caminando con un balanceo pronunciado. “Pescador”, pensé mirando las manos morenas, anchas y tajeadas.

Sí, lo conocía, pero... era medio raro. ¿De la Isla? He ido a pescar, bajé un par de veces. No, no me gusta el lugar.

Dudó un poco.

-Allí murió gente..., hace años...

-¿En la guerra?

-No, después, fue en el año del terremoto. Dicen..., yo en realidad no sé nada. Pero hablan de cosas muy raras. Hablan de un viejo que se volvió loco y vivía allí, había quedado amarillo de tanto comer huevos de pájaro. A cada embarcación que pasaba le gritaba diciendo que era el Rey de la Isla.

No supe qué decir ante tamaña historia, pero aguanté la risa y continué charlando.

Y después fue el consabido intercambio de apellidos conocidos, parientes que emigraron a América, etc.

-Y el viejo Franco vive allá arriba, en la punta, donde comienza la Cala de las Gaviotas, detrás de la torre sarracena. Pero no sé si lo recibe, ¿sabe? Lleve algo de queso y vino, ¡y unas aceitunas!, eso siempre es bueno. A veces ese viejo no sabe donde vive, ni en qué fecha.

Salí a la plaza. Ya era de noche y las campanas atronaban marcando las seis.

Busqué donde alojarme. Lo hice en un pequeño y prolijo *albergo* en la calle principal, cerca de todo.

Cené en un restorán cercano. La pizza italiana, ¡por supuesto! Que no es la mejor del mundo. Si los italianos probaran las pizzas de los países sudamericanos del Atlántico, derramarían lágrimas de humildad y felicidad. Pero en fin, margarita con cerveza y a solas conmigo y mis pensamientos. Me gusta.

Cuando finalicé me dirigí a la plaza. Ya había bastante gente en la calle, todos caminando hacia allí, alegres, nerviosos, con paquetes de dulces y comidas variadas.

El fuego ya había tomado dimensiones casi de desastre. Una inmensa hoguera de unos cinco metros de alto y cuatro de diámetro, que hacía crepitar llamaradas enormes y arrojaba chispas por doquier. Las gentes a su alrededor, pero no muy cerca porque el calor era mucho a pesar del gélido aire de la noche. Todos felices compartiendo los alimentos mientras los niños arrojaban cohetes al fuego que

estallaban con potencia. Era lo que quedaba de los antiguos fuegos del solsticio donde se compartían alimentos para disimular el hambre de aquellos que nada tenían.

Un momento alegre, de exaltación pagana, previo al recogimiento religioso de la misa de las doce.

Lentamente se fueron retirando al tiempo que ensayaban algunos cánticos. Iban a cenar, nada de carne, por supuesto y volverían para la misa. Colmando por completo una iglesia en penumbras, que lentamente iría iluminándose hasta brillar a pleno a las doce de la noche. Acompañando el nacimiento. Y entonces comenzaría la ceremonia.

Me quedé un rato más en la plaza. Miré el fuego que comenzaba a menguar ante el avance de una llovizna suave. Miré la iglesia, dudé. Y me fui a dormir.

Por la mañana desayuné y pensé. Pedí más información en el *albergo* acerca del viejo Franco y su domicilio.

Me respondieron precisamente, pero con caras de extrañeza y un toque de alarma, como si yo no estuviera muy seguro de lo que estaba haciendo.

No es la primera vez que entrevisto tipos raros, lo hice con indígenas de los Andes y con brujos de la Argentina. Con Pai de Santos y Mae de Santos, con testigos comunes, con trabajadores y con expertos varios. Normalmente me recibieron bien, excepto una vez en Bolivia donde un *yatiri*<sup>2</sup> me corrió con una cuchilla, molesto por la insistencia de mis preguntas. Una enseñanza más... Por lo tanto, no me iba a inquietar en absoluto por lo que pudiera pasar.

Decidí no llevar nada. Después de todo estaba en Europa y no en un valle perdido de los Andes.

Bajé hacia la costa y comencé a caminar hacia el sur. Desemboqué en un puerto deportivo y pesquero, para unas trescientas embarcaciones. Seguro que eso en verano se llenaba con los más lujosos yates.

El paseo era hermoso, con palmeras y pequeños restaurantes, alguna boutique y par de cafés, otras tantas heladerías, y lugares de comida al paso. Casi todo cerrado.

El puerto finalizó y comenzó la línea de costa, de hermosas playas con cantos rodados, calas tranquilas y aguas transparentes, y en cada punto elevado desde donde se veía una gran parte del mar, una torre sarracena: una construcción en piedra con forma de pirámide trunca y de unos diez metros de alto y unos seis metros de lado. La parte de

---

<sup>2</sup> Brujo boliviano de la etnia aymara.

abajo se usaba como establo para la dotación de caballos, la parte media para la guarnición, y al tope se encendían los fuegos de señales. Esto conformaba el sistema de alerta y defensa que en la antigüedad se usaba para anunciar la llegada de los piratas sarracenos. Es por esta razón que los pueblos más antiguos se encuentran en el interior, literalmente montados sobre montañas que caen a pico. A los piratas se les hacía mucho más difícil incursionar en estas fortalezas.

La costa finalizó y comencé a subir la montaña por un sendero bastante claro que conducía a la torre sarracena que me habían señalado.

Me detuve para descansar y contemplar la Isla de los Pájaros, una mancha verde negruzca que se recortaba en un mar brillante por el reflejo del sol. Hacia el oeste, unas nubes oscuras crecían anunciando tormenta.

“Navidad”, pensé. Tal vez no fuera un buen momento para visitas. O tal vez le alegrara la vida a un anciano solitario.

Ya tenía la casa a la vista. Un caserón de piedra gris, grande y viejo, casi en la punta de la montaña, con una vista hermosa hacia el pueblo y hacia el mar.

Olivos alrededor, y varios frutales.

Promediaba la mañana cuando llegué, un poco cansado y transpirando a pesar del aire frío del lugar. Aun se veían los restos de la helada de la noche anterior, manchas blancuzcas espaciadas en medio del pasto.

Un enorme olivo se erguía un tanto solitario al frente. Su tronco retorcido, lleno de bultos y rajaduras, con profundas grietas y agujeros oscuros, denotaban los cientos de años del árbol. Cada accidente de su corteza, cada herida, y cada rama gruesa y generosa en hojas y seguramente en frutos, mostraban su edad y sus vivencias. Me hizo recordar a las personas, que lucen en sus cuerpos y en sus almas el inclemente latido del tiempo y las huellas del paso de la vida. No parecía haber nadie. Me acerqué.

La casa era mucho más grande de lo que parecía desde abajo. Dos o tres pisos, no estaba seguro por la construcción en declive. Ventanas con persianas cerradas y ventanales amplios con vidrios opacados. Una puerta de doble jamba, de buena madera. Techo de tejas de donde brotaban un par de chimeneas. Una de ellas con una voluta de humo gris.

A un costado vi una puerta de garage desde donde salían dos anchas huellas, seguramente de una camioneta moderna, que bordeaban la montaña hacia el lado opuesto de donde yo había venido. Desde afuera se escuchaba muy suave el zumbido de un motor,

seguramente un generador. Pero mucho más contrastante con todo, eran las antenas que se erguían a un costado del techo: un par de parabólicas, una de ellas muy grande.

Todo el conjunto era antiguo y sólido, con algún toque de modernidad que hacía pensar en una vivienda permanente a través de muchos años.

Pero las huellas de camioneta, los cristales opacos en los ventanales, el generador y las parabólicas no me hacían pensar en un anciano medio loco y abandonado. Sino en una persona que estaba en permanente contacto con el mundo.

Fue entonces que el graznido me sobresaltó. Miré hacia el suelo y vi un ave negra que acompañaba a saltos mi caminata. Era un cuervo, y me miraba muy fijo, alternativamente con un ojo y con el otro.

Nunca me interesaron ni me gustaron particularmente las aves, y justo esa parecía muy entusiasmada conmigo. Siguió graznando y saltando a mi lado hasta que con un aleteo se posó en mi hombro.

Eso no me gustó y lo espanté, el cuervo revoloteaba a mi alrededor con granzuidos fuertes y yo a los manotazos.

Entonces escuché un gruñido sordo, creciente, amenazador. El cuervo voló, alejándose.

Me volví lentamente.

Un perrazo enorme, oscuro y de raza indefinida, me observaba al tiempo que desnudaba un poco su dentadura.

A su lado un hombre. Alto y fuerte, muy tranquilo, impasible. A no ser por la *lupara*<sup>3</sup> que descansaba casi descuidadamente entre sus brazos.

El hombre debía andar pisando los ochenta, muy bien llevados. Piel tostada y ojos muy claros, de mirada que podía llegar a inquietar.

Vestía como de campaña, pantalones de lona dura, botas, una chaqueta color verde oliva tipo militar y una gorra siciliana un tanto ladeada bajo la cual asomaban unos pelos blancos y grises un tanto largos.

-¿Qué quiere?- preguntó en un italiano claro y sin acento. No había atisbo de insolencia en su pregunta, ni violencia ni molestia. Tan solo era un pedido de información. Que no podía disimular la ominosa presencia del perro, que seguía con su gruñido sordo, ni la *lupara*.

Intenté, creo que con muy poco éxito, sonreír con amabilidad. Le pregunté si era el señor Franco. Asintió moviendo lentamente la cabeza. Con un seco chistido hizo callar al perro.

Le expliqué cómo había llegado hasta allí, las indicaciones de los vecinos, y de mi investigación acerca de la Isla de los Pájaros. Me

---

<sup>3</sup> Escopeta de caños recortados que se utiliza aun en Italia para defenderse de los lobos. Arma bastante usada por las organizaciones mafiosas italianas. (Ndel A).

atrevo a asegurar que algo cambió por un brevísimo instante en su semblante cuando mencioné la isla.

-Me llamo Lorenzo García...- intenté presentarme sin éxito.

-¿De dónde viene?- preguntó sorprendiéndome.

Un trueno suave se escuchó hacia el sudoeste. Las nubes comenzaron a crecer.

Le dije que venía de España, y que trabajaba para una revista.

Él permanecía inmóvil, mirándome. Yo comencé a acomodarme en uno y otro pie alternativamente. Me cerré más mi saco, metí y saqué las manos de los bolsillos, me saqué los guantes. Sí, estaba nervioso. Ese hombre me miraba, pero de una forma extraña. Yo intuía que de mis respuestas, aun cuando las preguntas fueran lógicas y simples, dependía de conseguir la entrevista o salir caminando de inmediato montaña abajo, sin esperanza de volver.

-¿Y antes?

-Y antes... ¿qué?

-Antes, ¿por dónde anduvo?

Me sorprendió. Y continuaba la presión en busca de respuestas correctas. No tenía otra alternativa que la verdad.

Comencé a hablar y a contar acerca de los lugares donde había estado a lo largo de mis años. De las investigaciones, de los hallazgos, de los fracasos. De los países y de las etnias, de las gentes y de los misterios.

Le conté que había estado casado pero que no funcionó. Hablé de mis trabajos, mis ideas, mis proyectos y mis escritos.

Estaba contando mi vida. Y sentía un extraño alivio al hacerlo.

El viejo suspiró y miró hacia el cielo.

Mi voz fue muriendo sin saber por qué. Esperé.

-Va a llover. Entremos.

Quedé un instante con la boca abierta y rápidamente lo seguí en dirección a la casa, comencé a sentir cierto alivio. Estaba consiguiendo la entrevista. Uno de los hitos más importantes de cada investigación. Pero en absoluto podría decirse que era dueño de la situación, por lo tanto, el hito principal no se estaba cumpliendo. Ni se cumpliría nunca en las horas siguientes.

Entramos, los tres.

La casa gris cambió súbitamente de personalidad. Adentro semejaba mucho más a un *cottage* inglés. Maderas pulidas, una mesa grande y sólida, de madera gruesa y oscura, seguramente nogal, rodeada por seis sillas de alto respaldo, demarcaban el lugar de un comedor que parecía no haber sido usado en mucho tiempo.

Un amplio estar de techos algo bajos, con un desnivel que lo separaba del comedor, delimitaba la sala.

Un sofá y dos amplias y cómodas butacas rodeaban una mesita y se ofrecían frente a una chimenea bastante grande donde aun crepitaban rescoldos del fuego de la noche anterior. A un lado, un gran ventanal a través del cual se veía el mar. Y al otro lado un televisor de veintiseis pulgadas esquinado con las butacas.

En un ángulo de la sala se veía una mesa con un poderoso PC, ruter, impresora-fax, teléfono satelital, etc.

Del techo pendía una enorme araña con doce lámparas. Un par de lámparas de pie y una de bronce sobre el escritorio, completaban la iluminación nocturna del lugar.

Al fondo, se veían los primeros escalones de una escalera que seguramente conducía a los dormitorios y otros ambientes de la casa. Y a su lado, un amplio arco a través de la cual se veía una cocina moderna y cómoda.

El conjunto era bastante acogedor, a pesar de los tonos oscuros y la solemnidad de algún bronce.

Pero ni ese ambiente elegante y tradicional, ni mucho menos el PC ni el teléfono satelital, tenían en absoluto que ver ni con el aspecto del hombre ni con la personalidad que me habían insinuado.

Me señaló el sofá y me senté.

El perro se sentó frente a la chimenea sin mirarme. Franco se dirigió a la cocina.

Volvió al rato con un fiambre, que se revelaría bastante picante, queso *parmigiano*, una jarra de vino tinto y dos vasos.

Se sentó en una de las poltronas. Con un gesto me indicó que me sirviera por mi mismo, al tiempo que él lo hacía.

Permaneció unos instantes en silencio, saboreando el vino. Se levantó, atizó el fuego hasta hacerle brotar llamas generosas que me entibiaron por fuera. El vino lo hacía por dentro.

Recién entonces, mirando el fuego con la mirada algo desenfocada, habló.

-Estás buscando- dijo.

No respondí, me había tomado por sorpresa y no entendía el alcance de la afirmación,

-Estás buscando- repitió- una persona que anda tanto e investiga tanta cosa es porque está buscando algo.

Me encogí de hombros sin saber qué decir. Nunca lo había pensado de esa forma. Para mi era un trabajo, una actividad que me gustaba.

-Y siempre falta algo, ¿no?, siempre queda esa sensación de algo que se escapa.

Sí, tenía razón, me había sucedido varias veces.

Se volvió y me miró. Creí ver algo de simpatía en su expresión.

-Y ahora son los Templarios... ¿Por qué, que tiene ese tema que te interesa?

Suspiré un poco aliviado, me sentía más en mi terreno ahora.

Empecé a explicar. Me interesaba porque era mi trabajo, porque me interesaba todo lo exótico –por eso estudiaba las etnias americanas y sus religiones- porque, después de todo, el ser humano siempre presenta un ángulo diferente, y aparece alguna caverna extraña en sus profundidades. Y los Templarios tenían mucho de eso, y acá en el sur de Italia estaba toda su conexión con Tierra Santa. Y además... toda esa mística de los Templarios como punto de unión de las tres religiones principales. Y... -¿Cuál era su culto en realidad?- me pregunté un tanto sorprendido.

-Estás buscando- insistió Franco desviándome de mi pensamiento incipiente. –Pero no tienes claro qué cosa, ¿verdad?

Me ponía nervioso. Pero era una oportunidad: la oportunidad de hablar muchas cosas que aun no había hablado ni siquiera conmigo mismo. ¡Y hacerlo con alguien que parecía entender!

-Mire, en ese sentido, nunca estuve muy seguro de nada, pero descubrí que siguiendo indicios, señales, que son para mi evidentes, llego siempre a algo. No soy ningún místico ni un “volado”, pero tengo mis años y he aprendido que la cosa no es tan lineal y simple como parece.

Franco asentía lentamente con la cabeza a medida que hablaba. Se levantó a arreglar el fuego una vez más y volvió a su asiento.

-¿Por qué has venido acá, quién te lo ha indicado?

Suspiré. Había sido en Nápoli, tres días atrás. En la Iglesia de San Severo.

Estaba allí por indicación de un amigo –que fortuitamente me llamó por teléfono justo en esos días- que me decía que la visita de esa Iglesia era algo imperdible, tanto por ser una muestra notable de la escultura del 700, como por la simbología que contenía, a la cual muchos le daban un sentido alquímico, masónico... y por lo tanto templario.

Soy muy escéptico en cuanto a la relación directa entre masones y templarios, y poca cosa sé de alquimia. Pero justo estaba en Nápoles. Visité la iglesia en un día gris como pocos. Estaba en una no menos gris callejuela del casco antiguo de Nápoles.

La muestra de arte y todo lo relativo al simbolismo eran verdaderamente increíbles, abrumadores casi. Me faltaban conocimientos para apreciar en su real medida todo lo que allí veía.



Pero por sobre todo, hubieron cuatro esculturas que me llamaron poderosamente la atención y que, de alguna manera, sacudieron mi espíritu.

La mujer velada. Más allá de la maravillosa perfección de la escultura, allí había algo femenino a ser develado.

El hombre saliendo de entre las redes. Un trabajo fino, maravilloso, que mostraba a un hombre en su supremo esfuerzo por liberarse de una red. Un hombre que luchaba por liberarse, fue el saldo mental que quedó en mi, más allá de la interpretación atribuida al autor.

Después, un soldado que salía de su tumba, armado con espada, listo a luchar. O tal vez, habiendo luchado, espada en mano, para liberarse de la muerte.

Y finalmente, el Cristo Velado, suprema obra de esa iglesia. Precisamente en el centro, rodeado de todas las esculturas y simbologías. Era un Cristo cubierto con un velo, tan bien esculpido que algunos atribuyen la construcción del velo a un manto que sufrió un proceso alquímico mediante en cual se marmolizó.

Pero no fue eso lo que quedó en mi síntesis personal. Absorto lo miraba y pensaba que el Cristo, mucho más allá del Jesús histórico, era algo a ser... develado

En eso estaba, profundamente conmovido por algo que era, para mí, en ese momento, una suerte de revelación, cuando siento una presencia a mi lado.

Era un cura. Pequeño, de lentes y de edad indefinida, vestía un hábito franciscano y me miraba fijamente. No era una mirada de curiosidad, estaba atento a mi rostro –que no tengo la menor idea de lo que expresaba en ese momento- más precisamente, tal vez, a lo que sentía, a mi espíritu.

-¿Qué busca?- me preguntó sin preámbulos.

Le expliqué mi investigación, el porqué estaba allí...

Me interrumpió.

-Vaya a la Isla de los Pájaros, queda frente a Marina de Partenakio, hacia el sur. Allí hay un castillo y...- el hombre dudó -y un tesoro-dijo al fin

No habló más.

-¿Templario?- pregunté.

Dudó un poco y me respondió. –Sí – me dio la impresión que podría haber dicho “no”, o “no sé”. Parecía importarle muy poco la respuesta.

-¿Por qué me lo dice, por qué no lo busca usted?

El pequeño sacerdote me miró largamente por encima de la montura de sus lentes antes de responder.

-Porque usted está buscando algo que está velado, algo que debe volver a nacer.

Y se fue.

Franco apenas esbozó una mueca cuando terminé el relato. Pero en general parecía satisfecho con mi respuesta. Y tuve la fuerte impresión de que conocía a ese sacerdote. Por lo menos un leve movimiento de sus cejas se insinuó cuando lo mencioné.

Afuera estalló un rayo.

Franco se acarició el mentón y yo pedí para ir al baño.

Cuando volví se escuchaba el sonido de una lluvia muy fuerte y la tormenta arreciaba. Eran las cuatro y media. Anocheceía. No me explico cómo había pasado tanto tiempo.

Una jarra de vino tinto y una comida típica italiana, lucían apetitosos sobre la mesa. Berenjenas en aceite, fiambres varios, quesos, hongos y *mozzarella di buffala*.

Brindamos y nos deseamos, un tanto mecánicamente, feliz Navidad.

Era Navidad, me había olvidado.

-Una buena fecha para hablar del "Cristo velado"- me dijo.

Estuvimos un rato en silencio hasta que volvió a hablar.

-Alguna fuerza tremenda se ha creado en algún momento como para que esto se reproduzca todos los años.

Me sorprendí, nunca lo había pensado en esos términos.

-Bueno, más allá del Jesús histórico, antes se celebraba el nacimiento del Sol, los egipcios...

-No estoy hablando de eso- me interrumpió. -Hablo del Cristo, de la liberación, del descubrirse, de develarse, de la redención. Hablo del volver a nacer. Hablo de todo lo que viste en esa Iglesia y de lo que te dijo ese hombre.

No me molestó en absoluto el tuteo, casi ni me di cuenta, mi mente estaba procesando los dichos a toda velocidad sin poder llegar a nada.

-Y... ¿el tesoro? -pregunté con cierta duda.

Franco hizo un gesto vago con la mano, como queriendo apartar eso.

-Hablo de lo que te trajo acá. Hablo de alquimia. La alquimia de la vida.

Pensé en el encadenamiento de hechos y situaciones que me habían conducido hasta ese lugar y ese momento. Casi podía reconstruir toda mi vida en esa cadena de circunstancias. Esto no me sorprendía tanto, después de todo estaba acostumbrado a seguir indicios. Lo que me angustiaba era lo de siempre: ¿hasta qué punto tengo libertad de decidir mis pasos, en qué medida soy dueño de mi vida? Eso era algo que siempre me planteaba y que una y otra vez me negaba a pensar en profundidad. O no podía hacerlo. No lo sé.

Lo otro que me ponía nervioso era lo que estaba por venir. Si esto era así, ¿qué me deparaba el futuro inmediato?, ¿qué estaba por vivir?

Y... ¿quién lo decidía? Siempre que llegaba a esto aparecían explicaciones y sentimientos religiosos que rechazaba con fuerza. No quería estar prisionero de los paradigmas de mi niñez.

“Que venga lo que sea.”

-Usted... ¿ha estudiado...eso?- pregunté dudando.

Hizo un gesto vago con la mano.

-Eso se estudia... o se vive.

-Y qué tiene que ver esto con mi investigación y con la Isla de los Pájaros? Porque después de todo es el motivo por el cual me encuentro aquí, ¿no?

Tomó un sorbo de vino. Me di cuenta que aun no había probado nada cuando el hambre me mordió suavemente el estómago.

-Todo- respondió con una voz que denotaba nostalgia, tristeza tal vez.

No sé, en cualquier caso era algo muy profundo.

-Es la alquimia de la vida. Es la historia de Césare y Yelina... y también de Francesco- agregó después de un momento al tiempo que sonreía con algo de nostalgia en su voz y en su mirada, ahora más brillante.

-¿Césare?- pregunté sin saber por qué lo hacía.

Pareció no escucharme, absorto en sus pensamientos.

-Césare era un niño como tantos... pero era muy diferente- se mantuvo un instante en silencio mientras yo no me animaba ni a respirar, consciente de la tensión de un momento especial en la vida del anciano. Y en la mía, y...

-Césare soñaba con dragones-dijo muy lentamente. Y sentí que algo grande se precipitaba.

Otro rayo cercano me sobresaltó. Ataqué la comida y el vino y me dispuse a escuchar. Sentía que los templarios se diluían en algo mucho más trascendente e importante. Algo que forzosamente debía conocer.

Por eso estaba allí.

## CAPÍTULO 2

### CÉSARE

Casi cincuenta años atrás Marina de Partenakio era muy diferente. Aun no había explotado el turismo en su totalidad, muchos de sus habitantes estaban trabajando en Sud América, principalmente en Venezuela, y las construcciones eran solamente las del barrio histórico y las de algún comercio que se instalaba en la periferia del pueblo.

Pocos autos y pocas gentes recorrían el lugar en invierno. En tanto que en verano los turistas que llegaban daban la fuente de trabajo principal para el pueblo. No había estación de tren y las montañas, antes que un marco paisajístico, eran un enorme cerco que aislaba Marina de Partenakio del resto de Italia. Una Italia que aun no despertaba del dolor y del desgarramiento de la postguerra.

La hermosa rambla, la *lungomare*, no existía, así como no existían los terrenos del puerto que fueron ganados al mar en los años subsiguientes. Cuando la Italia se hizo turística e industrial y la Fiat la sacó de su dolor.

Por lo tanto, el lugar del puerto era ocupado por una amplia y protegida ensenada donde flotaban muy tranquilos unos cuantas barcas de pesca, algunas de ellas amarradas a pequeños y sencillos muelles de madera.

En ese pueblo, tranquilo y oscuro, vivían Césare y Francesco. Dos jovencitos de dieciséis y catorce años respectivamente. Siempre juntos, camaradas de mil y una aventuras y pillerías. Amigos, de verdad.

Como tantas veces sucede en las historias y en la vida, uno de ellos era más protagonista y el otro más reflexivo. Así era Césare y así era Francesco. La vida los había hecho así.

Césare era un tanto atípico en ese pueblo. Ni él ni sus padres eran de allí, eran de Torino, al norte. Gentes muy educadas y de un muy buen pasar, a juzgar por como vestían y por el automóvil en el que venían a visitar al abuelo Giovanni, un viejo solitario y a veces gruñon que era el padre de Adriana, la madre de Césare. En una de esas visitas, cuando Césare tenía unos cuatro años, se quedó con el abuelo, viviendo en esa enorme casa en las afueras del pueblo. Y no quiso volver a Torino. Nadie supo por qué, ni nadie supo por qué sus padres consintieron en ello.

Y así se entabló una profunda relación entre el anciano y el niño. Ambos compartían el trabajo y los placeres de una vida bucólica, solamente interrumpida por las idas al colegio del niño y por los ocasionales viajes de Giovanni a la ciudad. Aunque a Césare parecía no importarle en lo más mínimo los viajes de su abuelo, eran una buena ocasión que aprovechaba para extender el área de sus paseos y exploraciones en la montaña. O para ir al puerto a ayudar a los pescadores y a aprender lentamente el oficio y los secretos del mar y de los barcos. Los otros momentos de soledad eran cuando Giovanni se aislaba en la habitación del piso superior, que siempre estaba cerrada con llave. Césare no preguntaba y esperaba pacientemente a que saliera su abuelo mientras probaba a cocinar alguna cosa o se entretenía en el terreno vecino.

Césare, a diferencia de tantos otros niños de su edad, sabía jugar solo. Y pensaba, largo rato con la mirada perdida en el mar o en el cielo.

Desde pequeño se mostró como un niño de una personalidad fuerte y definida, extraña para su edad. Y con un amor profundo por su abuelo. Cuando hablaba de sus padres, su voz se iba apagando y quedaba callado, sombrío. Giovanni sabía muy bien que esa actitud y esa mirada denotaban un profundo dolor e incompreensión. Un dolor que demostraba cada vez que sus padres venían de visita, refugiándose en sus silencios, en sus paseos y en su barca.

Por lo demás, era un niño perfectamente normal, delgado y fuerte, lucía una cabellera oscura, un poco larga para lo que se usaba en la época, y ni el peine ni los lavados lograban evitar que cayera sobre sus ojos, brillantes y negros, que miraban fijamente al punto de inquietar a algún ocasional interlocutor.

La última vez que Césare vio a sus padres fue poco antes de conocer a Francesco, los encontró muy cambiados. Nerviosos, malhumorados, y lo que nunca: desprolijos en el vestir y en el aseo personal.

Esa noche, desde su cuarto, escuchó una fuerte discusión de ellos con su abuelo. Al otro día se marcharon.

Y un mes después su abuelo, muy conmovido, le comunicó que ambos habían muerto en un accidente.

El niño no preguntó nada. Y se fue al mar. Era su forma de ser. Nadie sabía de sus mundos interiores.

Césare era muy callado y no era de hacer amigos. Pero un día, mientras paseaba por las montañas con su honda en busca de enormes e imaginarias presas y de pequeñas lagartijas, encontró a Francesco llorando frente a un barranco.

No era la primera vez que veía al niño, se saludaban con un gesto de cabeza y nunca habían jugado juntos. En realidad Césare no jugaba

con nadie, solamente le gustaba navegar la barca del abuelo, cuando salían juntos, y pescar. Excepto los tediosos meses de invierno y escuela.

Pero ese día Francesco lloraba, y Césare se detuvo a preguntar.

Al niño se le había caído su perrito en el fondo del barranco y no podía hacer nada por sacarlo. El animalito no se veía y ya hacía un rato que había dejado de quejarse.

Césare miró al niño muy serio.

-Yo te lo traigo- le dijo simplemente.

-Es peligroso...

-Yo no le tengo miedo a nada- respondió casi como un desafío.

Y descendió al barranco. Una bajada de veinte interminables, empinados y peligrosos metros, agarrándose con fuerza a un árbol tras otro, apretando los dientes cuando las piedras resbalaban bajo sus pies y quedaba prácticamente colgado de una rama,

Hasta que dejó de verse y Francesco quedó callado, expectante, temeroso.

Unos diez minutos después el follaje se movió allá abajo y lo vio. Trepaba trabajosamente, el torso desnudo arañando la montaña, atrapando una rama tras otra. Traía un bulto dentro de su camisa atada al cuello.

Cuando llegó arriba cayó exhausto y abrió la camisa.

-Lo lamento, llegamos tarde- dijo sencillamente mientras Francesco lloraba en silencio acariciando el perrito muerto.

Ayudó a Francesco a enterrar al animalito en el fondo de su casa y permaneció en silencio mientras el niño rezaba una plegaria y ponía una improvisada cruz de palitos sobre la tumba. Y después lo abrazó y lo contuvo cuando, al llegar a su casa, Francesco lloró amargamente durante unos minutos.

-¡Francesco!- el grito fuerte, violento, ronco, los interrumpió.

El temor se instaló en la cara del niño. Era Curcio, su tío, un sujeto mal entrazado y famoso por sus arranques de violencia. Los padres de Francesco habían muerto años atrás durante el bombardeo de Nápoli en la Segunda Guerra Mundial, el niño tenía apenas unos meses de nacido, y su tío era el único pariente que tenía.

-¡Todo el día afuera, ve a trabajar, tienes que limpiar todo!- le espetó con violencia.

Miró fijamente y con rabia a Césare.

-¿Y tú, qué buscas...?

Césare no le respondió y mantuvo fijamente la mirada. El hombre se sorprendió.

-Ah!, eres rebelde, ¿eh?- y avanzó hacia el niño que no se movió.

Y le dio un sonoro cachetazo. Césare permaneció muy quieto sin dejar de mirarlo con un brillo helado en sus ojos.

Francesco aterrorizado lo empujó afuera.

-¡Vete, vete!- le dijo con urgencia- y gracias por todo.

Césare se retiró sin dejar de mirar al hombre. Sabía que había ganado un peligroso enemigo.

Y un amigo para toda la vida, Francesco desde entonces se transformó en amigo incondicional y permanente de Césare.

Césare le contó a su abuelo lo sucedido. Giovanni respiró hondo y apretó la mandíbula.

-No vayas allí, es gente mala- le dijo.

-Pero Franceso...

-Que venga a jugar acá, tú no vayas.

Y así Francesco comenzó a visitar su casa y conoció al abuelo. De inmediato se formó una relación sólida entre ambos, al punto que a veces, Césare iba a pescar y Francesco permanecía muchas horas hablando con Giovanni.

A Césare le hacía gracia y le gustaba eso, su amigo comenzó a ser como un hermano para él. El hermano que siempre quiso tener.

Lo único que no se le permitía hacer, era entrar a una habitación que tenía el abuelo en la planta alta. Pero Césare tampoco podía hacerlo. Y no le preocupaba demasiado, afuera había diversión suficiente.

Fue precisamente en ese año cuando Césare protagonizó un hecho que se transformaría en una especie de leyenda local.

Fue durante la misa de Navidad.

Césare no frecuentaba la iglesia de San Giorgio, el patrono local, y a su abuelo nunca se le había visto por allí, lo que provocaba no pocos comentarios adversos y las miradas de reprobación del cura, en las pocas veces en que lo veía,

Tampoco Césare era muy bien considerado por don Martín, el nuevo y muy joven cura local, que veía en él una suerte de pilluelo que “algún día habría que rescatar para la Iglesia”.

Solamente una vez, sorprendió al niño de pie en la nave de la iglesia entre las dos hileras de bancos, mirando muy fijo a un extremo del altar donde se veía un hermoso cuadro de San Giorgio<sup>4</sup> en su eterna lucha con el dragón. El cura lo observó por unos minutos, y cuando se acercó, el pequeño salió corriendo. Y no lo vio más. Hasta esa Navidad.

Estaba dando la misa y la iglesia, como siempre en esa ocasión, estaba repleta. Se había vuelto hacia el altar en busca de las ostias

---

<sup>4</sup> El San Jorge español.

cuando escuchó un murmullo generalizado, fuera de lo habitual en esa parte de la ceremonia. Se volvió.

Césare estaba de pie, muy quieto en medio del pasillo entre las dos hileras de bancos. Estaba próximo al altar y miraba muy fijamente el cuadro de San Giorgio.

Don Martín no supo qué hacer ni qué decir, no quería interrumpir la ceremonia y tal vez el niño se fuera pronto.

No lo hizo. Lentamente comenzó a caminar hacia el cuadro, levantó sus manos y tocó al dragón de la figura. Permaneció muy quieto unos instantes y después se pasó ambas manos por la cara, en un gesto lento, mecánico, como si no fuera consciente de lo que hacía. Y después se volvió.

El murmullo creció y se escucharon algunos gritos entre la gente. El cura lo miraba con los ojos muy abiertos.

El niño comenzó a caminar hacia la salida, pasando lentamente entre la gente que se apartaba con horror o lo miraba asombrada. Su mirada se perdía en el vacío, como si estuviera en un estado de hipnosis. Pero lo terrible eran su rostro y sus manos, completamente cubiertos de sangre.

Mucho se habló del hecho. Algunos lo calificaban de milagro, otros de brujería. Otros estaban dispuestos a jurar que habían visto sangrar al dragón, y otros lo negaban calurosamente diciendo que todo eso era cosa del niño.

Pero todos quedaron de acuerdo en apartarse cuando Césare cruzaba el pueblo en dirección al puerto.

Don Martín nunca dio una explicación concreta al hecho, pero le hizo llegar al abuelo de Césare su deseo de no ver más al niño en la iglesia. Por su parte, Giovanni no se inquietó por lo sucedido. Poco le importó el mensaje del cura. Pero comenzó a observar cuidadosamente a su nieto, a preguntarle por sus pensamientos, por sus juegos, y por sus sueños, que desde ese momento comenzaron a ser cada vez más claros y complejos.

Francesco no dio importancia al asunto y ambos niños continuaron su amistad y sus aventuras en la montaña y en la pesca.

Y Césare se negó terminantemente a volver a hablar de lo sucedido. Parecía no recordar nada, y si alguien insistía, simplemente se retiraba.

A los once años, el niño comenzó a pilotar la barca, las aventuras se extendieron hasta la isla y sus cuerpos se fortalecieron con el remo.

La isla era aproximadamente circular, de unos cuatro kilómetros de un extremo al otro. Tenía todo como para transformarse en un lugar de aventuras maravillosas... o de peligros desconocidos.



Había calas hermosas en sus orillas sobre las que asomaban grutas que en su interior mostraban, cuando la luz del sol daba en un modo determinado, aguas intensamente azules.

Al interior, serpenteaban caminos entre altas hierbas que conducían a lugares de bosques sombríos e intrincados con una vegetación muy diferente de la de la tierra firme; o bien a la misteriosa colina de las cuevas, la cual, como su nombre indicaba, mostraba oscuras y amenazantes cavernas en varios lados de sus laderas; o a la montaña, una enorme piedra que ascendía verticalmente hacia el cielo, donde se decía que había un viejo castillo.

Un buen día encararon el ascenso, después de unos ochocientos metros durísimos y peligrosos, por caminos de cornisa que no se usaban desde cientos de años atrás, bordeando abismos de caídas verticales, llegaron a la cima, donde tan solo unos altos muros grises, los restos de una iglesia y una extraña torre era todo lo que quedaba del castillo. Y en la punta de la torre, casi como una broma póstuma de un arquitecto burlón, la enorme estatua de un pelícano. Pero lo que más los excitó fue la tumba en medio de los restos de la iglesia. Una tumba sólida, alta y gris, con inscripciones borradas por el tiempo. Y en la cubierta, la figura en piedra de un soldado, un caballero que yacía solemne con su yelmo y su cota de malla. Y una enorme espada entre sus manos.

Las leyendas locales comentaban que bajo esa tumba había un tesoro, y Césare no dejaba de fantasear con esa historia.

Los jóvenes se sentaron, cansados y felices bajo un viejo roble casi seco y cubierto de muérdago: la única vegetación que existía en la cima, además de unas hierbas pequeñas y ralas y muchos arbustos.

-Tenemos que buscarlo, Francesco- insistía una y otra vez. Pero el joven reía sin hacer caso.

Cada vez que habían ido, Césare pasaba largas horas contemplando esa tumba mientras Francesco recorría la cumbre en busca de plantas determinadas que le pedía Giovanni.

En una oportunidad, con la anuencia del abuelo, decidieron pasar la noche en la isla.

Jugaron hasta el agotamiento, a caballeros y a piratas, a mil misterios. Cocinaron los peces que pescaron y los huevos que recogieron, sentados al borde del acantilado conversaron hasta el agotamiento durante la madrugada, y durmieron entre los restos del castillo, bajo las estrellas, al lado de la tumba del caballero desconocido.

Una aventura como todo niño tiene alguna vez en su vida.

Al amanecer Francesco despertó con el ruido de los cientos de pájaros que sobrevolaban la isla. El sol aun arañaba el horizonte.

Césare estaba de pie, muy quieto mirando la torre del castillo donde la figura del pelícano lucía indiferente a los días, a las noches, a los vientos y a los siglos.

-¿Que pasa, Césare?- preguntó Francesco al verlo en esa actitud.

El niño se volvió, su cara mostraba cansancio, mucho cansancio.

-Soñé- explicó -creo que fue un sueño. Con un dragón...

Y no dijo más.

Todo comenzó cuando Césare cumplió dieciséis años, a mediados del verano.

La calle de la casa de Francesco estaba desierta y caliente por el sol de la tarde, excepto por un hombre pequeño y muy delgado, vestido de negro y con un sombrero de ala ancha del mismo color que cubría sus facciones. El sujeto parecía dormir, sentado en la calle a pocos metros de la casa de Francesco.

Ambos jóvenes lo miraron con poca curiosidad. Más les llamó la atención un cuervo que revoloteaba sobre el hombre y que comenzó a graznar fuertemente cuando aparecieron ellos al tiempo que los sobrevolaba con insistencia. Los jóvenes rieron y lo apartaron a los manotazos

-¡Francesco!- la voz grave y con rastros de alcohol de Curcio sonó fuerte en la calle.

El niño no pudo evitar un temblor, sus ojos se abrieron con temor.

Corrió hacia su tío dejando a Césare sentado en un banco cercano.

Estaban acostumbrados a esos llamados intempestivos, pero Francesco no podía evitar su temor ni Césare su rabia.

El joven volvió con un envoltorio de tela entre sus manos.

-Debo ir a Partenakio, debo entregar esto.

-Te acompaño.

-¡No, no!- respondió Francesco con temor.

Siempre era la misma cosa, cuando quería acompañarlo a esos extraños mandados, Francesco se negaba terminantemente.

-Quiero ver eso- dijo Césare señalando el envoltorio.

Francesco palideció.

-¡No, no!- gritó.

Césare avanzó hacia él y trató de sacarle el envoltorio, al tiempo que Curcio aparecía detrás de ellos. Al ver a los muchachos forcejeando saltó hacia los jóvenes y aplicó un fuerte golpe en la oreja de Césare.

El muchacho cayó completamente aturdido. Y comenzó a ver que todo se desarrollaba muy lentamente. Curcio que lo pateaba pero él no sentía el dolor. Francesco que luchaba con su tío para impedir la golpiza. Y el hombre vestido de negro que lo miraba muy fijamente a unos metros de distancia. Y ya no vio ni sintió más nada, quedó

prácticamente esclavo de esa mirada oscura e intensa. Estuvo así un tiempo indefinido.

Y se levantó. Y todo recomenzó.

Ahora Curcio intentó golpearlo con sus puños, pero Césare detuvo el golpe retorciéndole el brazo con furia. El hombre cayó con un grito y Césare comenzó a castigarlo, un golpe tras otro, medidos, calculados, buscando hacer daño, con una fuerza que nunca había experimentado. Sin sentir otra cosa que una satisfacción helada.

Volvió a la normalidad cuando vio a Francesco que le tironeaba de su brazo y le gritaba. Miró a su amigo extrañado. Miró a Curcio que se levantaba lentamente, su rostro estaba destrozado.

Y vio al hombre de negro que se acercaba y hablaba unas palabras al oído de Curcio. Éste dio un fuerte alarido y se tomó la oreja. Parte de su pelo humeaba. Comenzó a caminar calle abajo y nunca más se le vio por el pueblo ni se supo de él.

Césare miró al pequeño hombre, este lo miró a su vez, hizo un gesto vago con una mano delgada y muy blanca. Y se fue.

-Camorra<sup>5</sup>- dijo Giovanni contemplando el enorme revólver sobre la mesa. -Seguro tu tío es de la Camorra y te usaba para estos mandados. Son gente muy peligrosa. Sería mejor hablar con la policía y entregarle esto- dijo refiriéndose al arma -y que tú te vengas a vivir acá.

Ambos jóvenes se sonrieron con alegría ante la perspectiva de vivir juntos.

-Pero no creo que vuelva- dijo Césare, sonriente -nunca más.

Francesco rió.

Giovanni intuyó algo extraño en las palabras de Césare y en las risas cómplices de los muchachos.

-Cuéntame todo en detalle, Césare.

El joven lucía en su rostro los golpes y habló con un poco de dificultad, pero sin omitir nada. Giovanni quedó preocupado por el hombre de negro y le pidió más detalles, pero el joven no tenía mucho más que agregar.

-Estoy seguro que me ayudó, no sé cómo, pero me ayudó- fue lo único que dijo.

-¡Ah, sí!, un cuervo revoloteaba sobre él. ¡Y se nos vino arriba!- dijo Francesco.

Ambos rieron, pero Giovanni permaneció muy serio. Subió por la escalera para guardar el revólver en lugar seguro.

---

<sup>5</sup> Organización de corte mafioso de la Región de la Campania.

La policía vino y se llevó el arma después de hacer unas pocas preguntas.

-Sí, a Curcio lo conocemos muy bien- fue todo lo que dijeron.

Pasaron los días y el asunto parecería estar olvidado, y más aún con lo acontecido después.

Ocurrió en un hermoso día de fines de agosto.

En ese día, cálido y tranquilo, mientras el sol comenzaba a caer hacia su sueño y las sombras se alargaban, mientras los jóvenes pescaban indolentemente en la playa, el fuego de un atañor invisible comenzó a arder lentamente.

Primero fue tan solo una silueta que avanzaba por el otro extremo de la playa.

Y poco a poco se fue haciendo una vibrante y hermosa realidad.

Se había detenido junto a ellos sin decir palabra. Apenas miró los peces que habían pescado.

Después miró a Francesco, y sonrió.

Y finalmente detuvo su mirada en Césare y habló.

-Me llamo Yelina- dijo.

Y la vida de los tres cambió para siempre, los dioses hicieron girar sus molinos apenas una vuelta, y Césare dejó de ser niño y comenzó a convertirse en un hombre.

Ella era inquietantemente hermosa, con cabellos castaños y espesamente ensortijados que formaban una suerte de aura clara alrededor del hermoso óvalo de su rostro. Sus ojos eran del color de la miel, y sus labios rosados y algo gruesos. Su figura, a pesar de su juventud, era verdaderamente un ánfora, y las redondeces de la femeneidad que despuntaba eran evidentes por debajo del sencillo vestido de tela que la cubría hasta por encima de las rodillas. Una cadenita de metal se perdía entre sus senos, ya un tanto abundantes y bien definidos. Estaba descalza.

Pero lo más maravilloso era el color de su piel, semejaba al de sus ojos. Un tono levemente marrón, o amarillento, a veces, que las pequeñas gotas de sudor en su frente y en su pecho no hacían más que resaltar al reflejar indecisas los rayos del sol.

El conjunto denotaba una extraña y exquisita mezcla de razas en la cual, cada una había aportado lo mejor y más exótico de sí misma. La sangre europea mediterránea, la indígena americana, y algo de africano, se habían acrisolado en esa muchacha para formar un ser de una belleza fresca, pujante e inusual.

-De dónde eres- preguntó Francesco al escuchar el acento un tanto extraño de la muchacha.

-De la América- respondió.

-Soy Francesco, él es Césare, mi amigo.

Ella asintió en silencio contemplando a Césare con un algo de curiosidad y una muy leve sonrisa ante la actitud silenciosa y grave del joven

-¿Y qué haces por acá?- preguntó Francesco

Yelina se sentó y contó su historia con voz dulce y tranquila, con la misma maravillosa e inquietante sencillez de su belleza.

Tenía quince años. Venía de Venezuela. Su padre era italiano y su madre era mestiza. Ella había nacido en un pueblito en la selva, cercano al Brasil. Eran campesinos, y cuando su padre murió, les legó una casa en el sur de Italia, en Marina de Partenakio, la casa de sus abuelos.

Había arribado hacía pocos días, cuando murió su abuela materna en Venezuela; su madre vivía allí desde hacía unos meses. Sí, era la casa de la colina, camino a Partenakio, la que había estado deshabitada por años. Y ahora su madre trabajaba haciendo a limpieza y las habitaciones en un hotel, y ella estaba buscando amigos.

Francesco y Yelina conversaron durante un rato más, hasta que el sol finalmente cayó. Ella se levantó para irse.

Césare no había hablado una sola palabra, limitándose a tirar piedras al agua y a mirar furtivamente a la muchacha.

Yelina se despidió.

-*Ciao*, Francesco- y se volvió para irse. Se detuvo, giró y miró a Césare con ojos algo burlones.

-Césare...

-Yelina...- respondió él casi con un hilo de voz.

La chica se fue tal como vino, caminando lentamente por la playa, con una amplia sonrisa en sus labios que los jóvenes no podían ver. Dejando las huellas de sus pies sobre la arena mojada de la playa. Y huellas mucho más hondas en el corazón de Césare.

-¿Qué te pasa, te sientes mal?- preguntó Francesco a su amigo.

-Nada, no me pasa nada- contestó Césare, un tanto bruscamente, al tiempo que arrojaba una piedra al mar.

A partir de entonces, el duo se transformó en trío y los amigos pasaron a ser compañeros de aventuras y de charlas interminables.

Césare había conseguido hablar con naturalidad, pero en presencia de Yelina no podía evitar un tono un poco serio, respetuoso y ocasionalmente distante. A ella parecía divertirse eso y no perdía ocasión de bromear y de provocarlo, ante lo cual el muchacho quedaba sin saber qué hacer.

Francesco no entendía nada de esta, un tanto extraña, situación, pero parecía importarle poco. Se divertía.

La vieron casi todos los días. Al principio en la playa, como si todos hubieran hecho una cita no expresa, pero segura. Y después Yelina visitaba a sus amigos en la casa del abuelo.

La muchacha ejercía una extraña fascinación sobre los jóvenes. Sabía muchas cosas, conocía las yerbas y sus usos medicinales, les contaba cómo su madre le había enseñado a leer el futuro de diversas formas, contaba historias misteriosas que nunca se sabía si habían acontecido verdaderamente, o no.

Hablaba pausadamente, con una voz un tanto grave, mientras su mirada parecía desenfocarse y sus ojos brillaban.

Los diálogos eran principalmente con Francesco. Pero muchas veces sus ojos quedaban muy fijos en los de Césare mientras el tono su voz descendía hasta quedar callada, mirando.

Francesco observaba con curiosidad estos hitos. Y Césare sentía que le robaba el alma en cada mirada. O se la hacía crecer.

Un soleado día de otoño Giovanni había ido a la montaña en busca de algunas hierbas que nadie sabía para qué usaba, y Francesco, como siempre, lo había acompañado.

Césare y Yelina estaban sentados a la sombra del olivo centenario.

-¿Y tus padres? -fue la sorpresiva pregunta de la joven- nunca hablas de ellos.

La expresión de Césare se endureció. Respiró profundamente. Quedó un instante en un silencio dubitativo y doloroso. Yelina supo que no debía hablar.

-Me dejaron solo- dijo al fin -creo..., creo que no me querían...

Su recuerdo más antiguo era de estar solo, y triste. Y con otro sentimiento extraño que no se animaba a definir.

Su madre que lo vestía, que lo alimentaba y que le daba algún beso fugaz. Su padre que ocasionalmente le acariciaba la cabeza, y la soledad de su pieza, eran los recuerdos más firmes.

Y después aquellas visitas, cuando venían los amigos de sus padres e indefectiblemente lo encerraban en su cuarto con sus juguetes: así permanecía largo rato, tratando de escuchar a través de la puerta. Hasta que su madre entraba, lo acostaba y lo despedía con un beso. Entonces comenzaba la soledad más dura, en la oscuridad espesa y eterna de su pieza, en el silencio, apenas interrumpido por aquellos cantos extraños que no sabía de dónde venían y por las figuras extrañas que veía, o sentía, danzando sinuosas y amenazantes en la negrura de su habitación. Y ocasionalmente, algún aroma, tenue y dulzón, que parecía revolotear en la oscuridad, hasta que se dormía, con los ojos y el corazón apretados y haciendo un esfuerzo por no llorar. Pero no siempre lo lograba.

Y un día se quedó en casa de su abuelo. No lo lamentó, pero no dejó de sentir el desgarró y un rencor sordo que no podía definir, lo que demostraba aislándose cada vez que venían sus padres de visita.

Cuando su abuelo le dijo de su muerte no lloró, tan solo sintió que un pedazo de su vida se había ido, una parte que nunca pudo disfrutar y que lo dejó con ansiedad, con rabia, con hambre de cariño.

Pero todo esto, el joven no podía expresarlo adecuadamente. Su relato entonces se hacía confuso, se trancaba, balbuceaba, no encontraba las palabras. Pero la angustia de su rostro y el tono de su voz transmitían el sentimiento.

Y esto Yelina lo captaba completamente, más allá de su entendimiento, lo captaba con el corazón.

Cuando Césare dejó de hablar la joven sintió un profundo agradecimiento y hondas sensaciones, las que se sienten cuando un alma se vuelca completamente en otra. La ternura le humedeció los ojos y su mano se posó suavemente en la de Césare.

El muchacho quiso hablar y se ahogó. Apretó con fuerza aquella pequeña mano y al fin la abrazó.

-¡Yo no le tengo miedo a nada! – casi gritó. Sus dientes estaban apretados y de sus ojos caían dos lagrimones silenciosos.

Yelina lo abrazó con fuerza.

Permanecieron unos instantes sin moverse, unidos por muchas más cosas que su abrazo

-¿Quieres..., quieres que te muestre mi barca?- apenas pudo decir Césare, al fin.

Cuando llegaron Giovanni y Francesco, el abuelo comenzó a saludar, se interrumpió, los miró a ambos y se alejó sonriendo.

-¿Qué pasa, abuelo?- preguntó Francesco.

-Pasa... que la vida es maravillosa Francesco, maravillosa.

El joven no entendió, pero sabía que todo andaba bien.

La proa de la barca avanzaba rítmicamente por el Tirreno, azul y tranquilo como pocas veces en aquella soleada mañana de setiembre. No había viento.

Los brazos musculosos y morenos de Césare, brillaban, tensos, a medida que accionaba los remos.

Era un clásico *gozzo*<sup>6</sup> sorrentino, de unos siete metros de eslora, muy normal en la zona y que se usaba tanto para la pesca como para el recreo.

El muchacho no dejaba de sonreír a Yelina que, sentada en la popa de la barca lo contemplaba con la expresión de serena satisfacción

---

<sup>6</sup> Embarcación menor típica del sur de Italia, puede ser a remo, a vela o aun a motor.

que tienen las mujeres cuando son conscientes de que cada una de sus actitudes y acciones están produciendo en su hombre el efecto deseado: el amor creciente y controlado... por ellas.

Y Césare, hombre al fin, como los millones de sus antecesores y sucesores, exhibía orgulloso su fuerza y pensaba solamente en la felicidad que producía en la joven.

Él la estaba conduciendo a la isla, a su isla, para enseñarle los mil misterios que allí había descubierto.

Y ella lo estaba conduciendo a su corazón, para aprender juntos antiguos misterios aun no experimentados.

Cuando llegaron a la costa Césare comenzó a remar a lo largo, hacia el norte.

Pronto alcanzaron una pequeña ensenada y Césare condujo la embarcación hacia el fondo de ella.

La entrada oscura de una gruta apareció en un recodo a su izquierda. La barca entró, silenciosa, deslizándose suavemente entre las paredes de la gruta. Los ruidos del exterior cesaron y un ambiente húmedo y frío los recibió. Era una gruta casi circular, de unos doce metros de diámetro.

Permanecieron unos instantes allí mientras Yelina miraba encantada el techo de la caverna de donde pendían numerosas estalactitas y donde, ocasionalmente, un murciélago alarmado por su presencia cruzaba velozmente la gruta de un extremo a otro para desaparecer en alguna oquedad protectora.

Césare remó muy despacio y avanzó hasta el fondo donde el techo descendía bruscamente. Enfiló la proa hacia un hueco de apenas un metro de alto y dos de ancho. Indicó a Yelina que se echara en el fondo de la barca, remó fuerte, entró los remos y se acostó.

La barca pasó a través del hueco deslizándose en silencio, como un fantasma que pasa de un mundo a otro.

Los jóvenes se irguieron y Yelina no pudo evitar una exclamación de asombro.

Habían ingresado en otra gruta igual que la anterior pero un poco más alta y extrañamente iluminada por una difusa luz azulada, y con un techo irregular que se perdía entre rocas oscuras suavemente teñidas por el color reinante.

Ellos mismos parecían haberse transformado en dos ángeles azules.

Y el agua, de donde partía aquella luminosidad, era de un azul claro e intenso, brillante, casi como si un potente neón azulado estuviera sumergido iluminando desde abajo.

-¿Qué es esto?-preguntó maravillada y sorprendida, haciendo resonar su voz contra las paredes de la gruta.



-Es el sol que entra por dos huecos diferentes- explicó el muchacho – hay otras gutas en que pasa lo mismo, pero esta es la mejor. Y no la conoce nadie, ni Francesco. Es un regalo para ti.

Yelina lo miró, muy emocionada y Césare sintió que su pecho estallaba.

-Yo también te quiero hacer un regalo- le dijo –y me gusta que sea acá mismo, en un sitio que es ahora nuestro.

Y quitándose la cadena que colgaba de su cuello se la tendió. Era una cadena sencilla, de eslabones clásicos. Y de ella pendía una medalla donde se veía a un guerrero con su espada.

-Es Ogún- explicó –Un santo de mi tierra. Es un guerrero protector. Según los católicos equivale a San Jorge. Me lo regaló mi abuela, la madre de mi madre, y me dijo que era un talismán muy poderoso.

Césare lo miró y al fin se lo colgó, lenta y ceremoniosamente, como un caballero que ata en su lanza el pendón que le dio su dama.

Salieron, sin decir más, para no romper la sacralidad y la magia de lo vivido.

Marina de Partenakio trabajaba en verano y dormía en invierno. Sus gentes, durante el verano, atendían a los cientos de turistas que se dejaban caer por allí. Los hoteles y restaurantes abrían sus puertas, y aun los pequeños comercios de venta de recuerdos o las casas de venta de ropa. Y por supuesto las pizzerías.

Pero entre los turistas y los habitantes había una sutil, fuerte y evidente barrera que ninguno se atrevía a ultrapasar. Eran “ellos” y “nosotros”. Y ellos dejan el dinero por el “trabajo” que hacíamos “nosotros”, era el acuerdo. Nadie entraba en la vida ni en los ritmos del otro. Por lo tanto, por fuera del turismo, la vida en Marina de Partenakio era tan monótona como en invierno, y cada pequeña cosa que sucedía era interesante. Que sucedía a los habitantes, claro. A los turistas lo único que les sucedía eran idas y venidas, algún accidente pequeño y alguna compra a precio desmesurado.

Y lo que acontecía a unos y a otros se trasmitía por las casa de comercio y, principalmente, por los cafés.

De los tres cafés que existían en el pueblo, el de Niko era sin dudas el que procesaba mayor cantidad de información y el que estaba más al día.

Niko era un griego que había llegado a Marina de Partenakio unos treinta años atrás. Comenzó vendiendo frituras y terminó con un pequeño y muy bien puesto café. Algunos comentaban por lo bajo que lo había obtenido jugando a las cartas por dinero en Partenakio, pero nadie lo había visto participar jamás de los juegos del café. Eso sí,

Niko no perdía nunca una información ni dejaba de pasarla a otros cuando se hacía con algo de interés.

-Dicen que...-comenzaba Niko, y todos callaban, sabían que venía algo interesante, o por lo menos bastante verdadero.

Esa tarde, entre cafés normales, largos, con leche, cortos, y el ruido de las risas y el golpear fuerte y autoritario de las cartas contra las mesas, y aun por encima de alguna moto extraviada que pasaba por la puerta, Niko lanzó su célebre frase.

Y todo el mundo, disimuladamente, prestó atención.

-Dicen que...- hizo una pausa, Niko conocía su poder –dicen que el muchacho de Giovanni anda con la muchacha nueva, con la sudamericana.

Movimientos de cabeza, chasquidos de lengua, hombros que se elevaban y caían. No era una gran noticia, pero no dejaba de ser interesante.

-Ah, el muchacho ese...- dijo uno.

-Sí, el del cuadro...- respondió otro desde una mesa vecina.

Todos asintieron en silencio sin atreverse a un juicio.

-En fin, los dos son medio raros... concluyó un anciano.

-Sí, Dios los cría...

El comentario se interrumpió abruptamente. Y todo otro sonido.

Por la calle pasaba una mujer de vestido muy largo y colorido que apenas dejaba ver sus formas. Tendría unos cuarenta años, el cabello muy negro, liso, caía como paja ocultando parte de su rostro. Miró a los hombres del café con un par de ojos oscuros y brillantes y apenas movió la cabeza en señal de saludo.

Llevaba una gallina viva dentro de una pequeña jaula.

Algunos respondieron de la misma forma.

Otro apenas murmuró: -Señora Teresa...

Y permanecieron callados un tiempo mientras la mujer continuaba su marcha calle arriba.

-Se está llenando de gente rara el pueblo- sentenció el anciano al fin.

Y muchos asintieron en silencio.

Teresa ascendió por la calle que salía del pueblo y se dirigía a Partenakio.

Un kilómetro después, llegó a una casa vieja y gris que se erguía en una pequeña colina a unos veinte metros del camino.

Entró y dejó la jaula en el suelo.

La casa era sencilla, un tanto oscura. Un par de habitaciones y un estar-cocina con una pequeña estufa a leña era la escueta distribución. Pero olía a limpio y, a su estilo, era un ambiente acogedor.

Ella había aprendido desde pequeña a limpiar y manejar una casa. Y había aprendido muchas cosas más con su abuela y con su madre.

Es así que Teresa, además de su trabajo como limpiadora, ganaba sus dinerillos echando la suerte a muchos de los habitantes de Partenakio y de Marina de Partenakio. Normalmente con las cartas de tarot, pero cuando había un caso serio, Teresa acudía a otros conocimientos. Había ganado cierto prestigio con ello, y algunos comentaban que hasta venía gente de Nápoli a consultarla. Y Niko aseguraba que se había visto en la puerta de su casa un automóvil con matrícula de la capital.

Todo esta actividad le había permitido enterarse de muchas de las cosas de ambos pueblos y de los secretos más íntimos de muchos de sus habitantes. Esto ciertamente no le granjeaba simpatías, por supuesto, a nadie le gustaba que supiesen de sus vidas, de sus amores secretos, de sus traiciones y de sus negocios; ni de sus pequeñas y grandes ruindades. Por lo tanto, Teresa no tenía amigos y muchos la temían. Leyendas misteriosas se tejían sobre ella. Pero la gente no dejaba de venir, o de llamarla a sus domicilios. Eso sí, “sin que nadie se entere, ¡por favor!”. ¡Y mucho menos don Martín, el cura! Teresa, que había aprendido mucho de las gentes y de sus cosas, no hacía caso de nadie y les respetaba su privacidad.

Pero ese día tenía que hacer un trabajo especialmente importante. Teresa debía averiguar algo de su familia.

Entró en uno de los cuartos y salió con unos cuantos collares coloridos al cuello.

Prolijamente extendió un nylon grande y rojo por el suelo y acercó la jaula. La gallina se inquietó y comenzó a cacarear.

Teresa tomó un cuchillo grande del cajón de la cocina, lo puso a un lado, y comenzó a sacar el ave de la jaula.

La gallina estaba muy inquieta, se agitaba y cacareaba batiendo las alas sin cesar. La mujer no se inmutó y procedió con la calma y seguridad de quien ha hecho esto cientos de veces. Apoyó el ave sobre el dorso y la sostuvo firme por el cuello y por las patas al tiempo que la miraba de cerca, muy fijamente, hasta que el ave comenzó a quedar quieta.

Al fin, luego de unos instantes, tomó el cuchillo y de un solo tajo le abrió el pecho. La gallina se movió un poco, pero Teresa, con mucha rapidez y sin dejar de mirar el ave a los ojos, introdujo la mano en el pecho y extrajo el corazón con un tirón rápido y seco. El ave murió inmediatamente.

Con los ojos entrecerrados, la mujer observó cuidadosamente el corazón haciéndolo girar en su mano. Vio cómo surgían unas

pequeñas gotas rojas y como dejaba de latir. Asintió lentamente con la cabeza.

A continuación fue extrayendo el resto de las vísceras una a una.

Los pulmones, el hígado, la panza, fueron escrutados lenta y detalladamente.

Teresa quedó pensando unos instantes y al fin, con un suspiro, juntó todo, limpió, y empezó a preparar la gallina para la cena.

La puerta de calle se abrió y entró Yelina.

-Hola, dijo dando un beso a su madre.

Ella la miró seria sin responder.

-¿Qué pasa?- preguntó la joven. Miró a su alrededor y al ver las vísceras de la gallina comprendió.

-Ah...- dijo

-¿Dónde está tu medalla?

Yelina enrojeció y no se animó a responder.

-¿Cómo se llama?- preguntó Teresa sin expresión.

-¡Mamá...!- se quejó la joven. Y agregó con una sonrisa -Se llama Césare... ¿qué viste?

-Tu destino.

La relación entre los jóvenes se profundizó, pero mientras que el muchacho era presa de una ansiedad y energía crecientes, Yelina le dejaba entrever el misterio, travieso y prometedor; y una paz dulce y segura, la que todo hombre desea ver en la mujer de su vida.

Hasta que un día Césare volvió a encontrar a aquel extraño personaje que lo había ayudado -aun no sabía en qué forma- durante la pelea con Curcio.

Césare volvía del puerto y lo vio a lo lejos, saliendo del cementerio. Caminaba con dificultad y parecía tener problemas en una pierna. Vestía de negro una vez más.

Césare comenzó a acercarse y antes que lo hiciera el hombre se volvió, como si hubiera adivinado su presencia.

Sonrió. Con una mueca que transmitía cualquier cosa, antes dolor y tristeza que la lógica alegría o interés por el encuentro. Pero no era un dolor o tristeza puntual y presente, era un sufrimiento muy antiguo, que parecía eterno.

Su edad era difícil de definir, pero Césare vio que era joven. Tal vez como él. Pero no parecía un muchacho. En su mirada y en todo su ser se veía tan solo el dolor, y más allá, en el fondo, rencor.

Césare no percibió el contenido de la mueca, pero sintió un vacío en el estómago al intuir el sufrimiento del ser.

Hizo un gesto de saludo con la mano. Él le respondió de la misma manera, alzando su mano izquierda, delgada y amarillenta.

-Hola- dijo el joven.

-Hola- respondió con una voz fina y poco audible, que asemejaba casi a un chirrido animal.

-Quería agradecerte..., por aquello. Me ayudaste...

-Sí- fue todo lo que dijo sin dejar de sonreír.

-Me llamo Césare- dijo tendiendo la mano.

El otro le tendió su mano izquierda y lo apretó con fuerza. Era una mano caliente, que no correspondía a la imagen de escasa vitalidad del individuo. Casi con un gesto de disculpa sacó el brazo derecho de entre sus ropas. Finalizaba en un extraño y desagradable muñón rematado por cuatro esferitas de carne. Seguramente los dedos de una mano que no había finalizado de formarse.

Césare asintió en silencio y apretó la mano con generosidad.

-No sé cómo pero me ayudaste.

-¿Vamos a caminar?- lo invitó, y Césare asintió.

Caminaron un rato en silencio, lentamente.

-Tuve problemas en mi nacimiento- explicó. Y mostró la pierna derecha donde una rústica prótesis de madera sustituía al pie. Después se levantó el sombrero y le mostró lo que quedaba de su oreja derecha: un amasijo de carne que parecía un repollo.

-Pero escucho bien- aclaró.

-Me llamo Césare- repitió.

-Y yo me llamo Fanfer.

-¡Qué nombre extraño!

Fanfer rió con una mueca, y de su garganta brotó un ruido sordo como el de agua en un caño.

-Es una combinación de Francisco y Fernando, que con el tiempo se transformó en Fanfer- explicó- no tengo idea quien me llamó así.

-Tus padres, tal vez.

La cara de Fanfer se endureció y sus ojos brillaron.

-Mis padres me abandonaron, nací con defectos, y me abandonaron.

Césare respiró hondo.

-Te entiendo, te entiendo perfectamente. Y... ¿quién te crió?

-No lo sé en realidad, recuerdo unas gentes... tuve mucha hambre, y frío. Hasta que fui un poco más grande y me fui. Vivo solo.

-¿Cuántos años tienes?

-Quince- fue la respuesta.

Césare lo miró con asombro.

-Pero...

-Sí, parezco mucho mayor- respondió -Es mi enfermedad, nací mal...

Permanecieron un rato en silencio.

-No te preocupes- dijo Césare al fin -yo no te voy a abandonar, yo también me crié sin padres.

Fanfer sonrió y pasó su brazo por los hombros del muchacho. Césare se sintió confortado. Y extrañamente poderoso.

Los jóvenes continuaron viéndose cada tanto. Siempre lo encontraba en el mismo lugar.

Un día Césare le preguntó dónde vivía Y Fanfer pareció muy molesto.

-Vivo solo. Y no me gusta hablar de mi vida.

-Está bien- respondió Césare. Y no volvió a insistir.

Caminaron en silencio.

-Vivo en una barca- dijo Fanfer después de un rato –desde hace un tiempo. Ando siempre en viaje, nunca vengo a los pueblos- Su mirada denotaba dolor –la gente me rechaza, me corren. A veces me tiran cosas... Hace años que ando vagando por Italia y navegando. Ahora estoy acá. Un poco más tranquilo.

Suspiró largamente.

-Pero estoy cansado de esto.

Césare no sabía qué decir.

-Tienes barca...- comentó al fin.

Fanfer sonrió.

-Si, una hermosa barca a vela. Un día te la muestro y navegamos.

-Yo también tengo una barca. Pero sencilla. Un día te la muestro- le dijo sonriendo.

-Y un día te vienes a comer a casa- agregó sorprendentemente.

-Gracias, Césare, gracias. Al fin algo bueno en mi vida. ¡Al fin te encontré!

“Es una persona triste, muy triste. Y está solo.”, pensó Césare

Por lo demás, Fanfer se mostraba siempre amistoso, solidario, comprensivo. Y tenía una conversación fácil y madura. Era mejor que con Francesco, pensó Césare reflexionando acerca de su amistad. Francesco últimamente se mostraba distante y pasaba la mayor parte del tiempo hablando con Giovanni.

Césare alternaba sus días con Yelina y con Fanfer. Y a uno le contaba del otro.

-Nunca tuve una novia- le confesó un día Fanfer –con mi aspecto...

-Yo pensaba que nunca iba a tener una novia tampoco, hasta que apareció Yelina. Y es todo para mi. Todo.

Pensó por unos instantes.

-Y mi familia, claro. El abuelo y Francesco. Pero es diferente, es otra cosa. ¿Tú me entiendes?

-Sí, te entiendo perfectamente.

Quedaron un rato en silencio.

-El domingo los vas a conocer a todos, ¿quieres?

-Si, me gustaría- dijo suavemente Fanfer.

La reunión del domingo fue un tanto extraña. Fanfer se comportó educadamente y conversó con afabilidad, desarrollando o introduciendo puntos de vista interesantes y respondiendo a todos. Pero casi no probó la comida, a pesar de que Giovanni había preparado un delicioso ensopado de pescado para que el joven no tuviera problemas en el uso de su única mano.

-Como muy poco- explicó –Mi salud no es buena.

A nadie le había llamado la atención su invalidez, Césare les había advertido. La sorpresa fue cuando se quitó el sombrero. Su escaso cabello era completamente blanco.

Cuando finalizaron con el almuerzo y con las conversaciones livianas alrededor del café, Fanfer se despidió expresando su alegría por haber sido invitado a ese hogar tan cálido

Había sido una reunión como tantas otras.

No obstante, sutiles tensiones se habían manifestado.

Giovanni, si bien había estado correcto y simpático, no dejaba de estudiar a Fanfer. Y cada tanto, o ante cada expresión ingeniosa del joven, solamente musitaba su nombre.

-Fanfer...- decía en voz suave –Fanfer...- repetía como invocando un eco perdido en algún recodo de su memoria.

Con Francesco lo único que se percibió fueron algunas actitudes que solo podían ser atribuidas a los celos de la amistad, y que no desaparecieron con el desarrollo del almuerzo y la conversación.

La mayor tensión, y tal vez la única que Césare apenas percibió, fue con Yelina.

Apenas presentado el joven a la muchacha, y cuando se daban la mano, ambos la retiraron súbitamente.

-¡Está helado!- dijo la joven.

-Tú no- se limitó a responder Fanfer.

Y quedaron mirándose un momento, un poco más largo que el normal. En ese intercambio de piel y de miradas se reconstruyó un viejo conflicto, algo que venía de muy antiguo, de cuando la historia se pierde en el mito sagrado. Algo que Yelina percibió sin poder definir. Pero que sacudió fibras muy profundas y muy antiguas de su ser. Mucho más antiguas que ella misma.

Pero Fanfer comprendió todo. Completamente. Y simplemente se resignó, supo que era un hito más en su destino. Y en el destino del mundo.

-Tu novia es una bruja- le diría a Césare días después.

Y Césare rió pensando que también Fanfer había quedado hechizado con la belleza de la muchacha.

Pero quedó muy molesto con la reacción de su familia.

-No me gustó- se limitó a decirle Francesco.

-¡Pues lo lamento, es tan amigo como lo eres tú!- fue la respuesta seca. -Y a veces más aun- no pudo evitar de decir.

Francesco no respondió, pero quedó profundamente dolorido.

-¿Y tú, abuelo, qué me dices?- preguntó Césare bastante nervioso.

Giovanni suspiró y se pasó la mano por los cabellos.

-No sé, Césare, no sé. Aun es pronto para decir algo.

Y se retiró.

-Fanfer...- musitó mientras se iba.

Césare, con rabia, miró a Yelina buscando su opinión.

La chica lo miró fijamente, sin expresión.

-Creo que con el tiempo lo vamos a conocer mucho mejor- fue todo lo que dijo.

-¡Ustedes están influenciados por su aspecto!- espetó – pero él es mi amigo, y pasó las mismas cosas que...

Se interrumpió, apretó los dientes y salió de la habitación.

Francesco y Yelina no hablaron más del tema.

Y nadie lo hizo en los días subsiguientes.



## CAPÍTULO 3

### EN LAS ENTRAÑAS DE LATIERRA

El tardío *sirocco*, soplaba suave y generoso hinchando las velas del *Sigurd*, un pequeño y hermoso *yacht* de unos ocho metros de eslora, que se escoraba suavemente a estribor.

Césare iba al timón y parecía pleno de felicidad. El muchacho había aprendido las nociones de la navegación a vela con los pescadores de su pueblo, pero era la primera vez que navegaba en una embarcación de ese tipo.

Fanfer lo miraba sonriente.

-Un día sales a navegar con tu novia.

Césare le sonrió con agradecimiento.

-Yo, a veces, prefiero navegar con el motor- continuó Fanfer –cuando el viento arrecia y *Sigurd* se pone rebelde, navegar a la vela me resulta dificultoso. *Sigurd* y yo estamos en una batalla permanente- concluyó, sonriendo.

Césare asintió. Pocos minutos antes había asistido a esa lucha y se maravilló viendo cómo Fanfer se las arreglaba, ora cazando la escota entre sus dientes, ora enrollándola en el muñón para poder hacer fuerza con la mano hábil mientras la sostenía; o incluso pisándola o enrollándola en una pierna o alrededor de su cintura. Sí, era una verdadera batalla entre Fanfer y su barca. Por lo tanto era lógico recurrir al motor cuando el viento o el cansancio se hacían sentir. Y la embarcación tenía un motor interno de unos ochenta caballos, lo cual le permitía navegar cómodamente en cualquier circunstancia.

Cuando se aproximaban al casi derruido muelle de la isla, Césare arrió las velas y el yate se deslizó hasta llegar suave y lentamente al atracadero.

Césare saltó y amarró la embarcación.

-Un atraque perfecto- dijo Fanfer.

Comenzaron a recorrer la isla.

Le contó cada aventura vivida con Francesco en todos los lugares de la isla. Lo llevó a ver grutas y playas escondidas en los recodos de la costa y hermosos bosques en el interior; lo llevó a la colina de las cuevas, y le relató de las amenazantes cavernas que guardaban secretos mágicos.

Césare le mostró todo, excepto la gruta de Yelina. Desde entonces la llamaba así.

Y lo llevó a la montaña, a ver los restos del castillo y la tumba del caballero.

Fanfer quedó extasiado contemplando la estatua del pelícano en la torre.

Después, se volvió hacia la tumba y apoyó las manos en ella. La mirada extraviada y muy quieto, en tensión.

Césare lo miró con curiosidad.

-En esta isla hay un tesoro- dijo con una voz ronca y profunda,

-¿Qué cosa?- preguntó Césare muy sorprendido -Eso es una leyenda...

Fanfer no le hizo caso, permaneció con las manos apoyadas en la tumba y la vista desenfocada.

-¿Cómo puedes saberlo?- insistió Césare.

Fanfer lo miró, molesto,

-Ven, le dijo -siéntate acá.

Césare lo miró, extrañado por la actitud un tanto autoritaria de su amigo. Pero decidió hacerle caso para ver a dónde conducía todo eso.

Se sentó donde Fanfer le indicaba y lo miró, expectante.

Fanfer le puso ambas manos sobre las sienes y lo miró muy fijo.

Césare sintió un leve mareo. Y se sumergió en una neblina suave,

Pronto comenzaron a aparecer imágenes, difusas, huidizas.

Vio un mundo oscuro, con siluetas indefinidas, y Césare entró en otro ámbito donde seres desconocidos vagaban en infinita tristeza. Creyó ver algún rostro conocido que pronto se diluyó.

Y después sintió, y vio, que el mundo se daba vuelta sobre sí mismo.

Truenos y fragores horrorosos y amenazantes, y enormes cantidades de agua que parecían ocupar todo su universo.

Y al fin la paz, suave, eterna. Y una nueva luz que...

Y repentinamente... un tesoro, cientos, miles de joyas y monedas que brillan intensamente dentro de un cofre. Y entre todo eso, aquello, brillante y maravilloso que Césare no supo definir, simplemente porque nunca había visto algo así. Y después vio la cara amarillenta de Fanfer que dominaba toda la escena.

Antes que pudiera comprender esas últimas imágenes despertó.

-¿Qué... qué fue eso?- preguntó, aturdido.

-Imágenes, símbolos y sensaciones de tu cerebro. Y todo eso es tu futuro.

Césare lo miró casi sin comprender. Se levantó y pasó las manos por los pantalones y por su cabeza, como queriendo limpiar sensaciones adheridas.

-¿Cómo puedes hacer eso?- inquirió sorprendido.

-Estudié, practiqué. Todos pueden hacerlo, todos tienen algo adentro que tiene mucha fuerza. Algo animal, con instintos.

Césare se estaba recuperando de su asombro y lo observó con expresión burlona.

-Yo no...- le dijo con una sonrisa.

-¿No?- Fanfer se le acercó y lo miró directamente a los ojos. -Dime, piensa... ¿Qué sentiste cuando golpeaste a aquel hombre?

Césare no pudo evitar pensar.

-Me sentí fuerte, muy fuerte.

-No te pregunto cómo te sentiste, sino qué sentiste, ¡Dímelo!- lo apremió.

-No sé...no recuerdo... no sentí nada...

Fanfer lanzó una carcajada. De pronto se puso serio y se acercó más.

-No huyas de ti mismo. Dime lo que sentiste cuando lo golpeabas una y otra vez y cuando sentías que la carne de su rostro cedía y se rompía. Cuando viste que todo era muy lento y tú infinitamente rápido.

Césare comenzó a jadear, agitado. No quería entrar en esa sensación, había huído de ella. Pero Fanfer no le dejaba salida. Sin saber cómo, lo tenía acorralado.

-¡Dímelo, dime qué sentiste cuando lo golpeaste y no había nadie en la Tierra con tu poder!

Césare jadeaba más y más. Ahora los ojos de Fanfer estaban muy cerca de los suyos, los sentía adentro de su cerebro. No aguantaba más.

-¡Me gustó!- dijo con un alarido -¡sentí placer, un inmenso placer!  
¡¿Eso quieres que te diga?!

Fanfer lanzó una larga carcajada.

-¿Viste?, eres un animal.

Césare lo miró con rabia, dos lágrimas caían pesadas por sus mejillas.

-¡No soy un animal!

-¿Insistes?, bueno, dime lo que sientes cuando besas a Yelina, dime lo que sientes cuando su cuerpo se pega al tuyo, dime...

El grito salvaje de Césare lo interrumpió. El muchacho con una velocidad sorprendente lo tomó con ambas manos por el cuello, lo levantó y comenzó a apretar. Sus ojos eran dos diamantes oscuros.

Aun así, Fanfer lo miró muy tranquilo. Con toda suavidad, sin hacer fuerza, y utilizando solo su mano hábil, le hizo bajar los brazos y le abrió las manos que apretaban su cuello.

-Calma, calma, tranquilo...- le dijo con voz suave.

Césare pareció despertar, parpadeó, lo miró extrañado y se sentó en el suelo. Estaba agotado. Respiró profundo y se fue tranquilizando a medida que Fanfer le pasaba la mano por su columna vertebral.

-Tranquilo, quería mostrarte la fuerza que todos tenemos adentro. Y las cosas que vemos...

Césare estaba aturdido, apenas podía pensar. Las palabras de Fanfer entraban como agujas en su mente.

-Viste muchas cosas que en su momento comprenderás. Y viste un tesoro..., el mismo que vi yo.

Césare asintió sin hablar.

-Vi más que eso- agregó -Pero..., no sé...

-Debes buscarlo, por algo lo viste.

-¿Y por qué no lo haces tú?- preguntó después de un rato, aun algo molesto.

Fanfer negó con la cabeza.

-No es mi destino, yo debo hacer otras cosas. Ese tesoro es tuyo, es tu destino. Tú puedes hacerlo, puedes obtener lo que deseas. Sí, una barca como la mia también. O aun mejor.

Césare se sorprendió: ¡le estaba leyendo la mente!

Hizo un esfuerzo tremendo por detener el pensamiento que afloraba. La imagen de Yelina apareció y desapareció.

Por el rostro de Fanfer pasó una sombra y sus ojos lanzaron un destello casi imperceptible.

Pero no dijo nada.

-Y yo te voy a ayudar a tener todo, Césare. Solo déjame hacerlo.

Césare optó por callar. No tenía la menor idea de las capacidades ni de los misterios de su amigo. Su mente volvió al tesoro.

-Lo único que te advierto, es que para encontrar nuestro tesoro en la vida se requiere valor, mucho valor para sobrepasar las pruebas.

“¡Otra vez!”

-Comencemos entonces, ¿dónde está?

Fanfer sonrió.

-No, así no vas a encontrar nada, no es tan fácil- le dijo -Primero están las pruebas.

-¿Que debo hacer?

Fanfer lo observó detenidamente.

-Debes encontrar algo en las cuevas de la colina.

-¿Que cosa debo encontrar?

-Algo importante, tú lo sabrás.

Césare quedó pensativo.

-¿Por qué debo hacerlo como tú dices, cómo sé si dices la verdad, cómo sabes estas cosas?

-Porque te hice ver tu destino, porque te hice sentir tu fuerza, porque te he ayudado, porque he estado dentro de ti y te he mostrado tu naturaleza. Porque te conosco.

Césare dudó.

-¿Quién eres tú?- preguntó al fin.

Fanfer lo miró largamente, casi con dulzura.

-Alguien que te quiere ayudar, soy tu amigo, soy como un hermano para ti. Y tú eres lo único que tengo, todos me han rechazado, menos tú. Quiero darte todo, todo lo que no he tenido yo.

Césare lo miró con desconfianza.

-Cómo sé que no...

-Qué, ¿tienes miedo?- lo interrumpió Fanfer en tono de burla.

Césare lo miró largamente. Y respondió con fuerza.

-¡Yo no le tengo miedo a nada!

Pasaron los días. Fanfer se había ausentado sin dar muchas explicaciones.

Y Césare reunió a Francesco y Yelina.

Era un fresco día de octubre, el otoño comenzaba recién a dejar sus ropas veraniegas y alguna tormenta corta anunciaba los cambios de estación. Como otras similares anuncian los cambios en la vida de la gente.

Los tres estaban, como de costumbre, a la sombra del viejo olivo.

-Tengo algo importante que decirles- anunció el joven.

Francesco y Yelina se acomodaron, expectantes, contentos de lo que sería de seguro una novedad.

Césare comenzó a relatar detalladamente todo lo acontecido con Fanfer en la isla y todo lo que éste le había contado.

La expresión de sus amigos había ido cambiando a medida que el relato avanzaba.

Últimamente habían evitado el tema porque todos sabían de la amistad de Césare con Fanfer, y de la escasa simpatía que experimentaba Francesco por el extraño joven. O bien, la reserva cauta y en guardia de Yelina.

Césare terminó su relato y los miró, interrogante.

Francesco comenzó a recoger piedritas y a lanzarlas lejos. Era lo que hacía cuando estaba en dudas o bien cuando algo no llegaba a conformarlo.

Yelina suspiró y tomó la mano de Césare entre las suyas.

-No sé...- dijo Francesco, al fin. -Puede ser peligroso.

Césare se movió, inquieto.

Francesco, ¿cuántas veces hablamos de buscar ese tesoro?, pues bien, ahora tenemos un dato.

-¿Cómo sabes que es cierto?

-¡Porque lo vi, Fanfer me lo hizo ver! Tiene unos poderes extraños.

-Por eso digo que es peligroso.

-¿A Fanfer te refieres entonces?

Francesco asintió con la cabeza, sin mirarlo. Y lanzó otra piedrita.

-No, Francesco, no. Me ha demostrado su amistad, recuerda cómo me ayudó con Curcio, siempre me ha apoyado, ¡es mi amigo!- concluyó al fin.

Francesco lo miró, dolorido.

-Y tú también- agregó rápidamente Césare -¿Por qué no pueden llevarse bien ustedes dos?

-No lo sé, hay algo raro...

-¿Y tú?- preguntó Césare volviéndose hacia Yelina. La miró casi con temor a un rechazo de la muchacha.

Yelina suspiró y le apretó más la mano.

-No sé, yo tengo mis dudas, ustedes lo saben, pero te apoyaré en todo.

-¡Vamos, Francesco...!- dijo Césare en tono conciliador e invitante.

-Pensemos en la aventura, lo que tantas veces hablamos.

Francesco miraba el piso en silencio y jugueteaba con las piedritas en sus manos.

-Si comienza en las cuevas debemos llevar algo para alumbrar, y cuerdas.

Césare lo abrazó, contento.

En los días siguientes los tres prepararon cuidadosamente los materiales a llevar. Cuerdas, hilo largo y fuerte para usar de seguridad en las cuevas, brújula, algún pequeño piolet en caso de algún descenso o ascenso. Apenas conocían las cuevas, nunca habían entrado a fondo, precisamente por carecer de los elementos de seguridad. Agregaron víveres y agua para unos tres de días, por las dudas. No porque pensarán que la investigación pudiera durar tanto, sino porque si el estado del mar se complicaba, podrían quedarse a dormir hasta que amainara. No eran frecuentes los grandes temporales en esa época, pero Césare insistió en prever todo.

-¿Y qué es lo que tenemos que encontrar?- preguntó Francesco.

-Estoy seguro que lo reconoceremos de inmediato. Fanfer...

-Propongo una cosa- interrumpió Yelina al ver el ceño de Francesco que se fruncía.

-Hagamos de esto nuestra aventura exclusiva y no nombremos más a nadie, ¿de acuerdo?

Los jóvenes asintieron sin hablar. Era un buen acuerdo, y un límite protector al sentimiento de cada uno.

-¿Cuándo vamos?

-El sábado es luna nueva- respondió Césare -un buen momento para comenzar algo.

Cuando Yelina llegó a su casa encontró a su madre sentada en la penumbra de la sala de estar. La estufa mostraba los restos de algo que se había quemado. Y las cartas de tarot estaban sobre la mesa. Teresa la miró y Yelina sintió que los ojos de su madre iban hasta el fondo de su alma.

-Mamá..., ¿puedo preguntarte algo?

Teresa negó suavemente en silencio y acarició la cabeza de su hija.

-Pero tú sabes...

-Sí- respondió Teresa con expresión de resignación- siempre supe todo. Y no estoy segura de que eso sea una ventaja. Ni que me guste.

-Me puedes ayudar, me puedes aconsejar, entonces.

Teresa la observó mientras la sombra de una sonrisa algo triste y fatalista pasaba rápidamente por su cara.

Yelina sintió la sensación de que en alguna manera, su madre la despedía para un viaje muy largo. Y peligroso.

-Mamá, tengo un poco de miedo.

-Pregunta tú misma, entonces. Ya estás en edad de hacerlo- y con un ademán algo brusco, que tenía algo de desafío, le alcanzó el mazo de tarot.

Yelina miró fijamente aquellas cartas que tantas veces la intrigaron y la tentaron. Las cuales había llegado a sentir en sus manos sin atreverse a mirar.

Casi temblando las tomó.

-Mamá, yo no sé interpretar...

-No hay enseñanzas para esto, Yelina. Te responden o no te responden. Y en ningún caso vas a tener la mínima duda. Con el tiempo verás que los significados son algo más profundos de lo que parece. Pero ahora, si tienes una duda fuerte, si verdaderamente lo necesitas, seguro que la respuesta viene. Y tú la vas a entender.

Yelina, algo temerosa, comenzó a barajar suavemente entreverando el mazo.

Las sombras de la tarde se espesaban y Teresa encendió una vela.

-Siente las cartas, Yelina, siéntelas en tus manos. Siente que entran dentro de ti. Tú y las cartas son una sola cosa.

Yelina continuaba barajando lentamente y sus ojos comenzaron a cerrarse mientras sus dudas se concretaban en preguntas. Sintió las cartas profundamente, como si hubieran cobrado vida y fueran ellas las que hacían mover a sus manos. Vio desfilar ante su mente todas y cada una de sus imágenes formando un torbellino vivo que le hablaba sin voz de cosas de la vida y de secretos muy antiguos que no podía comprender. Sintió que todo eso la integraba, formaba una cosa sola consigo misma. Y sin que pudiera comprenderlo sintió que en su espíritu se conformaba la base de un código que le permitiría

interpretar una lengua antigua, que le habló millones de veces a la humanidad a través de los símbolos de las cartas o de los símbolos en la vida misma.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero cuando abrió los ojos su madre le sonreía. Y supo que estaba lista.

Lentamente, como había visto hacerlo decenas de veces, cortó tres montones con la mano izquierda y los volvió a juntar en orden diferente. Extendió las cartas en abanico delante de sí. Esperó.

Su mano se levantó y casi sin que supiera cómo, tomó una carta y la apartó, dejándola boca abajo sin mirarla.

Repitió la operación con dos cartas más. Ahora las tres cartas estaban delante de sí y su mente parecía vacía.

-En la primera carta se juega todo- explicó Teresa -allí vas a ver si te responde o no. Si no lo hace es mejor abandonar por hoy.

Yelina se inquietó más aun.

Dio vuelta la primera carta, la de la izquierda.

Seis de espadas.

La figura mostraba una barca en la que iban tres personas. Al frente se veía una extensión de tierra. Las personas parecían un tanto apesadumbradas y las seis espadas estaban clavadas de punta en la barca.

-¡Sí!- dijo Yelina muy exitada -¡está respondiendo, está hablando. Es exactamente eso!

Teresa la miró como mira la madre tigre a su cachorro cuando logra la primera pieza.

-Tranquila, cálmate. Continúa.

Teresa, más animada, dio vuelta la carta central.

Sintió que el corazón se le apretaba. Quedó sin respiración, mirando muy fijamente el arcano número trece: La Muerte.

Un esqueleto con armadura negra, montado en su corcel blanco y portando una bandera con una extraña flor blanca.

-¡Mamá!- exclamó Yelina aterrorizada.

-La muerte es una parte de la vida.

Yelina la miraba con ojos muy abiertos.

-Y hay muchas formas de morir. Siempre estamos muriendo.

Lanzó un suspiro y acarició a su hija.

-Es el precio por saber- le dijo -y por crecer.

Yelina volvió a las cartas. Dio vuelta la tercera sin saber si en realidad tenía ganas de hacerlo.

Arcano diecisiete. La Torre

Una torre que se partía al ser alcanzada por un rayo y dos personas que caían al vacío.

Yelina respiró hondo.



-Todo esto no parece muy bueno...

Su madre la miró muy fijo.

-En todo caso el conjunto habla de algo que cambia radicalmente.

-Si mamá, pero también la muerte es algo radical.

-Sí...- se limitó a decir Teresa.

-Pero mamá... tú... tú ves, verdad?

Teresa la miró largamente.

-Tú naciste al lado de un volcán en erupción- le dijo repentinamente.

Y Yelina se sorprendió por el giro de la conversación.

-El parto comenzó allí, cuando yo trabajaba en el campo que teníamos con tu padre en la ladera de la montaña. La montaña explotó y la lava comenzó a caer sin que tuviera tiempo a nada. Atiné a subir a una pequeña meseta y allí comencé a parir. Con la tierra que rugía y temblaba y con la lava que corría a ambos lados de la colina. Allí naciste y allí mismo te consagré a la Madre Tierra. Cortando con los dientes tu cordón umbilical y ofrendándolo a la montaña, lo enterré allí mismo. Apenas hice esto, todo cesó. Y tu nombre comenzó a sonarme en la cabeza. Entonces supe que eras hija de la Tierra y que esta te protegería por siempre. Dos años después, estabas muy enferma, una fiebre muy alta. Y no había médico cerca y tu padre estaba en la ciudad. La bruja que era mi amiga, te hizo unos pases, pero seguías mal. Entonces mi madre, tu abuela, me hizo recordar tu nacimiento. Esa misma noche te llevé cerca del río y te enterré en el barro. Me quedé toda la noche rezando a la Madre Tierra. Y te salvaste. La Tierra, no lo olvides, ese es tu escudo.

Yelina asintió, un poco más aliviada. Besó a su madre y se fue a dormir.

Teresa quedó muy pensativa, mirando las cartas sobre la mesa. Y con un pensamiento que era solo de ella extrajo una cuarta carta.

Arcano quince: El Diablo.

-Otra vez tú, metiendo tu inmundada cola...- dijo como para sí.

-Pero está Ogún, ahora está Ogún...

Con un suspiro juntó las cartas y se fue.

-Me falta algo aun...- musitó mientras se iba a su pieza.

El sábado, muy temprano, los tres partían rumbo a la Isla de los Pájaros.

El día estaba un tanto extraño. Hacía calor. El sol, todavía bajo, brillaba tras un velo casi invisible y una luz amarillenta iluminaba la mañana; el mar estaba amarillo, tibio y muy quieto. No había una gota de viento y la atmósfera parecía pesada.

Césare y Francesco remaban vigorosamente mientras Yelina pasaba la mano por el agua en actitud pensativa. Había optado por no decir nada a los muchachos acerca de la consulta al tarot.

Ellos, por su parte, estaban contentos. No era la primera vez que iban a la isla por un tiempo prolongado, y don Giovanni no se inquietó. Tan solo les palmeó la espalda y les advirtió por el posible mal tiempo. Durante los aprontes se había disipado el recuerdo de Fanfer y la excitación de una nueva aventura había ganado sus corazones.

La última había sido hacía dos años, cuando los jóvenes decidieron participar en un concurso de pesca. Mientras todos permanecían a unos pocos cientos de metros de la costa, Césare había insistido en irse mucho más lejos. A la tarde el viento se levantó desde tierra y los impulsó mar adentro.

Pasaron la noche entera y parte del otro día sin que se supiera de ellos y todas las barcas de los pescadores los buscaron sin éxito. Al fin los trajo un vaporcito que hacía la travesía hasta Nápoles; los había encontrado bastante asustados, muertos de hambre y de sed en medio del mar.

Lo mejor de todo, o mejor dicho, lo único rescatable de la casi trágica aventura, fue un atún de diecisiete kilos que los muchachos habían logrado capturar después de horas de lucha.

Y por supuesto, cuando los reproches pasaron, reclamaron el premio del concurso... y vendieron el atún a la pescadería local.

Entre risas y remadas, le contaron la aventura a Yelina.

Habían recuperado el antiguo espíritu. Pero ahora era mejor: Yelina estaba con ellos.

Con un último envión dejaron deslizar la barca y entraron los remos. Atracaron con suavidad, desembarcaron y amarraron cuidadosamente la barca dejando la adecuada longitud de cabos, y pusieron una vieja cubierta de auto en la banda para que, en caso de mar agitado, no se golpeará contra el muelle.

Muy exitados cargaron sus bolsos al hombro y comenzaron a caminar. El sol, más alto, continuaba amarillento y un tanto pálido, y la silueta de la montaña se recortaba a lo lejos.

Pero ellos fueron en otra dirección, hacia la colina.

-¡Cómo ha crecido la vegetación!- comentó Francesco mientras cruzaban el bosque. Hacía bastante tiempo que no visitaba la isla.

-Mucha cosa está cambiada- dijo Césare -hay caminos que se han borrado, y el de ascenso a la montaña está bastante peligroso, se ve que las lluvias del invierno quitaron mucha tierra.

Se internaron en el bosque. A medida que caminaban fueron quedando en un extraño silencio. Un silencio de alarma, de espera,

como cuando algo que no corresponde a lo normal comienza a hacerse evidente

-Acá pasa algo raro- dijo Césare en voz baja, sin atreverse a interrumpir la sutil amenaza del bosque.

Sus compañeros lo miraron, interrogantes.

Césare miró en todas direcciones.

-Ya sé- dijo al fin -los pájaros, no se oyen los pájaros.

Un casi imperceptible frío recorrió las espaldas de los tres jóvenes cuando callaron y el silencio se hizo aun más evidente con las palabras de Césare.

-Y tampoco hemos visto ninguno- agregó Yelina con el mismo susurro.

- ¡Ni gaviotas!- dijo, alarmado Francesco -¡es imposible que no haya gaviotas, ésta es la Isla de los Pájaros, no puede ser!

-Las gaviotas pueden estar en tierra si se viene mal tiempo- dijo Césare.

-¿Y los otros pájaros, los del bosque, dónde están?- la voz de Francesco denotaba una gran inquietud.

Y la suave e implacable zarpa del temor creciente apretó sus vientres.

-Sigamos, hay que salir del bosque- dijo Césare con más resolución de la que verdaderamente sentía.

Y con una sonrisa mostró orgulloso su medalla.

-Tenemos a San Jorge.

-Ogún- acotó Yelina sonriente y contenta por la reacción de Césare - De donde vengo yo es Ogún.

-Y acá San Jorge, ¿no?

Yelina asintió sonriente.

“Y a la Madre Tierra”, pensó recordando las palabras de su madre.

Cuando comenzaron el ascenso a la colina sus temores se confirmaron.

Normalmente la colina era el lugar donde anidaban las gaviotas, entre las altas hierbas que bordeaban sus laderas.

Césare y Francesco, cuando hacían sus incursiones en la isla, caminaban cuidadosamente entre los nidos, moviéndose muy despacio, mientras las gaviotas que empollaban los miraban sin alarmarse.

En esta oportunidad volvieron a ver los numerosos nidos con los correspondientes huevos... y ni una gaviota.

Pero nadie dijo nada y continuaron el ascenso.

Pronto la vegetación comenzó a ralearse y al fin llegaron a una planicie de roca donde se elevaba una suerte de muralla de unos cincuenta metros de alto. Y en sus flancos se veían numerosas cuevas, cómo

mudas bocas que lanzaban un grito eterno e imposible tratando de vomitar sus propios demonios.

La visión de las cuevas siempre había inquietado a los jóvenes. Pero esa vez, en medio del espeso silencio, la sensación fue más evidente aun.

Se acercaron. Un aliento caliente parecía salir de cada caverna.

Los jóvenes se miraron.

-¿Qué hacemos ahora, por dónde empezamos?

La pregunta de Francesco resumió las dudas existentes. No tenían la menor idea.

Las miradas cayeron sobre Césare.

El muchacho trataba de aparentar una seguridad que no sentía en absoluto, pero había sido él quien promovió todo. Por lo tanto en él estaba la decisión.

En eso estaban cuando una pequeña ave, completamente negra, salió de la gruta que estaban mirando y volvió a entrar. Seguramente tenía su nido allí, y tal vez era la única ave que había quedado en la isla.

Césare lo interpretó como una señal.

-En ésta- dijo -entremos en ésta.

Y todos estuvieron de acuerdo. Imposible encontrar otro argumento para decidir.

Pero cuando fueron a entrar Césare se detuvo.

-No podemos entrar los tres, alguien debe permanecer afuera por si pasa algo y se necesita ayuda.

Era lógico.

-Tenemos una sola linterna y equipo para uno- razonó Césare -entro yo.

-¡Yo quiero ir!- protestó Francesco.

-No, Francesco, si pasa algo, es mejor que le pase a uno y no a dos. Y siempre es mejor la ayuda de dos que la de uno solo.

Francesco, desolado, miró a Yelina. La joven hizo un gesto de resignación, Césare tenía razón.

Césare extendió el larguísimo cordón que llevaba enrollado en un carretel y le entregó un extremo a Yelina.

-¿Alcanza?- preguntó ella.

Por toda respuesta Césare le mostró un cordón igual que llevaba adentro de su bolso.

-Son más de quinientos metros entre los dos, si en ese trayecto no encuentro nada, nos vamos.

Todos estuvieron de acuerdo. Nadie quería prolongar demasiado esa experiencia incierta y peligrosa.

Césare avanzó hasta la entrada, se detuvo, respiró hondo. Y entró.

De inmediato la temperatura cambió, dejó de ser el fresco día otoñal para transformarse en un ambiente caliente y húmedo.

Césare se volvió hacia sus amigos que se veían recortados por la entrada e iluminados por la luz del sol.

Hizo un gesto de despedida, sonrió y continuó avanzando. Y dobló el primer recodo.

Para Yelina y Francesco fue literalmente como si se lo tragara la tierra, simplemente desapareció en la negrura. No pudieron evitar una sensación de temor, de algo que se consuma fatalmente sin que nadie pudiera detenerlo. Se miraron sin hablar y se sentaron a esperar.

Inmediatamente Césare se enfrentó a una oscuridad densa, espesa, que se pegaba a la piel. Parecía que casi se podía tocar.

Encendió la linterna. El haz de luz se extendió angosto e insuficiente, aprisionado entre las tinieblas que apenas lo dejaban pasar.

Estaba en una caverna amplia, el techo era muy alto y apenas alcanzaba a iluminarlo. Sombras fugaces se movieron veloces.

“Murciélagos”

Recorrió las paredes de la caverna con el haz de luz. A su izquierda la pared se mostraba bastante lisa y se elevaba vertical hacia el techo abovedado. Hacia la derecha el haz de luz se perdía en el vacío.

Césare optó por seguir pegado a la pared de la izquierda, era una referencia.

Desenrollando cuidadosamente el cordón, avanzó.

La pared comenzó a apartarse de la mano, Césare la iluminó y vió que era otra entrada. Continuó avanzando en la dirección que venía y la luz le mostró que la pared comenzaba a girar a la derecha.

“Hace un círculo”, pensó, “y puede llega otra vez a la entrada”.

Volvió sobre sus pasos enrollando el cordón hasta la entrada que había encontrado antes.

Entró en ese lugar. El aire era más espeso aun y el olor a humedad era mucho menor.

Era un ambiente mucho más pequeño, circular, casi. Y en el fondo de la estancia se destacaban nítidamente dos pequeños agujeros negros, de apenas un metro de alto, como dos ojos inútilmente abiertos en la eterna oscuridad.

Césare sintió la mordida aguda del miedo. Recorrió detalladamente la estancia con la esperanza de encontrar algo que le indicara el siguiente paso para el tesoro y así irse lo más rápidamente de allí. Pero apenas dos rocas pequeñas era todo lo que había en la caverna. Y aquellos ojos vacíos continuaban mirándolo en forma apremiante.

Tenía que seguir, no podía volver diciendo que no había encontrado nada cuando apenas habría recorrido unos sesenta metros.

Avanzó hacia los agujeros y optó por el de la izquierda pensando que sería más sencillo tener otra referencia a la vuelta doblando siempre a la derecha.

Entró agachándose. Era una cueva pequeña de no más de dos metros de altura. Y completamente sin salida. La revisó cuidadosamente. Nada.

Salió y entró en la abertura de la derecha, sintiendo cómo iba desapareciendo su plan de optar siempre por la izquierda.

Después que se pudo erguir, iluminó y quedó maravillado. Una enorme estancia, tan grande que la luz se perdía en todas direcciones, se iba descubriendo con el haz de luz. El sonido del agua que cae gota a gota se escuchaba retumbando en las paredes de la gruta. La caverna tendría unos cinco o seis metros de alto. Pero lo más maravilloso era el enorme bosque de estalactitas y estalagmitas que se extendía hasta perderse en la oscuridad; muchísimas de ellas conformaban grandes columnas por los extremos que se habían unido con los siglos del depósito calcáreo que dejaba cada gota al caer, extendiendo las puntas hasta tocarse y resbalando por la superficie hasta engrosar la columna más y más a lo largo de un tiempo que nunca nadie había registrado.

“¡La colina es hueca!”, pensó, asombrado.

Césare avanzó bordeando una y otra columna de piedra, una y otra aguja que se elevaba o pendía del techo. El avance sinuoso le hizo perder toda referencia, se detuvo e iluminó en todas direcciones buscando una pared. El haz de la linterna se perdía en la negrura. Césare comprendió que no tenía otra referencia que el cordón de hilo que había ido extendiendo en su avance. Podía volver en esa dirección, pero no encontraría otra cosa que la salida. Continuó avanzando en espera de algo de lo cual no tenía la menor idea de lo que podría ser. Las sombras de la caverna parecían danzar en cada giro exploratorio de la linterna, y cada roca ascendiente o descendiente, cada columna, aparecían en el límite del haz de luz como gigantes difusos y amenazantes.

Era un verdadero laberinto. Pero tenía el cordón. Lo controló y vio que había disminuido bastante.

En eso estaba cuando su linterna cayó y se apagó. Césare quedó muy quieto, nunca en su vida había visto una oscuridad así. Tan espesa parecía, que el muchacho extendió las manos en el vacío buscando tocarla. Después puso la mano delante de sus ojos, muy cerca. No pudo ver absolutamente nada.

Se agachó a levantar la linterna y no la encontró. A gatas, tanteó una y otra vez con desesperación. Entonces sintió el verdadero terror y el descontrol amenazó con dominarlo. Comenzó a respirar agitadamente y no pudo evitar gritar. Un grito que semejó a un quejido de angustia, y que se perdió rápidamente engullido por aquella implacable oscuridad. Pensó en volver recogiendo el hilo, comenzó a hacerlo ansiosamente cuando de pronto recordó: ¡los fósforos, había olvidado que tenía los fósforos!

Casi con desesperación los buscó dentro de su bolso, extrajo uno y lo partió tratando de encenderlo. Con el siguiente tuvo más suerte. La luz de la llama se extendió generosa y a Césare le pareció la luz más maravillosa que había visto en su vida. La levantó, miró a su alrededor, y allí, a apenas dos metros, un leve reflejo plateado le mostró dónde había caído su linterna.

La levantó, inquieto, apagó el fósforo y probó el encendido. El haz de luz surcó filoso la oscuridad.

El muchacho se sentó a recuperarse. Respiró hondo varias veces, tomó un sorbo de agua de la botella que llevaba en el bolso y pensó. Tenía que seguir avanzando, aunque no era muy probable que descubriera nada en esta oscuridad. Pero aun tenía un poco más de la mitad del cordón, no podía volver a esa altura.

Se irguió y comenzó a caminar sin saber muy bien hacia dónde. En ese laberinto daba igual una dirección que otra.

Continuó, dejando atrás una columna tras otra, una estalactita o estalagmita tras otra, todas parecían iguales.

Iluminó hacia el techo para ver si se estrechaba, y en eso estaba cuando tropezó y estuvo a punto de caer.

Iluminó hacia abajo a ver qué era lo que había interrumpido su marcha.

Los ojos redondos y negros de una calavera lo estaban mirando fijamente desde el suelo.

Césare no pudo evitar un grito al tiempo que retrocedía.

Huesos esparcidos, pedazos de tela muy vieja de lo que seguramente habían sido ropas, y los restos de un pequeño fogón, hablaban mudamente de una antigua tragedia que seguramente nadie supo.

Alguien se había perdido en esa negrura. Y había muerto buscando la salida, tal vez confortado por un último y fugaz fuego. Habría muerto de sed, o de hambre. O tal vez de miedo y desesperación.

Césare observaba hipnotizado los restos al tiempo que la idea de la muerte dejaba de ser una remota e incierta posibilidad para transformarse en una dura y presente realidad.

No era la primera vez que se enfrentaba a la posibilidad de morir. Tiempo atrás, siendo muy pequeño, cayó al agua en un descuido de

sus padres. El recuerdo de eso era confuso, gritos, sacudones, un médico. Y el agua fría. Pero en ningún momento sintió miedo o angustia. Cuando estaba dentro del agua lo invadió una extraña y placentera calma, y miraba todo ese azul verdoso con serenidad y placer. Ese era el recuerdo más fuerte de la experiencia. Después todo fue una gran confusión, y entonces sí se sintió mal cuando vomitó el agua que tenía en su estómago y expulsó la que tenía en sus pulmones. Pero durante su estancia bajo el agua nunca sintió otra cosa que paz.

Pero ahora era diferente. Sintió en lo más adentro de sí mismo que podría morir. Morir así, como ese desconocido, solo, en medio de la oscuridad, del abandono y del terror.

Sintió ganas de vomitar.

Se alejó rápidamente del lugar, caminando más aprisa, casi jadeando. Caminó y caminó entre el dédalo de columnas respirando con dificultad el aire pesado de la caverna, sintiendo cómo aquella implacable oscuridad le ganaba el alma a medida que iba extendiendo el cordón hasta su final, casi sin pensarlo lo añadió con el otro con un fuerte nudo. No había dirección, no había meta, no se veía a más de cinco metros, no se sabía qué esperar. Tan solo avanzar, caminar, hacia donde fuera. Y siguió avanzando, como los seres que en algún momento de sus vidas están sumidos en la desesperación y no pueden hacer otra cosa que seguir viviendo el momento siguiente.

Y entonces la tierra tembló.

Un fragor sordo y enorme se extendió por toda la infinita caverna como el rugido de una fiera que despierta.

Aquel día, respondiendo a designios que él mismo ignoraba, el viejo Vulcano decidió dar una muestra de su poder y sacudió a la vieja madre Tellure, que todos conocerían a través del tiempo como Gea o Gaia. O como la Pacha Mama.

De la cadena montañosa que se extiende de la zona de Nápoli hasta Sicilia, los volcanes más conocidos son, sin dudas, el mítico Vesubio, el feroz Strómboli y el eterno rugiente Etna. Sin embargo, existen varios volcanes submarinos activos a poco más de cien kilómetros de la costa, entre lo cuales se encuentran el Vavilov, el Palinuro... y el Marsili.

Ese día, el viejo Marsili decidió eructar.

Al principio fue tan solo una nube de gas y rocas que salió de su boca y se disolvió en las profundidades del Tirreno sin que nadie la viera.

Pero mucho más abajo, en sus entrañas, se estaba produciendo un desplazamiento de placas tectónicas cuya fricción ocasionaría un terremoto que duraría varios días.



Cuando Yelina y Francesco sintieron el primer sacudón de la tierra se miraron con terror.

Había sido un sacudón corto, violento, anticipatorio.

Y después comenzó el verdadero terremoto.

La tierra pareció danzar en un vaivén enloquecido interrumpido por espasmos y violentos temblores.

Como en una pesadilla los jóvenes vieron cómo la colina parecía aplastarse sobre sí misma y enormes rocas rodaban peligrosamente cerca de ellos.

Yelina, sin saber por qué razón, se aplastó contra el suelo que parecía enloquecer y sintió que se calmaba, que de alguna manera se sintonizaba con ese extraordinario ímpetu telúrico. Ya no era una catástrofe de la naturaleza, era la tierra viva que le hablaba y le trasmitía su vitalidad en cada movimiento. La joven sintió que pensamientos extraños e incomprensibles se amontonaban en su mente. Cerró los ojos y vio escenas magníficas. Vio un planeta hirviente que crujía y explotaba por miles de bocas ardientes. Vio ríos de agua que corrían enloquecidos arrastrando vapor. Vio derrumbarse montañas enteras e islas nacer desde lo profundo del mar. Torrentes de lava que se precipitan al mar y piedras ardientes que caían por doquier. Cielos rojos o amarillos, y al fin cenicientos o negruzcos, que ocultaban la luz del sol.

Y después la paz. Los cielos que dejaban paso a la luz y el mar que se aquietaba. El verdor que comenzaba a cubrir la tierra y al fin lluvias suaves y densas que parecían no tener fin.

Había visto el nacimiento del planeta, el nacimiento de su madre Tierra.

Entonces un remolino incomprensible de imágenes la trajo al tiempo presente. Comenzó por sentir el fragor de la tierra aun temblorosa. Y un llanto suave.

A su lado, Francesco lloraba apretándose el brazo. Una enorme piedra lo había golpeado quebrándolo a la altura del antebrazo.

Ambos miraron la cueva donde había entrado César: una nube de polvo amarillento aun salía por la boca de la caverna y piedras grandes salían de su interior rodando pesadamente.

Yelina, desesperada, comenzó a tirar del cordón y lo sintió alarmantemente flojo. Tiró y tiró enloquecidamente, sin darse respiro. Fue una eternidad. Hasta que la punta deshinchada llegó a sus manos. Yelina lanzó un alarido de terror y las lágrimas de Francesco rodaron pesadamente por sus mejillas sintiendo un dolor mucho más profundo e intenso que el de su brazo quebrado.

Cuando sintió el primer temblor la linterna cayó de sus manos apagándose. César solo atinó a ponerse a gatas para evitar caer. Esperó con un terror creciente.

Y después comenzó el infierno de movimientos, derrumbes, sacudidas y el polvo que inundaba todo impidiendo respirar.

Esperó morir aplastado por el techo de la caverna, o por una de las columnas que se quebraban una tras otra con estallidos atronadores. Esperó morir asfixiado por el polvo.

Esperó un tiempo infinito, en la más absoluta oscuridad.

Después vino el silencio, pesado, incierto. Tan solo un fragor sordo, lejano y amenazante parecía inundarlo todo.

Y un aroma acre y picante que le dificultaba la respiración.

César sintió que estaba en las entrañas de un monstruo enorme que lo estaba digiriendo lentamente.

“¡El cordón!”

El pensamiento irrumpió veloz en su mente, era lo único que podía salvarlo. Tiró y en seguida se encontró con la punta rota.

Una garra helada apretó su pecho

No tenía la menor idea de lo que podía hacer, sintió que la desesperación lo ganaba. Buscó la linterna, tanteó el piso y se encontró con enormes rocas, trozos de estalactitas, y de columnas. Y de pronto una abertura, un pozo que parecía no tener ni fondo ni límites en esa espantosa oscuridad. Aterrado, retrocedió y abandonó la búsqueda.

“¡Los fósforos!”

No sabía para qué, pero era luz, podría ver... no sabía qué cosa, pero ver algo...

Buscó los fósforos en el bolso y encendió uno.

La llama se extendió mucho más grande de lo normal y se apagó con una pequeña explosión.

César quedó desconcertado, ¿qué cosa era aquello que había sucedido?

Buscó otro fósforo y repentinamente se detuvo.

“¡Azufre, eso había hecho crecer la llama! Y tal vez algo de hidrógeno...”

Sí, el terremoto había liberado gases muy comunes en lo profundo de las cavernas y que el muchacho conocía muy bien. Gases que en segundos pueden terminar con la vida de un hombre.

Iba a morir, lo sabía. Por lo menos no sería de hambre, sed o terror, como aquel pobre desgraciado. Iba a morir envenenado, solo, en lo profundo de la tierra.

“Yelina”, fue lo único que atinó a pensar. Y sintió una profunda tristeza. Por todo lo que hubieran tenido para vivir, por no verla más, por dejarla sola. Se dio cuenta cuánto amaba a esa muchacha. Inconscientemente llevó su mano a la cadena que pendía de su cuello y la besó.

“Adiós Yelina, te amo.”

Y comenzó a caminar sin rumbo y sin miedo. Tan solo con una infinita tristeza en su pecho.

Se golpéo una y mil veces contra rocas de todo tipo. Cayó y se levantó una y otra vez, como un autómatas, sin saber qué otra cosa hacer, mientras lágrimas que nadie vería corrían por sus mejillas.

“Yelina”.

El olor a azufre era ya insoportable. Su pecho comenzó a arder y su respiración era corta y jadeante.

Siguió caminando. Uno, dos, diez pasos. Y cayó.

Contra el suelo el aire era aun más pesado. Sintió que su pecho estallaba en llamas. Intentó levantarse pero un fuerte mareo se lo impidió. Se derrumbó sin fuerzas.

Sintió que no podía ni respirar ni mantenerse despierto.

De pronto, sintió una gran paz, la misma que cuando estuvo bajo el agua cuando era pequeño.

Y sin darse cuenta se sumió en el sueño escuchando el leve temblor de la tierra y viendo ante sí el rostro de Yelina que le hablaba sin que él pudiera entender.

Y después la negrura.

.....  
No supo cuánto tiempo estuvo así. El tiempo parecía no existir.

Se irguió. Ya no le costaba respirar, se sentía bien. Y la negrura había sido sustituida por una luz azulada oscura que no le impedía la visión, al contrario, parecía percibir todo en sus más mínimos detalles. El ruido sordo y profundo de la tierra temblando aun se escuchaba pero no sentía sus temblores.

Se sentía mucho mejor y el pecho ya no le ardía. Tal vez ahora podría intentar buscar la salida.

Dio un paso sintiéndose increíblemente ágil, tan liviano que ...

Había girado y lo que vio lo dejó perifoneado: ¡otro cuerpo, el terremoto había descubierto otro cadáver en las entrañas de la caverna!

Podía ver claramente el contorno, la cabeza metida entre los brazos y las piernas arrolladas. Un bolso colgaba de uno de sus hombros y...

Quiso gritar pero solo abrió la boca.

¡Era su propio cuerpo que yacía frente a él!

Césare estaba completamente aturdido, no podía asimilar esa visión.

¡No podía ser!

Y la idea que luchaba por imponerse, al fin lo hizo: estaba muerto. Sí, había muerto envenenado en lo profundo de la tierra. Y ahora... ¡Eso era la muerte, tan solo un cuerpo sin vida! Y él que lo miraba. ¡Eso que era él, era la vida después de la muerte. De su muerte! ¿Y ahora, qué se hace?

Miró a su cuerpo una vez más, con dolor. Se volvió y comenzó a caminar. Sí, por eso estaba tan liviano y se sentía tan bien. Por eso podía avanzar casi en el instante que lo pensaba. Podía elevarse, flotar, girar. Todo era muy extraño. Durante toda su vida había fantaseado y soñado con volar, esto era lo más parecido a lo que había sentido en sus sueños. Pero lo que no podía entender era la falta de sentido del tiempo, no sentía que se desplazaba, simplemente estaba allí, en otro lado.

Ahora no tenía la menor idea de dónde se encontraba y había perdido totalmente la referencia de donde yacía su cuerpo.

El ambiente era diferente, ya no estaba en la opresión de la gruta derrumbada, ya no estaban las columnas de roca caídas por doquier. Era un ambiente más amplio, y aquella extraña oscuridad azul parecía ahora más clara.

Comenzó a ver sombras que se movían, sombras pequeñas, silenciosas. Sombras humanas.

Césare se aproximó y vio que eran enanos, muchos enanos oscuros vestidos con pieles que trabajaban incesantemente sin prestarle la mínima atención. Seguramente no lo veían, él estaba muerto.

Los enanos parecían cavar y extraer piedras que trasportaban en rústicas carretillas. ¿Qué era todo eso?, se preguntó completamente confundido.

Un enano se aproximó con una carretilla. ¡Y lo miró!

“Entonces me pueden ver”, pensó.

Creyó ver un gesto de desdén en la expresión del enano. Era un hombre de edad indefinida, pero seguramente de mucho más de cincuenta años. Sucio, de pelo largo, barbudo y muy fuerte. Y todos los demás parecían semejarle extraordinariamente.

El enano continuaba mirándolo, tal vez con curiosidad.

-¿Estoy muerto, estamos todos muertos?-atinó Césare a preguntar sin que la voz saliera de su boca.

El enano no habló, tan solo una idea confusa penetró en su mente, algo que no podía entender.

De pronto, observó la carretilla. Brillaba con destellos áureos aun en medio de la oscuridad azul. Cientos de piedras redondeadas y brillantes. ¡La carretilla estaba repleta de oro!

-¡Oro, es un tesoro! ¡Es el tesoro que vine a buscar!

Ahora sintió muy claramente la voz autoritaria y grave del enano que explotó en su mente.

-¡No, esto es nuestro. Desde hace una eternidad que es nuestro! Lo hemos trabajado y continuaremos haciéndolo, siempre.

-Pero a mi me dijeron...

El enano lo miró con ojos pequeños, oscuros y ardientes. Sabios.

-Sígueme- le dijo.

Césare caminó y caminó detrás del enano observando todo a su alrededor. Era siempre la misma escena: cientos, tal vez miles de hombres pequeños que cavaban en silencio y picaban la piedra, que extraían las pepitas de oro y las metían en carretillas que arrastraban en cientos de rumbos diferentes perdiéndose entre las cavernas que aparecían y desaparecían a su paso. No tenía la menor idea de a donde iría a parar todo eso, no parecía tener un destino ni un sentido, era tan solo una labor que se desarrollaba en la eternidad.

El enano se detuvo frente a un enorme caldero. Césare miró en su interior y vio que estaba repleto de anillos dorados. Anillos grandes y pequeños, con engarces de todo tipo, con figuras o lisos, con inscripciones y con signos extraños. Y todos de oro.

-Saca uno- la voz del enano era idea en su mente.

-¿Por qué debo hacerlo, para qué?

-Porque estás en una línea de destino, estás viviendo lo que se vivió eternamente y se volverá a vivir. Tienes que hacerlo, este es tu tesoro.

-Pero estoy muerto, yo...

-¡Hazlo!- rugió el enano.

Césare extrajo un anillo sin pensarlo.

-¿Cómo sé que me corresponde?

-Porque lo tomaste- fue toda la respuesta.

El enano volvió a su carretilla y comenzó a alejarse.

-¡Espera!, ¿qué hago ahora?- preguntó Césare alarmado.

-Ve; a donde vayas es tu destino- respondió el enano de lejos y sin volverse.

Césare se puso el anillo, avanzó un poco y todo cambió, ya no había enanos, estaba en un ambiente extendido, como una llanura gris y oscura, sin final ni principio. Y lleno de seres que vagaban sin rumbo. No eran enanos, eran seres tristes, que avanzaban aplastados por el peso de vidas dolorosas.

Césare los observó. Eran seres pálidos, con expresiones de infinita tristeza. Hombres, mujeres, niños, ancianos y jóvenes de todas las razas y de todos los tiempos. Vestían con los ropajes más diversos, algunos con harapos, otros simplemente desnudos. Toda una infinita marea humana que no parecían tener otra expectativa que... esperar. Sintió que esa gente esperaba, pero no supo qué cosa.

No se atrevió a hablarles, alguno lo miró con indiferencia y continuó su vagar. Césare sentía que la tristeza del ambiente comenzaba a pesarle. No quería estar allí condenado a una eternidad de incomprensible y cruel espera.

Sin saber por qué, avanzó entre ellos, sentía que iba hacia algún lugar pero no tenía idea a dónde. Estaba ansioso, temeroso por la expectativa creciente de una instancia desconocida, tal vez peligrosa. Comenzó a distinguir a dos seres entre la multitud. Dos seres que permanecían quietos a lo lejos y que lo miraban. Lo esperaban. Sabía que era allí hacia donde debía ir.

A medida que se acercaba vio que era una pareja, un hombre y una mujer de edad mediana.

¡Y parecían sonreírle! Tal vez la única sonrisa en ese infinito deambular de tristezas.

Césare se detuvo frente a ellos. La mujer era hermosa, y el hombre parecía afable y protector. Era como si los conociera, era...

¡Eran sus padres!

La sorpresa, la excitación, la alegría, lo sacudieron. Pero de inmediato comprendió que estaba en el mundo de los muertos. Tal vez ese era su destino final. Permanecer allí por la eternidad. Esperando.

Pero estaban sus padres. Quiso decirles mil cosas, quiso abrazarlos, preguntarles, contarles de su vida y de su muerte. Pero tan solo una pregunta brotó como un torrente contenido por años.

-¿Por qué, por qué me abandonaron?!

Sus padres comenzaron a hablar, sin voz, eran ideas, pensamientos que se incrustaban en su mente sin que tuviera tiempo de entender.

-Tu abuelo, que tu abuelo te explique todo- fue lo último que entendió que le decía su madre.

-Pero no puedo, estoy muerto.

Las siluetas de sus padres comenzaron a disolverse. Césare sintió que se despedían. Y los sintió contentos y aliviados. Ya no tenían que esperar, no entendía por qué, tan solo lo sabía.

Quedó solo, desconcertado y triste en medio de la infinita llanura gris. No sabía qué hacer.

Y repentinamente un hombre enorme apareció delante de él. Un hombre fuerte, de facciones duras, implacables, pero con ojos que reflejaban una infinita sabiduría y bondad. Su cabellera y su barba eran largas y oscuras. Vestía una toga roja y negra, y una tiara dorada que indicaba realeza.

-Ve a tu cuerpo- ordenó el hombre con tremenda autoridad. Y le entregó algo pesado.

Césare no atinó a ver lo que tenía entre sus manos, solo sentía que pesaba. Y que él se desplazaba a velocidad infinita.

Sin saber cómo, estaba otra vez frente a su cuerpo caído.

No atinaba a pensar, no sabía qué estaba pasando, cuando de pronto, un rugido aterrador sonó a sus espaldas y la oscuridad azul se iluminó violentamente por un tremenda llamarada que recorrió el techo de la caverna.

Césare se volvió y no podía creer lo que estaba viendo.

Era una enorme bestia negra, con ojos rojos y brillantes, con una cola poderosa y puntiaguda. Y con alas de murciélago en su dorso. ¡Era un dragón, el dragón del cuadro en la iglesia, el dragón de sus sueños!

La peor de sus pesadillas se encontraba frente a él. ¡Y lo atacaba!

El dragón lanzó un tarascón veloz. Césare pudo ver sus fauces de colmillos enormes. Saltó hacia un costado. En el movimiento se dio cuenta qué era lo que tenía entre las manos: era una espada. El hombre de la tiara dorada del mundo de los muertos le había entregado una espada, un gladio romano de empuñadura blanca rematada en un pomo dorado; de unos setenta centímetros. Un tamaño y peso muy adecuados al joven.

Césare se sintió un poco mejor.

Comenzó a rodear al dragón lentamente, tratando de sorprenderlo por detrás. La bestia lo miraba fijamente sin moverse.

Césare estaba atento a la próxima bocanada de fuego y continuaba el rodeo.

Cuando se sintió seguro intentó descargar un golpe, pero el dragón con un movimiento velocísimo agitó su cola. Césare vio como el coletazo le atravesaba el brazo. No sintió dolor ni vio herida alguna, pero experimentó una pérdida de energía. Se apartó. El dragón lo miró y atacó hacia adelante: ¡quería devorar su cuerpo yacente!

Rápidamente Césare se interpuso y quedó muy cerca del dragón, tan cerca que éste no podía atacar con su cola. La fiera lanzó una nueva llamarada hacia lo alto. Césare comprendió que no podía atacarlo con fuego estando tan cerca y que pasaba un tiempo entre llamarada y llamarada. Pero también comprendió que estaba a merced de sus fauces y de sus garras anteriores.

El dragón lo mordió en el hombro izquierdo y con un zarpazo le hizo un tajo muy largo en el pecho.

Césare no podía apartarse, allí debía vencer o... ¿morir?, ya estaba muerto. Sintió que en esa lucha podría perder su alma. O nacer nuevamente. No entendía cómo, pero lo sabía. Una sensación de inevitable fatalidad lo invadió. Era una batalla final en esa etapa, y no podía hacer nada por eludirla. Atacó con toda la energía que le restaba, luchaba por algo mucho más importante que su vida, luchaba por cumplir un destino.

Descargó un golpe tras otro en el pecho del dragón, enterró su espada una y otra vez en el cuerpo de la fiera, con rabia, con desesperación. El dragón aullaba de dolor pero continuaba hiriéndolo con fauces y garras.

Sintió que se debilitaba más y más, pero también vio cómo la bestia cedía.

Un mandoble más, otro, y con un alarido silencioso enterró su espada en el pecho del dragón hasta que sintió que incluso su brazo lo penetraba.

La bestia lanzó un rugido sordo que se fue apagando, dobló su cuello, lo miró con un odio infinito en sus ojos rojos y se desplomó. De su boca salía un vapor sulfuroso y de la herida de su pecho manaba una sangre oscura y espesa.

Césare supo que su obra no estaba cumplida.

Con un supremo esfuerzo levantó el gladio y lo descargó violentamente sobre el cuello del dragón cortándole limpiamente la cabeza.

Después, agotado y casi inconsciente, cumplió con el rito atávico que habían realizado todos los grandes cazadores, luchadores y guerreros del mundo, hundió sus manos en el pecho del dragón, buscó hasta encontrar el corazón, lo arrancó con ambas manos y lo elevó por encima de su cabeza ofrendándolo a aquel extraño que le había entregado su espada.

Su alarido triunfal estremeció las entrañas de la tierra mientras la sangre del corazón, aun palpitante, caía sobre él empapándolo completamente.

Césare sintió que se desvanecía, lo último que vio antes de perder del sentido fue que el cuerpo y la cabeza del dragón se volvían completamente blancos.

Y la cara de Fanfer que lo miraba muy de cerca y le hablaba sin que él pudiera comprender. Al fin se fue, con un gesto de su mano deforme y con una mirada de triste fatalidad en su expresión.

Y otra vez todo fue negro y sin tiempo.

Yelina, desesperada, intentó ayudar a Francesco.

Entre lágrimas logró hacerse con un par de varas de un joven árbol cercano. Rasgó su vestido e improvisó unas vendas.

Con mucho cuidado comenzó a entablillar a Francesco que la miraba hacer sin dejar de llorar en silencio.

Ató ambas varas al antebrazo con una de las vendas y con la otra improvisó un cabestrillo. Con lo que sobraba ató el brazo al cuerpo para impedir el movimiento. Francesco se quejó con los dientes apretados.



Se sentaron y se miraron.

-¿Que hacemos?- preguntó el joven jadeando aun por el dolor.

-¡No lo sé, no lo sé!- respondió Yelina con desesperación.

-Vamos a buscar a alguien...

-No puedo dejarte solo, y no creo poder con la barca.

Quedaron en silencio, solamente podían esperar sin saber qué.

Francesco comenzó a musitar una oración alternada con sollozos de dolor.

“Mamá, mamá”, imploraba Yelina, “¡Ayúdame mamá!”.

“La Tierra, no lo olvides, ese es tu escudo”. Las palabras que le había dicho su madre resonaron nítidas en su mente.

Si bien Yelina había quedado muy impresionada por el relato de su nacimiento y por la experiencia de la visión del nacimiento del planeta, aun no entendía muy bien su relación con la Madre Tierra. Por otra parte, había sido precisamente la tierra quien había sepultado a Césare y seguramente lo había matado.

Sintió una profunda rabia que la invadía, que ocupaba todo su pensamiento y su sentir.

Lanzando un grito Yelina arañó con fuerza el terreno, una y otra vez, rompiéndose las uñas. Y continuó hasta que brotó abundante sangre de sus dedos y el dolor no le permitió más. Miró cómo caían su sangre y sus lágrimas formando un barro oscuro.

-¿Por qué, por qué lo hiciste?- preguntaba con dolor y desesperación.

En eso se escuchó un crujido tremendo.

Ambos jóvenes vieron con horror cómo la colina se derrumbaba sobre sí misma. La nube de tierra que continuaba saliendo de la boca de la cueva por donde había entrado Césare, se retrajo rápidamente con un extraño silbido. Y de inmediato un oscuro chorro de gases y tierra salió expulsado violentamente por lo que quedaba de la cumbre de la colina. Había sido una reacción a los cambios telúricos internos, un cambio de presiones en el interior de la colina que se mostraba como si un pequeño volcán estuviera haciendo erupción.

El chorro salió por unos segundos más, aullando como una caldera hirviendo. Y cesó.

Ambos jóvenes aun se miraban extrañados cuando un nuevo ruido que provenía detrás de la colina los sorprendió. Era una especie de gorgoteo, como si la tierra continuara su actividad en medio de arcadas de roca y de barro.

.....

Césare despertó lentamente, confuso.

¿Habría terminado aquel infierno?

Se escuchaba un silbido fuerte y prolongado que inundaba la caverna.

Abrió los ojos y le dolieron.

¡Había luz!, una muy tenue claridad que a Césare le pareció gloriosa. De inmediato sintió que le dolían atrocemente el brazo y el hombro izquierdo.

¿Dolor?, ¡su cuerpo, sentía su cuerpo!

Lentamente Césare comprendió que estaba vivo. Y aquel silbido era aire que entraba violentamente desde algún lado de la colina llevándose los gases de azufre.

Continuó muy quieto. No se animó a moverse, tratando de entender qué estaba sucediendo y qué había sucedido.

Miró a su alrededor y no encontró rastros del dragón.

Sí, seguramente había sido todo un sueño. Un sueño muy vívido, tal vez producto del envenenamiento.

Pero cuando intentó llevar su mano derecha a los ojos para restregarlos, su mente pareció quebrarse en ideas y confusión, en preguntas sin respuestas, en suposiciones. ¡Tenía la espada en la mano!

¡Y el anillo!

Césare comenzó a temblar, no sabía qué pensar. ¿Que había sucedido en realidad? ¿Dónde había estado?

Respiró hondo procurando serenarse. No encontró ni una respuesta. Solo sabía una cosa con total certeza: tenía que salir de allí.

Se levantó y comenzó a caminar trabajosamente hacia la lejana claridad.

Los dolores eran atroces, y la ansiedad por salir era ya desesperante.

Jadeaba y avanzaba paso tras paso, al tiempo que un ruido conocido iba creciendo: era agua, agua que corría. Seguramente un río subterráneo, tal vez liberado por el terremoto.

Pronto sus pies comenzaron a avanzar en el barro. Y un momento después el agua llegaba a sus tobillos.

Era agua muy templada que corría velozmente, y Césare no alcanzaba a ver el centro del cauce por la escasa visibilidad.

Ahora era un verdadero torrente, pensó en retroceder, pero la claridad estaba allá, al otro lado del agua. No tenía otra opción que seguir, y nadar si fuera preciso. Metió la espada en su cinto.

Césare comenzó a luchar denodadamente por avanzar, apenas podía mantener el equilibrio y la fuerza del agua era tremenda. Y no aguantó más.

Comenzó a nadar, pero la fuerza del agua lo arrastraba y ya no daba pie.

No tuvo otra opción que mantenerse a flote y dejarse llevar.

Desde que había entrado en esa maldita caverna todo había sido así: circunstancias sin opción, como si una mano cruel lo llevara implacablemente de un desafío a otro.

El agua ahora se desplazaba muy veloz y Césare sabía por qué: las paredes de la caverna se estaban angostando formando un estrecho tubo. Y lo peor, el techo había descendido considerablemente. Un momento después ya no se veía absolutamente nada, y el peligro era no golpearse contra las paredes.

Levantó un brazo y pronto fue su cabeza que amenazaba golpear contra el techo.

Y al fin no pudo hacer otra cosa que tomar una bocanada de aire y sumergirse.

Así continuó en ese torrente cálido, en total oscuridad, golpeándose una y otra vez contra las paredes y el techo, sumergido en el seno de aquella serpiente de agua que doblaba a un lado y a otro, que subía y que bajaba, y que se retorció sobre así misma una y otra vez.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, tal vez un minuto, o un poco más, pero ya su pecho estallaba. Aguantó y aguantó hasta que la calma lo invadió.

Tiempo atrás había escuchado que eso es lo que se siente antes de ahogarse, calma y paz por la intoxicación con el anhídrido carbónico.

Sí, calma y paz. Como la que había sentido cuando estuvo a punto de ahogarse cuando era pequeño. Como la experimentada al morir cuando respiró los gases tóxicos.

Sí, conocía la muerte y sabía qué podía esperar más allá. Solo pidió que su espera no fuera tan larga como la de aquellos seres tristes, o como la de sus padres. Pero a ellos los había visto partir felices. Sí, había un lugar feliz después de aquel desierto oscuro de dolor en el que los había encontrado.

No sentía temor, no tenía opción, como le dijo el enano, estaba en una línea de destino. Y era implacable.

Se dejó caer en la oscuridad y no pudo más. Abrió la boca y...

.....

-¡Césare, Césare!

Desde algún punto desconocido escuchó la voz de Yelina que lo llamaba con desesperación.

Y repentinamente todo cambió, y Césare se enderezó entre dolores intensos y un vómito de agua.

Abrió los ojos y los cerró por el dolor que le causó la luz del sol.

¡Luz!

Poco a poco se recobró. Estaba en medio del barro, a orillas de un arroyo que corría feroz colina abajo.

Y tenía la cabeza en el regazo de Yelina que le hablaba entre lágrimas. Fue la visión más hermosa de su vida.

Al fin la tierra lo había expulsado de su vientre.

Hizo un esfuerzo y sonrió. Vio a Francesco a su lado.

-Estuve muerto- les dijo con un hilo de voz.

Yelina lo abrazó con fuerza y su amigo le estrechó la mano al tiempo que no dejaban de llorar.

.....

-¿Estuve muerto en realidad?

La pregunta de Césare vibraba de angustia.

El abuelo Giovanni suspiró y pasó su mano por sus ya escasos cabellos.

Yelina hizo un esfuerzo por no llorar y apretó aun más la mano de Césare.

Francesco continuó mirando hacia abajo, muy quieto, en tensión. Tenía su brazo enyesado.

Estaban sentados frente a la estufa.

El relato detallado de Césare había impactado tremendamente a todos. No había exagerado ni adjetivado en demasía, todo parecía una crónica descarnada de lo sucedido. Y esto lo hacía desgarradoramente real.

Giovanni se sintió obligado a explicar, todo era demasiado fuerte. Sí, tendría que contar cosas que... bueno, tal vez fuera el momento de hacerlo.

“Sí, es ahora. Si no se lo digo puede ser aun mucho más peligroso.”

-Sí, estuviste en otro mundo- le dijo sin preámbulos -en el mundo de los muertos. Pero tú no estabas muerto, porque volviste. No busquen una explicación lógica a esto. Acéptenlo como lo que es, una cosa maravillosa. Inexplicable.

-¿No pudo haber sido una especie de sueño?- preguntó Francesco.

Césare negó con la cabeza.

-Fue lo primero que pensé, hasta que vi la espada y el anillo en mis manos. Y sentí el dolor de las heridas del dragón.

Nadie podía explicar eso.

-Entonces, hay algo más allá de la muerte...- dijo Francesco un tanto exitado.

Giovanni asintió.

-Sí, pero la experiencia de Césare va mucho más allá. Es algo que vivieron algunos seres de la antigüedad. Seres mitológicos, y relatos tan antiguos que resultan imposibles de constatar.

Los jóvenes permanecían callados presintiendo que había más, mucho más.

-Pero acá hay cosas más importantes aun. Y muy delicadas.

Giovanni había confirmado sus presentimientos.

-En primer lugar, se está viviendo un mito, diría que varios a la vez.

Los jóvenes lo miraron con expresión de no entender mucho lo que se hablaba.

-Muchachos, para que comprendan, los mitos de la antigüedad, las grandes historias y muchos cuentos y fábulas, tienen su origen en las primeras cosas que vivieron los seres humanos y en lo que quedó en sus mentes después. La humanidad quedó muy impresionada con estas aventuras y entendió que habían actuado dioses en todo eso. Entonces, comenzó a repetirlos, a recrearlos una y otra vez, a hacer representaciones de eso. Buscaban retornar al tiempo de sus dioses. Y así nacieron los rituales. Todo esto, a lo largo de miles de años, fue creando una huella muy profunda en la mente de la humanidad. Una energía.

Los jóvenes escuchaban atentamente, comprendiendo apenas lo que les explicaba el abuelo.

-Estos hechos muy antiguos, historias y leyendas, se repitieron tantas veces que al fin se convirtieron en una especie de fuerza psíquica con vida propia. Porque cada vez que lo hacían, estaban recreando la acción de uno de sus dioses y por lo tanto, volvía a actuar la fuerza de ese dios. Algunos buscaban usar esa fuerza. Pero eso puede llegar a dominar la vida de las personas, a hacérselas vivir más allá de su voluntad y de su conciencia. Basta que alguien se ponga en contacto con eso, tal vez accidentalmente, y ya está, debe seguir hasta el final sin que pueda evitarlo. Una de esas historias tan fuertes e importantes, es la de la muerte y el renacimiento, como te pasó a ti, Césare.

-Cómo fue la muerte y renacimiento de Jesús- acotó Francesco.

Giovanni lo miró con una leve sonrisa antes de responder.

-Sí, Francesco, exactamente a eso me refiero. Es uno de los más importantes.

-Digo porque Césare murió y renació...

-Abuelo- interrumpió Césare que vagaba entre sus propios pensamientos -¿es eso que dijo el enano de estar en una línea de destino?

-Si- el tono de Giovanni dejaba entrever la fatalidad, la irreversibilidad de todo eso. Y los jóvenes lo percibieron con algo de temor.

-Tienes que vivir todo esto Césare. Es algo tan fuerte que la propia naturaleza entra dentro de esa especie de juego. Todo está unido, todo es una parte de todo. Y cuando se desata la fuerza de una leyenda o mito, o fuerza de cualquier tipo, la naturaleza entra en juego para que se repita una de esas historias; o para que se cumpla un destino. Por eso has vivido el terremoto en la caverna, que fue lo que precipitó todo.

Yelina se acomodó inquieta en su asiento. Giovanni la miró y la chica sintió que, en algún nivel, él sabía, intuía su parte en el asunto. Pero Giovanni no dijo nada y continuó.

-Lo más claro ha sido el encontrar la espada y la lucha con el dragón, algo que te venía siendo anticipado de hace años.

-Sí, lo del cuadro en la iglesia, y los sueños..

Y también la experiencia del tunel de agua, la serpiente de agua, como has dicho tú. Ese es otro tipo de dragón, y también, como has visto, es muy peligroso. Todo eso tiene significados precisos. No te los voy a explicar para no interferir en lo que te resta por experimentar. Pero te anticipo que pasarás el resto de tu vida estudiando para comprenderlo mejor.

-Abuelo...- Césare dudaba, un tanto temeroso y sin entender mucho de todo lo que escuchaba -¿y ahora, qué viene?

Giovanni lo miró pensando muy bien lo que iba a decir. No podía entrar en detalles, no debía hacerlo.

-Aire- respondió. Pensó unos instantes y se decidió -Y al final, fuego.

Los tres muchachos quedaron muy pensativos, y con una sensación de alarma, de peligro cercano e inevitable. Y sabían que no iban a obtener una ampliación acerca de esa respuesta. El tono de Giovanni así lo hacía comprender.

Pero por encima de todo, Césare quería saber más acerca del resto, mucho más.

-Abuelo, ¿quién era ese hombre extraño que me dio la espada en la caverna, y por qué me la dio? ¿Para pelear con el dragón?

Giovanni asintió lentamente mientras lo miraba en profundidad.

-Ese señor es un rey, el Rey del Mundo Subterráneo. Forma parte de las leyendas y los mitos, como el dragón. Se llama Hades. O Plutón. Y sí, sabía que ibas a luchar con el dragón.

-¿Y el muerto que encontré allí?

Giovanni suspiró.

-Debía ser el de un pobre pescador que enloqueció hace años y se fue a vivir a la isla de la cual se nombró Rey. Durante unos años le gritaba a cuanta barca pasaba. Quería que alguien lo reconociera como tal. Un tiempo después, parece que enfermó y gritaba que alguien lo curara. Después no se vio más. Puede pasar. Sí, se puede

morir perdido en un laberinto. Se puede morir en cualquier parte en esto.

-Y se puede volver a nacer- respondió Césare.

Todos quedaron muy pensativos.

-¿Y los enanos, abuelo, y el anillo, qué significan en todo esto?

-Son los Nibelungos, son parte de otra leyenda más amplia, y que tiene mucho que ver con todo esto. Los enanos custodian un tesoro, y el anillo ayuda a encontrar el tesoro.

-Fanfer dijo...

-¡No me hables de Fanfer!- estalló Yelina.

-Fue él que te hizo esto, ¡quiere matarte!- acotó Francesco, muy enojado.

-Pero él me hizo ir a ese lugar, y encontré la espada y maté al dragón. Él me dijo que debía pasar pruebas. Y me dio la pista, porque allí había un tesoro. Falta saber dónde está el nuestro.

-Pero moriste- dijo Yelina.

-Y volví a nacer.

-¿Me dejas ver ese anillo?- interrumpió Giovanni.

Césare se lo entregó.

Giovanni lo miró detenidamente y se levantó. Volvió de inmediato con una lupa y observó al anillo con detenimiento.

-Mira bien esto- dijo después de un rato entregando el anillo y la lupa a Césare.

El joven lo observó y pudo ver que en la parte superior había algo hecho en relieve.

-Es un ave- dijo -es...¡es un pelícano!

Los tres jóvenes se miraron asombrados.

-¡Allí está el tesoro!- exclamó Francesco.

-Yo sabía...- dijo Césare -Allí debemos ir a buscarlo, y Fanfer tenía razón, todo fueron pruebas para obtener el tesoro.

-Yo no le tengo confianza- insistió Yelina.

-No me importa, debemos buscar el tesoro, voy solo si es necesario.

Yelina y Francesco permanecieron en silencio.

-¿Tú que dices, abuelo?

Giovanni los miró sin expresión.

-Creo que antes de decidir cualquier cosa deben saber el resto de la historia.

Los jóvenes lo miraron interrogantes.

-Cuéntame del encuentro con tus padres, Césare.

Césare suspiró hondamente. Eso había sido para él, lo más trascendente y conmovedor. Y no se había animado a preguntar.

-No sé..., no sé. Yo solo los vi. Parecían estar esperándome, y a punto de partir hacia algún lado. No pude entender nada de lo que me decían.

Hizo una pausa.

-Excepto al final.

Nadie dijo ni preguntó nada, todos comprendían lo dramático de la experiencia del muchacho.

Césare luchó por no dejar salir las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos.

Miró hacia abajo y respiró hondo.

-Les pregunté por qué me habían abandonado.

Levantó la cabeza y miró directamente a su abuelo.

-Y dijeron que tú me lo ibas a explicar.

Giovanni sostuvo su mirada. Había llegado el momento, sin dudas. Tenía que explicarle todo. Aunque eso significara desatar un infierno en la vida del joven.

Giovanni comenzó a hablar.



## CAPÍTULO 4

### DÁVIDE

Dávide Rossi y Adriana Monti se habían conocido cuando ambos tenían veintipocos años, en la universidad de la ciudad de Turín donde ambos cursaban Filosofía y Letras.

Dávide, cuyos padres habían fallecido dejándole un próspero negocio de un par de farmacias en Milán, era un joven simpático, atractivo y sumamente aventurero. Gustaba del alpinismo y de todo lo relacionado con el mar. Y era famoso entre sus compañeros por sus peligrosas aventuras tanto en montaña como navegando su yate a vela.

Por todo esto llamó de inmediato la atención de Adriana, una bella napolitana cuya única familia era su padre, Giovanni, un profesor de Mitología y Religiones Comparadas ya jubilado que vivía en un pueblo del sur.

Al poco tiempo se les vio en pareja por cuanta reunión y fiesta se organizaba en el ambiente de la universidad. Y nadie se extrañó cuando se fueron a vivir juntos. Era una consecuencia lógica.

Pronto la vida universitaria resultó un tanto aburrida para el joven Dávide, y también para Adriana, totalmente compenetrada con el espíritu de su compañero.

Pero cuando conocieron a Guido e Irene sus vidas dieron un salto de excitación.

Guido e Irene eran españoles, y tenían aproximadamente su misma edad. Dos jóvenes alegres y saludables, y que evidentemente no despreciaban comida alguna. Pasaban el verano en Italia y el invierno en España, y había sido en una de esos veranos que se habían conocido en una playa. Desde el primer momento los cuatro congeniaron. Sus caracteres eran complementarios. A la tranquila alegría de Adriana la seguía la vitalidad de Irene. Y al espíritu aventurero y creativo de Dávide lo complementaba el entusiasmo permanente de Guido que siempre innovaba y buscaba nuevas experiencias para compartir entre los cuatro.

Al principio todo fue un vértigo de deportes extremos. Experimentaron el alpinismo, la navegación a vela, el buceo, el esquí y las carreras de autos. Pero cuando sufrieron el primer contratiempo serio al quedar aislados por un temporal en una montaña durante tres días, la pensaron mejor y aquietaron un tanto sus desenfrenados espíritus.

Comenzaba a ser muy evidente que, más allá de ciertos límites, todo requiere una preparación seria y extensa.

Debían buscar otras cosas.

Como una aventura más, Dávide y Adriana se casaron y se fueron de luna de miel a Egipto. Estaban a fines de los años veinte, y la fiebre de la egiptología desatada por Howard Carter al descubrir la tumba de Tutankamón, hacía irresistible ese viaje para gente como ellos. Y allí fueron, buscando, sin saber qué.

Tal vez fue entonces cuando todo se originó.

Un día en el bar del hotel, Dávide estaba pensativo jugueteando con el hielo de su vaso mientras Adriana ojeaba una revista turística a su lado.

Ya habían hecho los consabidos paseos egipcios, las pirámides y la esfinge, y una navegación por el Nilo. Y no les habían autorizado a visitar las excavaciones de Carter.

-Adriana- dijo Dávide –estoy aburrido.

La joven lanzó una carcajada.

-Sí, querido, se te nota. ¿Quieres volver?

-No, quiero ver algo nuevo, o mejor dicho viejo, pero que no esté preparado para el turismo. Algo auténtico, que no lo visite una multitud plagada de cámaras fotográficas y con un guía que no se puede escuchar y que te cuenta la mitad de las cosas porque está apurado.

Adriana pensó y sintió que a su marido no le faltaba razón. A ella tampoco le gustaba eso. La vida que llevaban hasta entonces se había caracterizado por un constante descubrir. Nunca iban a los lugares de moda, sino a los sitios más recónditos y auténticos. No gustaban de frecuentar restaurantes caros, sino pequeñas *trattorias* en lugares apartados. Y preferían recorrer los *atelliers* ignotos de Turin antes que los museos.

La excitación por lo nuevo, por lo diferente y por lo misterioso pautaba sus vidas.

-De acuerdo, ¿y cómo hacemos?, no sabemos nada de este país, ni mucho menos su idioma.

Dávide sonrió. Eso era lo que más le gustaba de su esposa, su osadía y entusiasmo.

-Yo me encargo- dijo pensativo.

Adriana sonrió y tomó un largo sorbo del refresco. Su marido estaba gestando una nueva aventura.

Durante todo el día siguiente se vio a Dávide conversando animadamente con varias personas: el recepcionista del hotel, el propietario del kiosco vecino, el conductor del taxi que paraba en la puerta del hotel y varios desconocidos más. Todo en una simpática

lucha lingüística por hacerse entender entre el italiano, el egipcio y el inglés. Al final, se conformó ese dialecto inédito de la lengua internacional, que en gran medida son gestos, risas e interjecciones, y Dávide obtuvo un resultado.

-Ya está, arreglé todo con el chofer del taxi. Tiene un primo que navega una barcaza en el Nilo y que nos va a llevar a una ciudad muy antigua que no recuerdo el nombre. Y allí tenemos que encontrar a Abdul. Él nos va a llevar a un templo, no entendí mucho de lo que me dijo, pero es un lugar que nadie va y nos va a explicar todo. Partimos mañana, y podemos pagarlo sin problemas.

Adriana lo abrazó entusiasmada. Su marido era maravilloso.

Fueron casi tres días de navegación por el Nilo en una barcaza a vela. Comiendo frugalmente y durmiendo en cubierta bajo la luna y las estrellas sin hacer caso del frío de diciembre. Dávide y Adriana nunca fueron tan felices ni se sintieron tan unidos entre sí y con el mundo en general.

Los crepúsculos rojizos, los papiros en las orillas, la figura inmóvil y oscura del timonel y el sonido rumoroso del casco de la barcaza que se deslizaba por el agua, los hicieron retroceder en el tiempo, y se imaginaron a sí mismos muchos cientos de años atrás, navegando como cualquier egipcio de la época en el mundo de alguno de sus faraones, y tal vez elevando plegarias a Isis y Osiris para que el Nilo fuera bondadoso una vez más, y con su periódica inundación les permitiera obtener una buena cosecha ese año.

Eran los únicos occidentales en una tripulación de tres hombres que los miraban con cierta curiosidad, compartían la comida entre mudas sonrisas y jamás se dijeron una palabra,

Dávide estaba contento, se sentía que, al fin, estaba descubriendo por sí mismo, algo auténtico. Algo que él sentía que era una suerte de ofrenda para su amada esposa.

Y llegaron a una pequeña población en la margen derecha del Nilo. Un caserío bajo y del uniforme color pardo del desierto, con muelle pequeño, gentes que se afanaban en sus trabajos, casas bajas y cuadradas. El timonel señaló hacia el oeste y dijo:

-Abydos.

¡Ése era el nombre!

Según las indicaciones recibidas, caminaron unas tres horas hacia el oeste en medio de caseríos y plantíos diversos, y llegaron a Abydos.

Como sabrían esa noche, Abydos había sido una ciudad muy importante en la época faraónica, constituyéndose en el lugar de asentamiento y enterramiento de los faraones de las primeras dinastías.

No era muy diferente del caserío en el cual desembarcaron, si bien mucho más grande. Y repleto de templos.

Vagaron un rato, maravillados con lo que veían, hasta dar con una posada. Un lugar sencillo con un pequeño comedor y estancias para dormir.

Por señas e idiomas varios lograron obtener un alojamiento ante las sonrisas, un tanto dudosas de su propietaria, que no tenía la menor idea de qué estaban haciendo esos europeos en ese lugar abandonado del mundo. No tenían aspecto de arqueólogos.

-¿Te gusta?- preguntó Dávide una vez en la habitación.

-No lo sé, pero es muy divertido. Y lo del barco fue maravilloso.

Dávide la abrazó, feliz.

Después de acomodarse volvieron a encontrar a la propietaria.

-Abdul- dijo Dávide muy decidido -Abdul.

La propietaria le sonrió y salió. Dávide y Adriana se miraron extrañados y divertidos.

A los tres cuartos de hora la mujer volvió en compañía de unos doce o quince hombres.

-Abdul- dijo señalándolos a todos con un gesto.

Adriana lanzó una carcajada y Dávide se tomó la cabeza.

Todos comenzaron a reír.

Por señas Dávide despidió a todos agradeciéndoles.

Solamente un hombre de unos cuarenta años y expresión inteligente permaneció quieto, observándolos.

-¿A quién busca, señor?- preguntó en un inglés impecable.

Dávide, sorprendido, le explicó de dónde venía, lo que estaba buscando y que lo enviaba un señor de El Cairo, que era taxista y que... ¡Había olvidado el nombre!

El hombre sonrió comprensivo.

-No se preocupe, esta noche nos encontramos acá mismo. Puedo llevarlo a ver lo que quiere.

Y se despidió.

Dávide resopló al tiempo que se pasaba la mano por el cabello y miraba a su esposa. Adriana lloraba de risa.

Esa noche, entre cervezas y bocadillos, pactaron el pago y Abdul les habló acerca de Abydos.

-Fueron muchos los que pasaron por acá, y muchos arqueólogos, pero todos quedan en la superficie de las cosas. Sacan sus fotografías, se llevan su estatua o su columna o lo que sea, escriben acerca de ello y ya está, a cobrar.

Dávide y Adriana lo escuchaban en silencio. Ellos en realidad, no tenían una idea muy clara de lo que querían. Abdul continuaba hablando.

-Por eso accedí a mostrarles algo, porque ustedes quieren ver algo diferente, algo auténtico, que refleje el alma profunda de Egipto. Y de toda la humanidad- concluyó solemnemente y bajando la voz.

-Disculpe, señor- se atrevió a preguntar Adriana -¿qué vamos a ver?

-Ustedes tienen mucha suerte o algo superior los está guiando. Estamos en el solsticio de invierno, el nacimiento del Sol. Vamos a ver la recreación del mito de Osiris, la generación y regeneración de la naturaleza. El renacer. La resurrección- culminó casi en un susurro. La pareja quedó en silencio sin saber qué decir.

Esa noche, muy cercano a las doce, Abdul los vino a buscar.

Caminaron un buen rato entre las estrechas callejuelas de la ciudad y al fin salieron de ella.

Una larga y oscura planicie se extendía frente a ellos. Se ajustaron sus abrigos.

Abdul continuaba caminando en silencio alumbrado tan solo por la luz de la luna en el comienzo del creciente.

Pronto comenzaron a caminar entre grandes rocas cúbicas y a distinguir la sombra de un edificio distante en medio de la nada. Cuando estuvieron cerca se dieron cuenta que era una construcción enorme, de casi doscientos metros de largo por unos cien de ancho con decenas de columnas.

Abdul se detuvo y habló en voz muy baja.

-Es el templo de Seti, uno de nuestros principales faraones dioses.

Pasaron entre las inmensas columnas y avanzaron siguiendo a Abdul, procurando no tropezar entre los cientos de piedras que cubrían el suelo del templo. El interior parecía un verdadero laberinto, y apenas podían distinguir nada.

Cuando la oscuridad se hizo profunda sintieron que Abdul los detenía y hablaba muy bajo.

-Les voy a mostrar algo, pero lo deben ver muy rápido.

Y encendió un fósforo. El resplendor los deslumbró un poco, pero pronto se acostumbraron. Estaban en una cámara de proporciones desconocidas, y delante de ellos, una pared lucía decenas y decenas de imágenes hermosamente pintadas.

-Es la lista completa de los reyes de Egipto, tiene miles de años- dijo Abdul apagando rápidamente el fósforo.

-Sigamos.

-Disculpe- dijo Dávide -¿por qué hablamos bajo y no podemos ver esta maravilla detenidamente?

-Porque cerca de acá hay gente- dijo Abdul. Y sin agregar más siguió caminando.

Pronto se dieron cuenta de que salían del templo y continuaban por su costado.

Casi al llegar al final, subieron con mucho cuidado por una escalera de piedra. Al llegar arriba, a una especie de techo, Abdul les habló en un susurro.

-Estamos en el templo de Osiris, más adelante hay una cornisa. Nos asomamos con cuidado y nos mantenemos muy quietos y en silencio. Así lo hicieron.

No habían pasado más de cinco minutos cuando una claridad comenzó a distinguirse al frente. Eran antorchas.

Una procesión de unas treinta personas hizo su ingreso en el templete debajo de ellos portando algunos estandartes. Cantaban muy bajo y ritmado.

Cuando llegaron al centro del templete se detuvieron. Algunos iban vestidos a la usanza del antiguo Egipto, y uno de ellos se destacaba nítidamente por el alto tocado. Detrás venía una mujer con hermosas vestimentas y un extraño peinado rematado en un alto adorno. Abdul se los señaló.

-Son las representaciones de Osiris e Isis. Y ese hombre calvo detrás, es el sacerdote oficiante- dijo en un murmullo apenas audible.

Asombrados y exitados vieron como se desarrollaba una extraña ceremonia donde Osiris entregaba espigas de trigo y racimos de uva a la gente. Después, se realizó una parodia de plantar el trigo y exprimir la uva para hacer el vino. Los cantos se hicieron más alegres y todos comenzaron a bailar alrededor de la pareja real.

De pronto una figura extraña luciendo una cabeza de chacal hizo irrupción en el círculo y los cantos y danzas cesaron. Algunos gritos de sorpresa y horror, se escucharon un tanto apagados. Era Seth, el hermano malvado de Osiris. Rápidamente Seth mata a Osiris y huye saliendo de la escena.

A continuación todo se detiene, nadie se mueve mientras el tiempo sagrado conjuga el drama.

Pasan unos minutos y a una seña del sacerdote, el cuerpo de Osiris es colocado sobre un altar. Isis, que permanecía inmóvil, levanta sus brazos al cielo y se inclina sobre el dios muerto soprándole su aliento en la boca.

Osiris despierta lenta y ceremoniosamente, al tiempo que los cantos recomienzan en un son más alegre y rítmico.

Ambos dioses se abrazan estrechamente sobre el altar mientras sus cuerpos danzan lentamente al compás de la música y de los cantos.

El movimiento se hace más y más sensual y lo mismo comienza a suceder con el resto de los participantes. El sacerdote permanece solo, apartado, ejecutando su íntima cópula espiritual mientras eleva su cántico a la diosa Nuit, al cielo estrellado.

La pareja sagrada ahora no disimula los movimientos del acto sexual sin perder el compás. El ritmo se hace más y más rápido, y el resto de los danzantes entra en ese ritmo febril. Cuando todo parece a punto de consumarse el sacerdote da una orden y la música, los cantos y los movimientos copulatorios se interrumpen. Todos quedan inmóviles, en silencio, jadeando de excitación, como si esa interrupción hubiera enviado la energía reinante directo al espacio y al tiempo.

Después de unos instantes los participantes van recuperando la calma y comienzan a retirarse sin pronunciar palabra. Tan solo las espigas de trigo y los racimos de uva quedan tirados en el altar como incomprensibles evidencias de un tiempo que voló a su origen.

Dávide y Adriana estaban mudos de asombro y profundamente conmovidos por lo atávico del acto ritual.

-Ha finalizado- dijo Abdul irguiéndose para retirarse.

Dávide lo miró por unos instantes impresionado por la decisión que acababa de tomar

-Nosotros nos quedamos- dijo. Adriana lo miró sorprendida.

Abdul le dirigió una larga mirada a través de la noche.

-Señor...- le dijo muy serio -acá hay fuerzas muy poderosas y eternas. Es peligroso...

Dávide sonrió. El egipcio, gran conocedor de los hombres y de las energías sagradas había comprendido todo.

-Gracias Abdul, muchas gracias- dijo tendiéndole la mano. El hombre saludó a ambos y se disolvió en la noche.

Adriana no entendía nada.

-¿Qué vamos a hacer?

Dávide la miró con expresión divertida y no respondió. Tomándola de la mano la condujo abajo, a donde se había realizado la ceremonia.

Cuando llegaron miraron todo con curiosidad y Dávide tomó por la cintura a Adriana y sin esfuerzo la sentó sobre el altar.

Ella lo miró extrañada.

Sin decir palabra Dávide le dio un largo y apasionado beso que sorprendió a la muchacha, pero que en seguida respondió con pasión creciente.

Se miraron agitados.

-¿Acá?- preguntó ella.

Dávide sonrió y asintió lentamente con la cabeza.

-Sí, vamos a aprovechar la energía reinante.

Fue el acto más apasionado de sus vidas, y cuando llegaron al climax se miraron profundamente a los ojos. Y entonces, juntos, se sumergieron en una vorágine de visiones y de torbellinos de tiempo. Miles de soles y miles de noches pasaron por ellos. Rostros extraños, seres y paisajes maravillosos se dejaban ver y desaparecían al instante. Sus identidades se perdieron en esa energía viviente y nunca supieron exactamente qué fue lo que vieron y sintieron. Tan solo existieron, fueron hombres y mujeres, fueron dioses y diosas. Magníficos, infinitos. Eternos.

El tiempo sagrado se había recuperado en el espacio sagrado.

Y los antiguos dioses, sin poder sustraerse a la fuerza primigenia de los humanos en esas coordenadas, bajaron una vez más a la tierra para propiciar sus historias y sus leyendas en las vidas y destinos de quienes los habían invocado.

De pronto se encontraron a sí mismos mirándose, jadeando aun de pasión. Sintieron que algo importante había sucedido, pero no se atrevieron a hablar.

Dávide la miraba sonriente, feliz, sintiendo que por primera vez estaba auténticamente vivo.

Adriana no sabía que decir. Una nueva certeza la inundaba sin que pudiera convertirla en pensamientos conscientes. Simplemente apoyó sus manos dulcemente en su vientre y sonrió feliz a su marido.

Mantuvieron ese estado de recogimiento y reflexión en todo el camino de regreso a Italia. Solo se miraban intensamente y se abrazaban o se tomaban las manos, como queriendo retener para siempre aquello que habían vivido.

Ya en Italia, la vida recobró lentamente la normalidad. El tiempo de recogimiento había pasado y las energías se habían integrado a ellos.

Dávide comenzaba a comprender en todo su alcance la trascendencia del acto realizado mientras que para Adriana, los ciclos de su naturaleza le explicaron sin lugar a dudas aquello que había sentido en el templo.

-Dávide- le dijo un día –estoy encinta. Y fue allá...

Su esposo la abrazó pleno de felicidad.

Todo era maravilloso. Sus vidas estaban tomando el carácter de una increíble aventura.

Y por supuesto debían contárselo a Guido e Irene.

El comienzo de ese verano, cuando llegaron sus amigos, fue memorable.

Guido no podía más de excitación.

-¡Entonces, hoy día se siguen realizando los mismos rituales que miles de años atrás!- clamaba.



Dávide asentía en silencio con una sonrisa de placer.

-¡Y ustedes lo que hicieron fue recrear eso!

-Sí, en cierta manera sí,

-Y quedaste encinta- acotó Irene mirando asombrada a Adriana.

Adriana asintió sonriendo al tiempo que ponía una mano sobre su vientre.

-Es increíble, increíble- continuó Guido al tiempo que se servía otro trozo de las pizzas que estaban compartiendo en casa de Dávide.

-Increíble y maravilloso- agregó Dávide.

Adriana se levantó y fue a traer más vino. Irene la acompañó.

-¿Y cómo te sientes?- le preguntó en la cocina.

-Bien, físicamente bien. Pero es algo especial, algo muy raro.

-¿A qué te refieres?

-A todo, a lo que sentimos en ese momento, a lo que vivimos. No fue como otras veces, parecía que estuviéramos bajo el efecto de drogas. Veíamos cosas..., era como estar en otro lado..., no sé...

-¿Y ahora, cómo estás?

-Bien, te repito, físicamente bien. Pero siento que algo cambió.

-Me parece lógico- culminó Irene -tienes un hijo que se está gestando. Adriana sintió que no había logrado expresar sus sentimientos y sensaciones. Ella misma tampoco lo tenía claro.

-¡Sí, eso!- la voz de Guido se escuchó desde la cocina.

Ambas se miraron sonrientes y llevaron el vino al living.

-¡Eso es lo que tenemos que hacer!- continuaba Guido entusiasmado.

-¿Qué es lo que haremos ahora?, ¿cacería en Africa?- preguntó Irene sentándose mientras Adriana comenzaba a servir el vino.

Guido la miró por un momento, sus ojos brillaban.

-Magia, Irene. Magia y ocultismo.

Dávide intervino ante la mirada de asombro y alarma de las jóvenes.

-Vamos a realizar una investigación de la magia y el ocultismo. Vamos a ver las cosas históricas, como lo que que vimos en Egipto, y a ver qué es lo que se hace hoy día. Conocer qué es lo que hay detrás de todo esto, buscar la verdad. ¡Es un campo enorme!

-¿Y la universidad?- preguntó Adriana.

Dávide lanzó un largo suspiro.

-Pienso que eso ya no tiene sentido, Adriana. No quiero seguir, es una rutina que me agota. Además, viene el bebé.

Guido e Irene permanecieron en silencio.

Adriana suspiró. Hacía tiempo que ella pensaba algo similar, y si no se había decidido era porque no tenía la menor idea de qué hacer. Sus vidas en lo económico estaban resueltas, podían emprender lo que quisieran. Y la perspectiva de años en la universidad, de estudios

agotadores y exámenes tensionantes no le parecía nada atractiva a la muchacha que tenía el mismo espíritu inquieto que su esposo.

-Está bien, de todas formas tarde o temprano iba a ocurrir. ¿Y qué hacemos ahora, por dónde comenzamos?

Sus palabras fueron recibidas por exclamaciones de alegría.

-Primero vamos a brindar- dijo Dávide levantando el vaso de vino –por la nueva frontera, ¡por la magia!

-¡Sí, por la magia!- gritó Guido.

Y los cuatro brindaron entre risas y exclamaciones entusiastas.

Varios minutos y vasos de vino después, mientras saboreaban un helado, Adriana preguntó:

-Dávide, ¿no tendríamos que consultar a papá?

Guido miró con cierto asombro a Dávide.

-Mi suegro es profesor de religiones comparadas.

-Y ha estudiado mucho de estas cosas- agregó Adriana.

-Sí, sí. Pero si lo consultamos, el viejo nos llena de consejos y advertencias. Nos dice cómo debemos hacer las cosas y nos controla. Sería como volver a la universidad. Prefiero hacerlo por las nuestras, ir descubriendo y experimentando, y si hay alguna duda que no podemos resolver, allí lo consultamos. No sé qué opinan ustedes...

-Completamente de acuerdo- dijo Guido.

Adriana quedó pensando. Su marido tenía razón, seguramente Giovanni, su padre, los llenaría de consejos y advertencias. Por otra parte, siempre estaba presente la postura de Dávide ante su suegro, donde mostraba tras la afabilidad y la enorme simpatía que sentía por Giovanni, el deseo de dejar bien claro que su vida y la de su esposa era un ámbito que les pertenecía exclusivamente a ellos. Y Giovanni lo había comprendido de inmediato. Le gustaba el muchacho, si bien un poco imprudente y demasiado confiado en sí mismo, amaba mucho a su hija y cuidaba de ella.

-Está bien- respondió Adriana –pero tenemos que contarle.

-Sí, sí, en cualquier momento se lo decimos. Ahora vamos a planificar todo.

-¿Alguien tiene algún problema religioso con esto?- preguntó Irene.

Los cuatro se miraron negando.

-Estoy seguro que en toda religión vamos a encontrar estas mismas cosas- respondió Dávide –un día me lo dijo tu padre, y ahora comienzo a entenderlo: no hay religión sin magia. Después de todo, eso que hacían los egipcios, ¿no es una religión y actos mágicos rituales?

-Claro- dijo Guido entusiasmado y lo que se hace en una misa es lo mismo en cierta manera, se repite lo mismo que en la última cena, como los egipcios repiten el nacimiento de Osiris.

Todos quedaron pensando ante lo planteado por Guido.

-Esto se está poniendo bueno- dijo Irene.

Los meses siguientes fueron de una actividad febril. Recorrieron y preguntaron en decenas de lugares, contestaron a varios anuncios de periódicos o de carteles callejeros. Asistieron a charlas de grupo y a conferencias de todo tipo.

Estaban en la ciudad justa para ese tipo de estudios y prácticas.

Turín era -y es- una ciudad donde proliferaban todo tipo de tendencias ocultistas. Con una tradición de oposición a la Iglesia Católica, había dejado crecer, cuando no impulsado, las prácticas ocultas y mágicas.

Los cuatro jóvenes pronto se contactaron con diversos círculos de estudio, de prácticas de meditación oriental, de cultos satánicos, de gnósticos, de adivinos y de seguidores de las corrientes más diversas. Y todas ellas acreditaban una antigüedad y autenticidad que las colocaba como auténticos guardianes de los secretos más ocultos.

Ninguno de los cuatro se tomaba muy en serio nada de lo que iban conociendo, pero los mantenía entretenidos y la curiosidad por lo oculto estaba muy lejos de disminuir.

Unos meses después, durante una reunión con las consabidas pizzas y el vino, Dávide mencionó los que todos estaban de alguna manera sintiendo.

-Esto está bueno, pero la verdad, es que nada me convence. Todos dicen que lo de ellos es auténtico y bueno, y que lo de los demás es m falso o malo.

-Y nunca vimos ni sentimos nada concreto- agregó Guido.

-Lo de la meditación me gusta- acotó Adriana -me hace sentir bien.

-Y se sienten cosas interesantes- la apoyó Irene.

Por unos instantes quedaron pensando en silencio. Adriana habló.

-¿Qué hacemos?, podemos consultar con papá.

Dávide resopló.

-¡Si aun no sabemos nada! ¿Qué vamos a preguntarle, cómo conocer a un buen ocultista?

Nadie respondió, no le faltaba razón.

Dávide continuó.

-Tenemos que hacer las cosas por nosotros mismos. Tienen razón en lo de la meditación, eso nos ha proporcionado algo mínimo, pero es porque lo hacemos nosotros. Lo demás, por lo que hemos visto, el que no te quiere cobrar, te quiere vender algo.

-¿Y qué quieres decir con hacerlo por nosotros mismos?- preguntó Guido.

Dávide los miró a todos un instante antes de responder.

-Aprender, leer, ir a bibliotecas, buscar libros. Y por sobre todo, concentrarnos en la práctica mágica, aprender y practicar los rituales que encontremos, una y otra vez. Hasta que pase algo, o hasta que lleguemos a la conclusión de que todo esto es pura mentira y comercio.

-Si me disculpan, yo me quedo a esperar en casa- dijo Adriana con una mano sobre su ya abultado vientre -me estoy sintiendo cansada.

-Yo propongo otra cosa- dijo Irene -nosotros en breve debemos retornar a España a ocuparnos de los negocios, estaremos de vuelta en unos cinco o seis meses. Podemos esperar al parto y mientras tanto vamos juntando material. Cuando volvemos, retomamos.

Era la propuesta más lógica y estuvieron de acuerdo. A Dávide no le gustaba interrumpir en ese momento, pero la fuerza de los hechos se imponía, y aceptó.

Los tres meses siguientes fueron de relativa tranquilidad. Guido y Adriana volvieron a España y se mantenían en contacto por cartas semanales. Adriana se concentró en su bebé y en sus periódicas visitas al médico que le informaba que todo andaba bien. Y leía cuanta información encontraba sobre parto, crianza de bebés y maternidad en general. Tomaba notas diligentemente, estudiaba y consultaba a su ginecólogo al punto de transformarse en una experta del tema y anotar todo lo concerniente a su hijo desde el primer mes de gestación hasta por lo menos seis años de edad. Sabía exactamente qué iba a hacer y qué debía esperar. Y estaba dispuesta a facilitarle la existencia a su hijo o hija tanto como pudiera.

El que no abandonó la búsqueda fue Dávide.

Todos los días salía y volvía con apuntes de la biblioteca o con libros que había adquirido y que leía con suma atención.

-Encontré un libro de Papus- dijo un día, pero no insistió más ante la sonrisa condescendiente de su esposa.

En otra oportunidad volvió muy exitado clamando;

-¡Abramelin, este tipo es un genio!- y sin esperar respuesta se encerró en el cuarto del segundo piso que había elegido para leer sin ser molestado.

Poco después, no solo la lectura era la actividad desarrollada allí adentro, Adriana escuchaba cánticos y exclamaciones, oraciones y palabras extrañas que su marido profería con gran energía.

Un día en que Dávide había salido, Adriana entró a ese cuarto y se sorprendió de lo que vió. Estaba repleto de objetos, túnicas y telas de diferentes colores, instrumentos extraños como una copa antigua, un cetro y una espada, un improvisado altar formado por dos cubos con una vela en la parte superior, dibujos de signos extraños en piso y paredes, y un fuerte olor a incienso que lo inundaba todo.

Cuando Dávide llegó con sus consabidos paquetes y libros Adriana lo estaba esperando.

-Quiero saber qué estás haciendo en el cuarto de arriba- le espetó en un tono que no admitía una respuesta que no fuera satisfactoria.

Dávide se sentó y la miró con una sonrisa cómplice.

-Magia... ¡Al fin encontré cosas concretas!

Y a continuación comenzó una larga charla sobre autores, magos, rituales y ceremonias.

Con cierta alarma Adriana comprobó cómo los ojos de su marido brillaban al hablar de estas cosas y lo que era peor: ¡cuántos kilos había perdido! La ropa le quedaba muy floja, ¡y lo que nunca!: su aspecto lucía descuidado y desaseado.

-¿Y qué has obtenido?- le preguntó.

Dávide dudó un poco antes de responder.

-Aun nada, pero me parece que algo se empieza a ver.

-¿Qué es lo que quieres que pase?

-No lo tengo muy claro, quiero algo firme, y a partir de allí profundizar. Pero algo empezó.

Dávide había decidido no detallarle a su esposa todas las ceremonias de invocaciones que realizaba ni algunas cosas que había experimentado, porque pensaba, con toda razón, que ella se iba a enfurecer.

Adriana suspiró.

-Dávide, vamos a tener un hijo, parece como si no lo supieras. No te preocupas en absoluto por algo tan importante.

-No, no es así- se defendió –sé perfectamente todo lo que te dice el médico y sé cómo es tu estado de salud.

Adriana lo miró largamente.

-Dávide, querido, ¿sabes cuánto falta para el nacimiento?

Dávide quedó con la boca abierta.

-Dos meses, o tres...- balbuceó.

-Dávide, falta menos de un mes. Es en cualquier momento.

Dávide quedó aturdido. Bajó la cabeza y se pasó las manos por el pelo.

-Querido, ¡vas a ser papá! ¿Entiendes?

Su marido parecía paralizado.

-¿Qué pasó...? ¿Por qué no me avisaste antes...?

Adriana no le respondió. Él era perfectamente consciente de las decenas de veces que su esposa había propuesto el diálogo sobre el nacimiento del bebé.

Poco a poco la realidad fue tomando su lugar en su pensamiento y Dávide sintió que despertaba de un sueño profundo.

-Perdóname, te juro que suspendo todo ahora mismo. Hasta después del nacimiento. O hasta que vuelvan Guido e Irene.

Adriana lo contempló con una sonrisa tierna. Su marido era en gran medida un niño. Y todos los hombres lo eran

Dávide se tranquilizó y comenzó a concentrarse en su futuro rol de padre.

La magia podía esperar, total, no había pasado nada...

Lo que no sabía era que aquel ritual realizado con total inconsciencia en el templo de Osiris, aquella antigua ceremonia alimentada por la pasión, y ejecutada en el espacio y el tiempo sagrados, conservaba toda su potencia e impulsaba cada uno de sus actos mágicos, creando en los planos sutiles una enorme carga de energía que se había ido acumulando después de tantas ceremonias, tantos rituales, palabras de poder e invocaciones. Una potencia latente a la que le faltaba muy poco para descargarse con una fuerza incontenible: apenas la energía de un antiguo ritual aparentemente inocente.

La magia no tiene efectos instantáneos. Pero sí acumulativos. Nada se pierde en el universo. Pero eso el muchacho no lo sabía. Ni lo saben muchos imprudentes.

Cuando nació Césare el mundo de la pareja cambió. La alegría los inundó por completo y su tiempo y su energía fueron todos para el bebé. Un hermoso varoncito al que llamaron Césare.

-Porque va a ser un buen guerrero en su vida- vaticinó su padre.

-Un guerrero como yo- agregó orgulloso

Adriana sonrió.

Recibieron la carta de felicitación de Guido e Irene, y la noticia de que ese año no podrían ir. Pero sí el siguiente.

Y recibieron la visita del novel abuelo: Giovanni.

Hacía más un par de años que Giovanni no veía a su hija y a su yerno, por lo tanto fue una buena ocasión para ponerse al día.

-En la forma que ustedes se casaron...- argumentaba Giovanni haciendo alusión al sorpresivo y para nada formal casamiento de la pareja, el cual le habían comunicado por carta desde Egipto.

Todos rieron con cierto embarazo.

-Y a propósito, no me contaron nada de Egipto.

Después de un pequeño silencio que no pasó desapercibido a Giovanni, Dávide respondió.

-Muy lindo, muy interesante.

Giovanni los miró inquisitivamente.

-Allí encargamos a Césare- respondió Adriana con una sonrisa de felicidad.

Giovanni asintió en silencio sin dejar de mirar a Dávide.

Al día siguiente, en un aparte, Giovanni interrogó a Dávide sin disimulos.

-¿Qué más pasó en Egipto, en qué andan ustedes?

Dávide lo observó por unos instantes con su clásica sonrisa de muchacho travieso pintada en sus labios.

-Venga, abuelo, venga que le contamos.

Y lo llevó a la sala donde Adriana amamantaba al bebé.

Allí le contaron toda su estadía en Egipto. Y culminaron con lo realizado en el tiempo de Osiris.

Cuando finalizaron Giovanni quedó un buen rato en silencio.

-Y este niño fue creado en esas circunstancias...- dijo al fin -en esas coordenadas.

-No entiendo eso- respondió Dávide.

Giovanni hizo un gesto vago con la mano.

-No importa. Lo único que les digo es que no va a tener una vida simple.

-Seguramente- dijo Dávide sonriendo con orgullo -será un guerrero.

Giovanni lo miró sin saber qué decir.

-Pero Dávide continuó investigando- acotó Adriana.

-¿Qué cosa?

Giovanni no pudo evitar el dejo de alarma en su voz.

Dávide suspiró, no estaba muy seguro de querer contar todo, pero era imposible retroceder a esa altura.

Relató a su suegro todo lo que había leído y aprendido, y mucho de lo que había venido haciendo en secreto. Solamente ocultó aquellas experiencias que lo habían casi aterrorizado. Eso no lo iba a decir nunca, y mucho menos a Adriana.

Cuando finalizó se sintió culpable. Tal vez porque recién tomaba algo de conciencia de lo que había hecho. Y seguramente por la expresión de Giovanni, que alternaba entre una verdadera alarma y una furia contenida.

Adriana, que conocía bien a su padre, se inquietó.

-Papá, nosotros no...

Giovanni había levantado la mano pidiendo silencio, y tiempo para pensar.

Dávide comenzó a inquietarse y a incomodarse con la actitud de su suegro. Ellos eran una pareja independiente y eran mayores de edad, pensaba.

Al fin Giovanni tomó un sorbo de agua y habló.

-Muchachos, tendría que pasar un par de años hablando con ustedes para que comprendan todo. Solo les digo que con estas cosas no se puede experimentar así como lo han hecho. Y menos después de lo realizado en Egipto.

-¿Qué tiene que ver eso?- preguntó Dávide molesto por la actitud paternalista de su suegro.

Giovanni suspiró.

-Ustedes han puesto en movimiento fuerzas muy potentes.

-¿Cómo puede estar seguro?- Dávide continuaba al ataque.

-¡En esto nadie está seguro de nada, por eso hay que tener cuidado!

Giovanni se estaba irritando.

-Ustedes no tienen derecho...

Se interrumpió al ver la mirada hostil de su yerno y la alarma de su hija ante el cariz que estaba tomando la discusión.

El bebé comenzó a llorar y Adriana lo tranquilizó.

Dávide optó por serenarse.

-¿Tomamos un café?- ofreció.

Todos asintieron.

Ya más calmados Giovanni retomó el discurso.

-No les puedo explicar todo ahora, en poco tiempo. Solo les digo que si les interesa todo eso lo podemos ver juntos más adelante. Puede ser peligroso hacer cosas sin una guía y sin protección.

-¿Usted cómo aprendió?- inquirió Dávide curioso.

-Tuve maestros- respondió Giovanni, ocultando que él mismo, como todo aquel que quiere tomar el cielo por asalto, había experimentado en solitario y había pasado por experiencias bizarras. Pero eso era al fin y al cabo, lo que le permitía hacer advertencias con conocimiento de causa. Ese es el filo de la navaja, el recorrer ese camino estrecho, peligroso y cortante, siempre a punto de caer, a un lado o al otro. Pero quien no lo hace, seguro que no alberga dentro de sí la pasión necesaria e imprescindible para penetrar los mundos ocultos.

-Lo otro que les ruego encarecidamente, es que no insistan con estas prácticas. Eso debe hacerse con seguridad y por sobre todo, con un objetivo concreto, porque si no, lo único que se generan son fuerzas que pueden ir a parar a cualquier lado.

Hizo una pausa para que asimularan lo dicho y continuó.

-Hay un bebé en la familia, y esa criatura no tiene porqué ser objeto de algo que no llamó.

El argumento pareció pesar mucho en la pareja. Se miraron casi avergonzados.

-Dávide...- fue la casi muda súplica de Adriana.

Con un suspiro Dávide asintió. Apuró el resto de café y anunció.

-Se terminó. Sí, se terminó. Tiene razón el abuelo.

-Gracias Dávide- dijo Giovanni con alivio.

-Después de todo, nunca llegué a nada. No creo que pase nada por lo tanto- dijo con su sonrisa divertida.

Adriana le acarició la mano con ternura.



Durante el año siguiente todo trascurrió en paz. El niño crecía fuerte e inteligente y sus padres se dedicaban todo el tiempo a él y a largos paseos.

Adriana planeaba comenzar un taller de escritura y Dávide atendía sus farmacias.

No había seguido con sus prácticas. Excepto por las lecturas y, muy en secreto, la realización de cierta oración mágica que había aprendido –la cual realizaba en un idioma extraño– y que le hacía sentir bien, lleno de energía. Aunque no tenía la menor idea de lo que querían decir las palabras que pronunciaba.

Para el verano siguiente Guido e Irene anunciaron su llegada.

Fue lo de siempre: enorme excitación, ideas, proyectos y decenas de anécdotas.

Y por supuesto no faltaron los regalos para el pequeño Césare.

Dos días más tarde, ya más distendidos y disfrutando la clásica cerveza de la tarde veraniega de Italia, frente al mar y con mucho calor, Guido preguntó:

-¿Y la magia, en qué quedó todo aquello?

Dávide les contó de sus intentos, de todo lo que había leído y aprendido, y Adriana relató las advertencias de su padre.

-¿Y no hicieron nada más?

-No- respondió Adriana muy firme.

-Bueno, alguna cosita he continuado...

-¡Dávide!, me prometiste...

Guido se tomó la cabeza E Irene reprimió una sonrisa.

-No, no es nada serio, es una oración que siempre practico. Me hace sentir bien.

Adriana lo miraba como mira una madre a su hijo travieso.

-¿Y todo terminó allí, entonces?- preguntó Guido.

Se miraron sin saber qué decir.

-Lo cierto es que nunca pasó nada, por lo menos nada concreto- respondió Dávide.

-¿Qué quieres decir con eso?- preguntó Irene que no admitía sobreentendidos.

-Bueno... alguna cosa he sentido. Y alguna cosa verdaderamente me asustó.

-¡Nunca me dijiste nada!- dijo Adriana, molesta.

-Lo que pasa es que es difícil de describir, son sensaciones. Y ahora que trato de decirlo me parecen cosas ridículas, me faltan las palabras. Y no sé si todo eso no fue imaginación. Al principio estaba seguro de haber sentido cosas. Y algunas no me gustaron. Pero a

medida que pasa el tiempo siento que todo eso parece disolverse y no parece ser nada real.

Quedaron unos instantes en silencio. Tomaban cerveza lentamente y de vez en cuando comían algunos bocadillos. Césare dormía plácidamente en brazos de su madre.

-¿Siempre es tan tranquilo?- preguntó Irene.

-Sí, duerme y come, no molesta para nada- dijo Adriana orgullosa.

Irene le sonrió.

-Entonces sí pasó algo- Guido volvía al ataque –aunque sea mínimo. Si no hubieras hecho nada no hubieras sentido eso ni tendrías estas dudas a esta altura.

Dávide dudó un poco.

-Sí, eso es cierto.

-Bien. Tal vez no dimos con nada auténtico. –No sé. Tal vez tengas razón- Dávide apuró su cerveza.

-¿Tomamos un helado?- propuso Adriana que no tenía ganas de seguir con el tema.

Todos asintieron.

Pero Guido hizo un guiño de complicidad a Dávide que lo miró interrogante. El joven le hizo una disimulada seña de esperar.

Y el tema pasó al hipotético y para nada probable casamiento de Guido e Irene.

Todo se precipitó unos días después.

Esa tarde Guido regresó de hacer compras con una olla de cobre y una cuchara de madera. Y una bolsa donde se adivinaban un par de botellas y frutas.

-¿Y eso?- le preguntó Dávide.

-Es un adorno- dijo Guido sin más trámite.

Irene bajó la cabeza y siguió para la cocina a buscar a Adriana.

Esa noche Guido había insistido en no salir.

-Prefiero estar en casa- había dicho. Y Dávide lo interpretó como un halago de su amigo que se sentía a gusto en su hogar.

Ya con el pequeño en su cuarto dormido profundamente, y después de varias rondas de cervezas, el clima era de excitación y diversión.

Los rostros encendidos, la risa fácil y por cualquier motivo, denotaban el espíritu que reinaba y seguramente el exceso de alcohol ingerido.

Cuando finalizaron de contarse una y otra vez las anécdotas que tantas veces habían relatado antes, y que en ese momento parecían novedosamente graciosas, el tema derivó para la magia.

-Entonces- fue Guido quien hizo el planteo -¿se puede decir que todo lo realizado en tus experimentos fue inútil, solamente por no encontrar nada auténtico?

Dávide trató de enfocar la mirada en su amigo.

-No sé, es una posibilidad.

-Yo en realidad no creo en nada de eso- dijo Adriana –lo único que me hace dudar son las advertencias de mi padre.

Y miró a Irene buscando su aprobación. Pero su amiga mantenía el silencio y la cabeza baja, mientras una enigmática sonrisa dejaba curiosas dudas acerca de lo que pensaba.

Guido volvió a insistir.

-¿Y si yo les dijera que encontré algo verdaderamente auténtico, algo que sí produce efectos y que ha sido comprobados por conocidos nuestros?

-¿Qué es?- preguntó Dávide repentinamente curioso mientras su esposa hacía señas de desaprobación con la cabeza.

-Es un ritual muy antiguo, algunos dicen que es celta, pero lo más probable es que sea de la edad media.

-¿Y para qué sirve?

-Para alejar maleficios y enfermedades, para atraer buena suerte, para expulsar demonios. Para lo que quieras.

-¿Y cómo se hace?

-¡No, otra vez, no!- exclamó Adriana con voz pastosa.

Guido no le hizo caso y continuó.

-Es casi como una ceremonia de una fiesta, es hasta divertido. Hay que preparar una bebida y recitar un conjuro especial. Tenemos que hacerlo todos juntos y pensando en lo que queremos obtener.

-Yo estoy bien así- adelantó Adriana.

Dávide parecía dudar.

-Si fuera algo que cambia esta vida bastante monótona...

-¡Dávide!- exclamó Adriana.

-No lo digo por ti, no puedes negar que, excepto por el niño, todo es siempre lo mismo. Quisiera ver cosas nuevas.

Adriana no respondió, en el fondo de su alma no dejaba de pensar que su esposo tenía algo de razón. Últimamente todo era rutinario y monótono.

Dávide continuaba, bastante estimulado por lo que sus amigos proponían y por el alcohol ingerido.

-Quisiera que se cumpla un destino importante para nosotros, para mi hijo. No me gustaría ser un ladrillo más de esta pared que es el mundo.

Dávide quedó en silencio, sorprendido por la repentina revelación. Había encontrado la causa de su insatisfacción.

-Por lo menos antes de que estalle la guerra en Europa- concluyó.

Todos quedaron un poco pensativos, pero Guido retomó el tema.

-Les aseguro que esto da resultados.

-¿Qué hay que hacer?- preguntó Dávide.

-Yo no pienso hacer nada- insistió Adriana. Pero Guido continuaba.

-Tengo todo listo, tenemos que cocinar unos ingredientes y recitar esto- dijo repartiendo un papel a cada uno con la copia del conjuro.

Todos leyeron atentamente y comenzaron a sonreír. Adriana soltó una carcajada.

-¡Que cosa es eso, Guido! “Buhos, lechuzas, sapos y brujas...” ¡y esto de los “pedos de los infernales culos”!

Adriana lloraba de risa.

-¡Y además vamos a cocinar algo! De aquí salgo volando en una escoba... ¡Si se entera papá!

Y continuaba riendo a toda voz.

Dávide que también reía le hacía señas para que bajara la voz para no despertar al niño.

-Guido, tengo que confesar que... en fin..., ¡esto parece muy raro!

Guido e Irene sonreían.

-Te juro que es auténtico, esto viene así desde la edad media.

-¿Y qué hay que preparar?

Guido se levantó y volvió con los paquetes que había traído.

-Tengo todo, tenemos que calentar aguardiente en este recipiente- dijo colocando un brasero y la olla de cobre arriba.

-Luego le echamos azúcar y trozos de estas frutas y se comienza a calentar. Cuando brote el fuego, recitamos el conjuro. Después lo apagamos, bebemos esto y pedimos todo lo que querramos. Yo los guío.

-Ahora sí que terminamos borrachos- aseguró Adriana.

-Sí, pero va a ser divertido- dijo Irene.

-Vamos, vamos a hacerlo- se entusiasmó Dávide aun cuando no creía en la efectividad de algo tan ridículo. Pero le encantaba hacerlo con sus amigos.

Adriana sentía algo similar, era una divertida instancia social, y no parecía para nada peligrosa.

-¿Cómo se llama esto?- preguntó aun riendo.

-Queimada.

-Ok, pero antes quiero probar el aguardiente.

Dávide la miró con espanto.

Un par de copas después, el estado de todos era el de una evidente y alegre borrachera. Las risas y gritos, las imitaciones de brujas volando, y los gestos y muecas de todo tipo se sucedían sin interrupción.

Curiosamente, el más tranquilo era Dávide, quien a pesar de su estado, pasaba por momentos de aparente introspección.

Cuando todo comenzaba a degenerar en una fiesta de bar, Guido aprontó todo. Trajo los implementos, encendió el mechero y vertió el resto del aguardiente adentro agregando un poco de azúcar.

Todos comenzaron a mirar los preparativos fascinados por el fuego. Irene apagó las luces para que el efecto fuera mejor.

Guido revolvía lentamente la preparación con el cucharón de madera. Después de unos minutos agregó la fruta picada que ya tenía preparada.

Los vapores del alcohol caliente y la fruta cocida comenzaron a inundar la habitación. Todo se miraban exitados, las caras luminadas tenuemente por la luz del fuego del mechero.

Guido sonreía, contento en su papel de maestro de ceremonias. Por esta vez sería él quien llevara la iniciativa de una nueva aventura.

-Estén listos para efectuar la lectura del conjuro- avisó.

Revolvió un poco más la mezcla los miró a todos por un instante y procedió con la parte principal.

Sacó el cucharón con una porción generosa de aguardiente muy caliente y lentamente comenzó a acercarla a la llama del mechero.

Una llama pareció saltar del mechero al cucharón y un fuego azul se encendió dentro del mismo al tiempo que gotas de fuego caían al piso por el temblor de la mano de Guido en el colmo de la excitación.

Lentamente y con toda ceremonia, Guido elevó el cucharón ardiente por encima de la olla de cobre y procedió a verterlo. Una hermosa cascada de fuego azul cayó dentro de la olla y el contenido comenzó a arder.

Todos lanzaron un grito de sorpresa y admiración ante el hermoso y sobrecogedor espectáculo.

Guido hizo una pausa mientras las llamas adquirían los colores verdes del cobre que formaban lenguas fugaces con el azul de la mezcla.

-¡Ahora, lean el conjuro!

Todos comenzaron a leer en forma algo irregular, tanto por la excitación del momento como por el alcohol ingerido.

Excepto Dávide, que leía con voz potente y clara, totalmente compenetrado con la ceremonia y con el significado de la lectura.

A medida que avanzaba el conjuro, todos fueron quedando callados, impresionados y subyugados por la actitud de Dávide. Los rostros congestionados, iluminados desde abajo por el fuego azul, conferían un toque irreal e impresionante a toda la escena.

Cuando concluyó quedaron en silencio mientras Guido continuaba revolviendo aquella maravilla azul.

-Pidamos el deseo, íntimamente cada uno- indicó.

Todos se concentraron por unos instantes. Ya nadie reía.

Cuando comenzaron a distenderse Guido dio el toque final.

-Que así sea. Y así será.

Se miraron unos a otros algo conmovidos, lo que había comenzado como una broma social había adquirido una fuerza sorpresiva.

-Bueno, a beber esto- dijo Guido.

-Yo le quiero sacar unas fotos antes que se apague, esto es hermoso- dijo Irene y procedió a hacerlo con una cámara nueva que había traído a ese propósito.

Después comenzaron a beber, y enseguida retornaron las risas entre comentarios de las escenas. Curiosamente, todos evitaron hablar de lo que habían pedido. Evidentemente habían tomado más en serio la ceremonia de lo que aparentaban.

Poco rato después Guido e Irene yacían abrazados en un sofá y Adriana ayudaba a su marido a ir al dormitorio.

Lo acostó, fue a ver al pequeño y se fue a dormir con una sensación de paz. Se había divertido.

Al día siguiente a todos les costó despertarse, excepto Guido, que sorpresivamente había insistido en volver fr inmrfiato a España a atender unos asuntos urgentes. Irene lo miró extrañada.

-No me siento bien- le explicó él por lo bajo –tomé demasiado.

Se despidieron con abrazos, agradecimientos y promesas de reencontrarse pronto.

El verano finalizó y la rutina recomenzó. Para cuando llegó la navidad todo había cambiado en la vida de la pareja.

Dávide había hecho unos convenios muy ventajosos con un laboratorio y después con otro. Y el dinero comenzó a fluir en grandes cantidades. Pudieron adquirir un departamento, un hermoso automóvil y no se privaban de viajes ni de comodidades. Dávide se sentía lleno de energía y no paraba de idear un proyecto tras otro.

Adriana, por su parte, había ganado un concurso literario importante y además del jugoso premio, había firmado un ventajoso contrato de edición que prometía una hermosa carrera literaria.

Césare crecía sano y fuerte y ya tenía dos años.

-Soy feliz- dijo un día Dávide a su esposa mientras contemplaban una hermosa puesta de sol.

-Somos felices- acotó ella arrebujiándose entre sus brazos.

Todo el verano, con su Queimada y aquel ridículo conjuro había quedado atrás, muy atrás en el tiempo y en sus recuerdos. Había sido tan solo una noche divertida.

Para la llegada del verano pensaban volver a Egipto, a recorrer aquellos lugares mágicos de su luna de miel, pero la situación política

Europea los hizo desistir. Rumores de guerras y de imperios surcaban el continente y avanzaban sobre África.

Decidieron quedarse en Italia y realizar un paseo por el mar Adriático y una visita a Giovanni.

Un buen día llamaron a la puerta de su elegante departamento en el centro de Turín.

Adriana abrió la puerta y miró con curiosidad al hombre delgado y mal vestido que se encontraba de pie ante ella.

De pronto lanzó un grito de sorpresa.

-¡Guido!, ¡no te había conocido!

-¿Puedo pasar?, preguntó su amigo con voz ronca y débil.

Ya sentados los tres en el living se miraron sin saber qué decir.

Guido observaba con una sonrisa tímida el amplio departamento.

Adriana y Dávide lo observaban a él.

-¿Qué te pasó?- preguntó Dávide -¿dónde está Irene?

Guido los miró y tragó saliva. Su aspecto era horrible. Sus ropas demasiado holgadas, sus mejillas huesudas y sus ojos hundidos y lacrimosos, hacían ver claramente que había perdido muchos kilos. Lucía sucio y desaliñado.

Pero lo peor era la expresión de su mirada, una mezcla de desesperación y terror. Un profundo y permanente terror.

-Irene... Irene murió, hace diez días- dijo con un hilo de voz que se quebró en un sollozo ahogado.

Adriana no pudo evitar una exclamación al tiempo que sus ojos se humedecían.

-¿Que sucedió?- preguntó Dávide después de unos instantes para recobrase.

-Enloqueció. Se volvió completamente loca y se arrojó debajo de un tren.

Adriana llevó una mano a la boca y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

Dávide no supo qué decir.

Guido sacó un sobre de entre sus ropas. Lo abrió y extrajo una serie de fotografías que extendió sobre la mesa.

-Fue esto- dijo.

Dávide pareció no entender. Las fotos eran de la noche de la Queimada.

Guido seleccionó un par de ellas.

-Miren atentamente estas dos fotos.

Eran dos fotos similares donde se veía un hermoso primer plano del fuego y de la olla.

-Observen el fuego.

Después de unos instantes Dávide abrió la boca asombrado y le señaló algo a Adriana.

-¿Que es esto?- preguntó azorado.

En el medio del fuego se veía muy claramente una cara. Una cara pequeña, con un gesto de dolor y desesperación, la boca muy abierta en un grito eterno y silencioso. Y unos enormes y atemorizantes ojos negros que miraban directamente al frente. El resto del ser se diluía en el fuego, parecía querer salir de él.

-Es una salamandra- respondió Guido- un ser nacido del fuego.

Dávide y Adriana seguían mirando la foto con la boca abierta y el ceño fruncido sin poder articular palabra. Guido continuaba.

-Un ser que, accidentalmente creamos todos nosotros esa maldita noche. Y que ha sido la causa de nuestras desgracias. Y sospecho que también de vuestro bienestar.

-¡No puede ser...!- explotó Dávide -estas cosas no...

-Estas cosas existen Dávide, hemos leído bastante acerca de ellas.

-Sí, pero... ¡no puede ser!

Dávide simplemente no podía aceptar lo que tantas veces había leído. Lo que nunca se había detenido a pensar como una posibilidad real en lugar de un mero pasatiempo. Siempre había imaginado todo eso como algo sutil, en el límite entre la imaginación y la sensación fugaz. Pero nunca como algo capaz de tomar cuerpo. Y mucho menos ser peligroso. Siempre entendió las advertencias de tantos autores como una suerte de jactancia, donde todos quieren hacer gala de autenticidad advirtiéndoles de peligros que en realidad, nunca experimentaron. Todo ello contribuía al aura de misterio y autenticidad de alguien que en realidad quería vender libros y hacerse de un nombre. Por lo menos así lo había pensado hasta entonces.

La realidad muchas veces se detiene mucho antes de lo que es, se define por la barrera de lo que estamos dispuestos a aceptar.

-¿Y por qué dices que le ha hecho mal a ustedes y no a nosotros?- preguntó Adriana que comenzaba a asustarse.

Guido los miró como un enajenado antes de responder.

-Aquella noche, mientras todos dormían, algo me despertó. Al principio no supe qué era, pero enseguida lo vi. Pensé que soñaba, pero pronto me di cuenta que no era así. Frente a mí, a escasos centímetros de mi cara estaba este ser- señaló con un gesto las fotografías.

-Ya estaba bastante más formado. Tenía apenas unos cincuenta centímetros de alto, y su color era del mismo azul del fuego con vetas amarillentas. Y los mismos ojos completamente negros, brillantes y profundos. No tenía ni brazos ni pies, se erguía solo con su propio cuerpo delgado y amorfo. Parecía un monstruoso gusano azul. Y me



miraba, abriendo desmesuradamente la boca, como queriendo decir algo. Ahora, después que pasó el tiempo y todas las desgracias, pienso que estaba pidiendo ayuda, que quería terminar de nacer, ¡quería que yo lo ayudara! Pero en ese momento yo no supe qué hacer, sentí miedo, temí por Irene que dormía a mi lado. Nunca había visto algo así.

Hizo una pausa. Le estaba costando hablar. Adriana le trajo un vaso de agua.

Guido agradeció con una sonrisa que no terminó de formarse y continuó.

-Me levanté despacio y me aparté de Irene. Él me siguió, arrastrándose sobre su cuerpo y mirándome con aquellos ojos que parecían vacíos y la boca abriéndose y cerrándose continuamente, muda. Retrocedí y quedé contra la pared. Él continuó acercándose, llegó hasta mi y se enroscó en mi pierna. Estaba increíblemente caliente. Y no aguanté más, me lo sacudí con un movimiento y lo pateé, él retrocedió y me miró asombrado. Volví a patearlo, una y otra vez, vi que retrocedía y le vi una expresión de dolor. Lo pateé escaleras abajo, hasta que salió a la calle. Allí le di un fuerte puntapié en la cabeza que lo arrojó a unos metros. Quedó tirado unos instantes. Y comenzó a irse. De pronto se detuvo y se volvió. Me miró con un odio tan intenso que me asusté, todo el odio del mundo estaba en sus ojos. Y me lo dirigía a mi. Abrió aquella horrible boca otra vez, hizo un esfuerzo supremo y lanzó una especie de ronquido y aullido. Y se fue arrastrándose calle abajo hasta que desapareció en la noche. Fue algo horrible.

Dávide y Adriana estaban como aturcidos por el relato. Ella lloraba sin poder olvidar a su amiga. Él mantenía la mano tapando su boca, como tratando de impedir que sus pensamientos cobraran vida en palabras.

-¿Y qué pasó después?- atinó a preguntar casi adivinando la respuesta.

-Volvimos a España, recuerdan que me quise ir enseguida.

Ellos asintieron.

-A los pocos días de llegar, él reapareció. De la peor manera. Estábamos durmiendo, yo pensaba que todo había pasado, pero no. De pronto me despertó un alarido. Era Irene. Estaba contra la pared, y él la acosaba. Ya estaba mucho más formado, y su color azul había cambiado en una palidez marmórea. Los ojos eran los mismos avernos oscuros. Pero se erguía sobre lo que parecían piernas. Irene no podía escapar, y el engendro le pasaba la mano por la pierna, y cada vez que lo hacía dejaba en ella una profunda quemadura. Parecía divertirse con ello. El olor a carne quemada inundaba la

habitación. Me levanté y volví a patearlo, como antes. Pero él rió, si, rió con una carcajada horrible. Y me quemó la pierna. No sabía qué hacer, atiné a apartar a Irene. Huimos hacia el baño y nos siguió. No sé cómo se me ocurrió, pero le eché encima un balde de agua que había allí. Lanzó un aullido y se elevó un vapor. Y huyó. Pero sabíamos que eso no terminaba allí.

”La próxima vez que apareció ya no le hizo nada el agua. Y no buscaba quemarnos, solo se aparecía repentinamente en los lugares más insospechados, siempre cuando estábamos solos. Y había elegido a Irene como blanco, buscaba aterrorizarla a ella. No le hacía nada, pero su presencia bastaba para infundirle un terror insoportable. No sabíamos a quien recurrir. Fuimos a una iglesia, el cura nos aconsejó un psiquiatra. Nos mudamos de casa, de ciudad, todo fue inútil. Al fin la salud mental de Irene se quebró. No aguantó más, y se quitó la vida.

Ariana sintió que se ahogaba. Dávide le pasó un brazo por los hombros.

-Entonces vino por mi. Pero cambió de estrategia. No me hacía nada, no me asustaba. Solamente me sometía a su presencia constante, silenciosa. Y a su mirada sin fondo. Vivía conmigo, permanentemente. Y cada día sentía que mi energía disminuía, y él crecía y se formaba. Me estaba secando, chupándome la vida. Me enfermé, supe que iba a morir. Ayer decidí venir a avisarles. Y vuelvo de inmediato, no quiero que me siga hasta aquí. Se terminó amigos, la aventura fue un tremendo error.

Guido se levantó y fue a abrazarlos. Dávide intentó decir algo.

-No, no me digan nada. Me quiero ir lo antes posible. Los quiero mucho.

Los tres se abrazaron.

Guido se volvió hacia la puerta. Ya en la salida los miró una vez más, hizo un gesto vago con la mano, intentó una sonrisa. Y salió. Fue la última vez que vieron a su amigo.

La noticia de su muerte les llegó un mes después por la prensa. Había enloquecido y se había prendido fuego en plena vía pública.

Los días siguientes a la muerte de Guido fueron de tensión creciente.

-¿Que hacemos- preguntó Adriana por enésima vez. Durante todos esos días desde la partida de su amigo lo había preguntado. Y Dávide, una vez más, no había sabido qué decirle.

La pareja ya no hablaba, se limitaban a esperar.

Un día, Adriana lloraba en silencio mientras Dávide a su lado le acariciaba el pelo.

-Va a venir, estoy segura de que va a venir- sollozaba la muchacha.

-¿Que hacemos, Dávide, qué hacemos?- preguntaba con desesperación.

Dávide continuaba sumido en el silencio.

Un día Adriana pareció encontrar una nueva posibilidad.

-Dávide, ¿y si lo aceptamos?

Él la miró como saliendo de un sueño.

-¿Qué quieres decir?

-Escucha, sé que suena extraño, pero en cierta manera, lo creamos nosotros. Tendríamos que ayudarlo, hacernos responsables...

Dávide pareció estallar.

-¿De ese engendro?, ¿estás loca?

-¡No, no estoy loca! ¡Tengo miedo, mucho miedo, y no sé qué hacer!

Dávide se sorprendió ante la violenta reacción de su esposa, nunca la había visto así.

-Vamos a calmarnos- propuso.

Después de unos instantes Adriana retomó el tema.

-Lo creamos nosotros.

Dávide permaneció unos instantes en silencio. Miró a su mujer largamente y le dijo en un tono bajo, siniestro, y que no admitía réplica:

-Si eso se acerca a mi familia, lo destruyo.

Los problemas comenzaron una semana después, cuando escucharon el grito de terror del pequeño Césare durante la noche.

Ambos saltaron de la cama y corrieron al dormitorio del niño. Lo encontraron sentado en su cama, balbuceando de terror, los ojos muy abiertos.

Cuando los vió, el pequeño abrazó a su madre y rompió en un llanto incontenible.

-Es él, estoy seguro de que es él que vino- dijo Dávide.

Adriana abrazaba a su hijo.

-Puede haber sido una pesadilla, está en la edad- respondió.

Pero el problema se suscitó la semana siguiente. Y tres días después.

Dávide puso un colchón en el cuarto de su hijo y comenzó a dormir allí.

Por unos días los problemas cesaron. Pero pronto la pesadilla recomenzó.

Ahora el niño no podía estar solo porque comenzaban los gritos de terror. Cuando sus padres acudían lo encontraban pálido, en medio de un charco de orina y señalando a un rincón de la pared.

Su madre lo confortaba y pasaba horas musitando en su oído siempre las mismas palabras.

-Tú no tienes miedo, hijo, no tienes miedo a nada, no tienes miedo a nada- repetía una y otra vez. Y Césare parecía calmarse arrullado por su voz y la letanía del mensaje repetido continuamente.

La incontinenencia parecía irreversible, pero la presencia de sus padres en forma permanente parecía haber mitigado la situación.

Excepto durante la noche. El pequeño se negaba a dormirse, temía hacerlo. Y cuando el sueño lo vencía despertaba al rato entre alaridos. Ya nadie dormía bien, y comenzaba a notarse en sus rostros y en su humor.

-Tenemos que hacer algo- decía Adriana -hablar con un médico.

Dávide parecía no escuchar.

-Es él- repetía siempre por toda respuesta -es él, y debo encontrarlo. Lo voy a destruir.

Dávide lo encontró en la forma más inesperada.

Una noche, volvió a su casa de una diligencia y lo encontró allí, en el living. Y su esposa le estaba hablando tranquilamente.

De inmediato supo que era él.

Vestía una túnica negra que no dejaba ver sus extremidades. Más crecido que lo que le había relatado Guido, parecía tener unos tres o cinco años, cuerpo de niño, bastante deforme. Muy pálido, casi amarillo. Y los mismos ojos negrísimos e insondables que había descrito su amigo. Ojos que infundían miedo.

Dávide sostuvo su mirada sin parpadear. Sabía lo que debía hacer, lo pensaba desde que supo que él existía.

El ser lo miró en silencio, no había amenaza alguna en su expresión, había algo que Dávide no pudo identificar. O no quiso hacerlo.

-Dávide, le estoy explicando...

-Ve a tu cuarto con el niño y enciértrate- la interrumpió su marido con voz monótona y siniestra.

El ser hizo un leve movimiento de espaldas, y algo cambió en su expresión.

-Davide. Él quería jugar, él quería...

-Vete inmediatamente- dijo Dávide en un tono que no admitía réplica.

Adriana miró a la criatura, lanzó un sollozo quebrado y se marchó.

Quedaron los dos solos, mirándose. La criatura hizo un leve chillido, como si quisiera hablar.

Dávide se acercó, lentamente, sin dejar ver el torbellino de odio que lo dominaba completamente.

Pero la criatura lo percibió, lanzó un gruñido sordo e intentó apartarse. Dávide se movió un poco y el ser quedó en un rincón.

Ahora Dávide estaba muy cerca. Y sorpresivamente le dio un tremendo puntapié que hizo que la cabeza de la criatura se estrellara contra la pared.

El ser lanzó un chillido y cayó, aturdido.

Dávide levantó una silla y la descargó con toda violencia sobre la cabeza.

La criatura gritó y cayó.

Dávide continuó golpeando hasta que la silla se hizo añicos. Hasta que no se movió más. Hasta que su sangre oscura se derramó por la sala. Hasta dejarlo reducido a una masa de carne.

Después lo envolvió en una toalla, aprontó unas cosas y salió del departamento.

Condujo su auto hasta las afueras de la ciudad.

A la orilla de un bosque, en plena oscuridad, bajó el envoltorio.

Para su sorpresa el paquete se abrió y la criatura sacó la cabeza y una mano, que extendió hacia Dávide en actitud implorante.

Y pudo articular una sola palabra. Una palabra que Dávide no olvidaría nunca ni se la diría a nadie. Jamás.

-Padre...- dijo la criatura con voz débil y quebrada.

Entonces Dávide cometió el peor error de su vida.

Lo roció con bencina y le dio fuego.

Cuando las llamas estaban altas Dávide se fue.

Estaba ya muy lejos cuando la criatura salió envuelta en llamas, mucho más grande y más fuerte.

Estaba ya muy lejos como para escuchar el largo y terrible rugido que salió de su boca.

Un rugido de ira, de odio, de venganza.

## CAPÍTULO 5

### EL ÚLTIMO DRAGÓN

Giovanni hizo una pausa en su relato, parecía cansado, pensativo, como aquellos que deben decir cosas muy duras y apenas pueden con sus pensamientos. Con temor de las palabras que parecen adquirir vida propia al proferirlas.

Los jóvenes permanecían en silencio, esperaban el fin de una tragedia que también se cernía sobre ellos.

Giovanni pasó una mano por sus cabellos y continuó.

-Al poco tiempo la pesadilla recomenzó. Mucho peor que antes. La criatura se había hecho mucho más fuerte y los acosaba permanentemente. Les arruinó la vida social al interferir violentamente en cuanta reunión hacían tus padres. Pronto sus amigos los dejaron solos. Mi hija y su esposo perdían energía vital día a día, se enfermaban. Y tú vivías aterrorizado.

Césare no respondió. Se limitó a apretar las mandíbulas.

-Fue entonces que decidieron traerte para acá. En algunas visitas previas me habían relatado lo sucedido. Yo me puse furioso, discutimos. Pero sabía que no iba a lograr nada con ello. Ni que tampoco podía impedir el acoso de la criatura. Fuerzas muy poderosas estaban ya fuera de control.

”Fue así que te quedaste acá para siempre. La última vez que vi a tus padres fue prácticamente una despedida. Habían arreglado todo para intentar desaparecer en América. Dejaron todos los negocios a nombre tuyo. Y se fueron, destrozados. Tu padre me confesó en privado que no tenía esperanzas de salvarse.

”Tiempo después supe de sus muertes. Fue en un incendio accidental, dijo la prensa. Y los diarios sensacionalistas hablaban de combustiones espontáneas. No habían tenido tiempo de huir. A los

pocos días el incidente fue olvidado, como sucede siempre en estos casos.

Giovanni calló. Sus labios temblaban.

Francesco no sabía qué hacer, parecía inquieto, desesperado.

Yelina sollozaba acariciando la mano de Césare. Mientras él permanecía con las mandíbulas apretadas al tiempo que el llanto brotaba silencioso de sus ojos.

-No me abandonaron- dijo en tono bajo y grave -no me abandonaron, querían protegerme, apartarme de él. Y él los asesinó.

Giovanni asintió en silencio.

-Es... Fanfer...?- atinó a decir Francesco.

Giovanni suspiró.

-Sí, es él.

-Y ahora quiere matarme a mi, quiere terminar su venganza- dijo Césare -pero yo lo voy a destruir. Yo voy a vengar a mis padres.

Giovanni hizo un gesto vago.

-Pienso que es algo mucho más complicado que eso. Yo sabía que tarde o temprano iba a aparecer. Después de los hechos yo traté de seguir sus pasos. Tengo una red de amigos muy importante en Europa. Les conté del caso y sus características y pedí que me mantuvieran informado. Fue así que me enteré de su vida, siguiendo la pista de combustiones espontáneas.

”Lo primero que hizo fue irse de Italia. Sus huellas aparecen en un orfanatorio de Rumania tres años después. No podían con él, atormentaba a todos los niños. Parece que al fin fue adoptado por una familia que sufrió la misma suerte que tus padres. Después aparece en Francia, ya allí se hacía llamar Fafner, ese es su verdadero nombre.

-¿Fafner?- preguntó Césare.

Giovanni le hizo una seña para que esperara.

-En Francia parece que frecuentaba las bibliotecas, leía permanentemente. Y ya tenía el mismo aspecto que tiene ahora. Era más sencillo seguir su pista, siempre estaba relacionada a incendios.

”Durante la guerra desapareció. Pero yo sabía que andaba por allí, y que iba a volver. Y lo hizo. Cuando vino a casa de inmediato lo reconocí, casi diría que lo sentí con todo mi ser. Y cuando dijo su nombre tuve la certeza que era él. Fanfer es un burdo anagrama de

Fafner. Y ahora entramos otra vez en el ámbito de la mitología, volvamos al anillo y a los enanos, a los Nibelungos. Todo esto es parte de la leyenda de Sigfrido, o Sigurd, un antiquísimo poema perteneciente a la mitología germana.

-¡Su barca se llama Sigurd, y él dijo que estaban en permanente lucha!- interrumpió Césare.

Giovanni asintió con la cabeza y continuó,

-Según la leyenda, Fafner o Fafnir, era un enano que se convirtió en dragón después de matar a su padre. Como tal, custodiaba el tesoro de los Nibelungos. El tesoro que tú viste bajo tierra. El mito cuenta que Sigfrido mató al dragón Fafner y se quedó con el tesoro.

-Pero él me dijo cómo encontrar el tesoro.

-Pero aun no lo hallaste, ¿verdad? Acá ocurrió algo extraño. Parece ser que Fafner, una salamandra que de alguna forma cobró vida humana, se hizo consciente de su naturaleza y de su poder. Y se atribuyó a sí mismo las características de un dragón. Un dragón de fuego, como indica su génesis. Pero esa criatura no encontraba lugar en el mundo moderno, era un permanente rechazado, un ser sin sentido. Una monstruosidad viviente. Con el tiempo adoptó ese nombre, Fafner, el custodio del tesoro de los Nibelungos, un dragón que hubo de ser muerto por Sigfrido para obtener el tesoro. Y seguramente te atribuyó a ti el papel de Sigfrido, a ti que pertenecías a la misma familia y que por lo tanto, compartías una línea de destino con él. Nadie más adecuado para cumplir el mito,

-¿Quiere que lo mate?- preguntó Césare, asombrado.

-Quiere que te enfrentes a él. Por eso todo este tiempo te estuvo conociendo, midiendo tu fuerza interior. Por eso te hizo pasar por las experiencias de la caverna y del dragón. Es un ser que vive entre mundos, y tiene conocimientos y vivencias de todos ellos. Domina el pasaje de uno a otro.

-¡Pues cumpliré con su deseo, lo mataré. Él mató a mis padres!

Yelina interrumpió procurando calmar al muchacho.

-¿Pero se va a dejar matar?

-De ninguna manera- respondió Giovanni -luchará con todas sus fuerzas. Es muy peligroso.

-¿Puede vencer a Césare?

-Por supuesto.



-¿Y qué pasa entonces?

-No sé, buscará otro Sigfrido que lo enfrente.

A los jóvenes se les hizo un nudo en el estómago.

-No me vencerá- dijo Césare con resolución -lo destruiré.

-¿No se puede evitar todo esto- preguntó Francesco tratando de salir de esa locura vertiginosa.

-¡Qué más quisiera yo!- exclamó Giovanni -pero todo esto es más fuerte que nosotros, son fuerzas generadas durante años. Son leyendas vivas, que se reproducen una y otra vez en las vidas de las gentes, en diferentes formas. Son leyes que pocos conocen. Es la forma en que la vida avanza, siempre recorriendo sus experiencias más fuertes y decisivas, y reviviéndolas en los humanos.

Giovanni hablaba más para aclararse sus propios pensamientos que para responder, y los jóvenes parecían no comprender nada de esto. Lo único que les importaba era el próximo encuentro con Fafner, con el dragón.

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó Francesco.

Césare respondió con decisión.

-Ahora vamos a cumplir con esa leyenda. Vamos a buscar el tesoro. Y allí lo encontraremos. Y lo mataré, con la espada que me dio el Rey de la caverna. Ya he matado un dragón con ella. Mataré otro.

Giovanni lo miró con infinita tristeza. Sabía que no podía hacer nada para evitarlo. Había estudiado esas cosas durante años, y había comprobado cómo una y otra vez, se cumplían en las vidas de las gentes en una forma u otra. Y ahora le tocaba a su nieto. Se estaba consumando todo, después de años de espera y de vanas esperanzas de que todo terminara, ahora estaba allí. En ese terrible e inevitable presente.

-Y voy yo solo- afirmó.

Francesco y Yelina protestaron.

-Tú no puedes ir con ese brazo así, Francesco, serás alguien a quien cuidar antes que una ayuda.

Lágrimas de impotencia brotaron de los ojos de Francesco, su amigo tenía razón. Y todos lo aprobaban.

-Y tú...- dijo refiriéndose a Yelina -...no quiero que vayas.

Yelina lo miró muy calma.

-Yo voy- afirmó suavemente pero completamente decidida –yo también estoy luchando por mi destino. Me lo dijo mamá.

Francesco la miró largamente. Recordaba perfectamente lo que sucedió cuando la joven clavó sus manos en la tierra. Y si bien no llegó a entender la experiencia, supo que algo importante había sucedido, pero evitó preguntar nada.

Césare no dijo nada. Le pasó el brazo por los hombros como toda respuesta.

Giovanni entendió. Lo de Yelina era otro ámbito de comprensión. Aun dentro de la misma vivencia.

No había más que decir.

Cuando Césare y Yelina se fueron a hablar de sus cosas, Francesco quedó solo con Giovanni.

-¿Y yo, no puedo participar de todo eso? ¿o debo morir en una caverna para aprenderlo?

Giovanni lo miró con simpatía.

-Tu y yo tenemos mucho que hablar.

Los días siguientes fueron de preparativos silenciosos. Días de tensión que Césare empleó principalmente para recuperarse. Días que pasó reconcentrado en sí mismo, empleando horas y horas en afilar la espada con una piedra, con movimientos lentos, precisos, mecánicos. Era la actitud de todo guerrero que se prepara para el combate. Era el “velar las armas”. Pero por sobre todo, eran una acción y un pensamiento que en los planos superiores iban afilando su alma. Sin saberlo, el muchacho estaba realizando la mejor de las preparaciones para lo que le esperaba.

Quien sí lo sabía perfectamente era su abuelo, que lo contemplaba sin decir palabra.

Por su parte Francesco, se encerraba a hablar con Giovanni durante horas. Y también recibía una preparación especial, pero en este caso no era para un combate puntual, era para la batalla de la vida.

La que desapareció por unos días fue Yelina.

La muchacha se había reunido con su madre y le había contado todo detalladamente.

-Así que la Madre Tierra lo parió- comentó Teresa como lo más natural –y tú interveniste en eso. ¡Já!, ahora sí que estás ligada a ese hombre. Casi te digo que tienes una responsabilidad, lo has ayudado a nacer.

Yelina la miró con los ojos muy abiertos.

-Y vas a ir a esa isla..., es lógico, tienes que hacerlo. Pero antes tienes que aprender algunas cosas.

Los tres días siguientes Yelina los pasó como en un sueño.

Su madre preparó todo. Las vasijas, los cuchillos, las piedras y los collares. Todo lo que ella había visto algunas veces y había temido preguntar.

Teresa salió y volvió con una gallina. Le indicó a su hija que se acostara sobre la sábana en el piso, boca abajo.

Teresa comenzó a cantar en voz baja.

Sin detener su canto puso el cuello del ave sobre una vasija de barro y lentamente comenzó a cortar. La sangre cayó en la vasija. Con ella Teresa lavó concienzudamente la cabeza de su hija. Luego la envolvió en un paño.

-¡Olorum, Olorum!<sup>7</sup>- exclamó, y en voz más baja Mae..., Mae Terra, protege a tu hija que cuando nació calmó tus dolores con su carne y con su sangre, con mi carne y con mi sangre.

Yelina permanecía muy quieta y no se atrevía a hablar.

A continuación tomó una extraña planta, larga, retorcida y reseca. Teresa comenzó a despedazarla y a molerla hasta reducirla a un polvillo. Le echó agua y la calentó hasta formar un brebaje uniforme y oscuro. Esperó unos minutos y se la dio a beber a su hija.

Yelina bebió un pequeño sorbo y retiró la boca con expresión de disgusto. Aquello era terriblemente amargo.

-¿Que es esto, mamá? Es horrible...

-Ayahuasca, hija. "La cuerda del muerto". Bébelo todo. Dentro de unas horas vas a vomitar mucho. Después comienza el viaje.

Y se fue sin más palabras.

A continuación Yelina comenzó a escuchar el sonido rítmico y monótono de un tambor acompañado por el canto de su madre en una lengua muy extraña.

La joven permaneció muy quieta sin saber qué hacer.

Pronto perdió la noción del tiempo, y el sonido del canto y el tambor parecían partir desde adentro de su propio cuerpo. Un agradable calor comenzó a invadirla. Comenzó a transpirar al tiempo que sentía

---

<sup>7</sup> Divinidad africana que representa a la Tierra.

que el calor era casi insoportable, parecía quemarla por dentro y por fuera.

Yelina ya no se sentía nada bien, estaba descompuesta. Estuvo a punto de llamar a su madre pero intuía que no debía hacerlo. Su madre seguramente no acudiría y ella estaría interrumpiendo un proceso importante.

Ya no aguantaba más la náusea y sudaba copiosamente.

Sin poder contenerse vomitó en un balde que su madre había dejado allí a esos efectos, seguramente.

Tuvo un pequeño instante de alivio y volvió a vomitar. Y continuó haciéndolo una y otra vez. Hasta que el estómago le dolió, hasta que un poco de líquido amarillo y amargo salió desde sus entrañas.

Y la habitación comenzó a girar enloquecidamente a su alrededor. Trató de apoyarse en la pared para tener una referencia, buscó el suelo con sus manos y cayó. Siguió cayendo y cayendo en un abismo negro sin referencia alguna.

Ahora la sensación era de vacío en su estómago, pero había cesado aquel insoportable y vertiginoso girar de las paredes. Sintió que comenzaba a tener un mínimo control sobre la experiencia. Entonces, en conciencia, se dejó llevar por el abismo hasta que la caída se interrumpió en un estallido de luz enceguecedora.

Y de pronto todo fue quietud, fue una oscuridad dotada de materia, y fue silencio.

Su cuerpo pareció expandirse infinitamente en medio de aquella oscuridad porosa, húmeda. Ya no existía como ser humano, era todo materia y quietud, era tierra. Sintió las terribles fuerzas de su nacimiento, los ruidos de sus fracturas y la violencia de sus explosiones. Sintió también su propia paz y su propia firmeza. Transpiró su propia humedad, dio vida a infinitos seres dentro de sí, y sintió las raíces de todas las plantas del mundo que la interpenetraron y se alimentaron de ella durante tiempos sin cuenta. Se sintió madre del mundo. Madre de las vidas y transformadora de la muerte. Millones de semillas la buscaron en forma permanente, y la sangre de todas las batallas de la historia del mundo la regó. Sintió los grandes ciclos de las aguas, las lluvias que calmaron sus terribles sequías, y los océanos agitándose en su seno. Y sintió cómo los ríos la surcaban llevando sus preciosos minerales que alimentaban a uno y

otro ser. Sintió los calores del sol y sus propios y terribles calores internos. Experimentó su ternura para crear y alimentar la vida, y la dureza segura e implacable de sus rocas; los calores de sus veranos y las heladas de sus inviernos. Era la Tierra, enorme, generosa y eterna.

Entonces comenzó a ver seres, dioses y diosas que la habían encarnado y se habían presentado a los hombres y mujeres del mundo para recibir sus ofrendas y sus plegarias

Y al fin una mujer. Una hermosa e inmensa mujer madura, con todas las huellas de su grandeza, de su sufrimiento y de su generosidad en su rostro. Con las huellas de la historia de su vida.

Y ella volvió a ser Yelina frente a ella, la Madre Tierra, que la acogió en su seno y le permitió integrarse a sí misma. Disolverse en su infinitud. Ser ella misma esa grandiosa Diosa Madre.

Hasta que un día despertó. Ya no sonaba el tambor ni el canto de su madre. Teresa estaba a su lado y la miraba con ternura.

-Sí, madre, ahora sí.

Y Teresa comprendió todo, había nacido una nueva mujer.

Un buen día Yelina retornó y Césare pareció despertar de su ensimismamiento.

-Estoy listo- dijo simplemente.

-Yo también- respondió ella.

-El sábado partimos.

Yelina miró a lo lejos, hacia el mar.

-Se viene una tormenta...

-Sí...- respondió Césare, sombrío.

El sábado amaneció gris y pesado. No había una gota de viento, y la densidad del aire hacía preveer la tormenta que se avecinaba.

Durante la noche, hacia el oeste, ramalazos de luz habían azotado de un lado a otro el horizonte.

-Hay olor a lluvia- mencionó Giovanni como al pasar mientras los jóvenes aprontaban sus cosas.

Cuando estuvieron listos se despidieron. Tan solo un abrazo, apretado y silencioso entre los cuatro.

Césare y Yelina se perdieron en el camino montaña abajo. Giovanni y Francesco los contemplaron en silencio.

Después de un rato, una figura oscura comenzó a divisarse en el camino, avanzando hacia ellos. Era Teresa.

Cuando llegó retomó el aliento y los miró a ambos. Los saludó sin proferir palabra, con un simple apretón de manos.

Y miró fijamente a Giovanni.

-Usted y yo tenemos que hablar- dijo -necesito ayuda.

Giovanni comprendió.

-Pase, Teresa, pase a tomar un café. Francesco, me calientas agua, por favor.

Y la condujo a la sala.

Ya sentados y habiendo finalizado el café, Teresa miró a Francesco.

-Puede hablar tranquila- le aclaró Giovanni, es mi ayudante.

Teresa comenzó a hablar mientras Francesco no cabía en sí de orgullo.

-Don Giovanni, se necesita una protección...

Giovanni asintió.

Teresa continuó hablando y ambos comenzaron a coordinar sus respectivos mundos, su comprensión del universo y de las fuerzas que lo gobernaban, para proporcionar a los jóvenes el más poderoso escudo que pudieran imaginar.

La proa de la barca cortaba suavemente el mar de color de plomo. El sonido de los remos entrando y saliendo del agua apenas se escuchaba, como suele suceder cuando se boga en un lago, o en una calma total.

Césare miró el cielo y volvió su vista hacia la costa ya un poco lejana. Ni un ave, ni una gaviota siquiera. Todas estaban en tierra, esperando el temporal.

Cuando se acercaron a la isla el mundo parecía haberse detenido en un pesado y amenazante silencio.

Yelina hizo una seña a Césare señalando hacia proa.

Césare asintió. El *Sigurd* se hallaba amarrado al muelle.

Atracaron y descendieron. Acomodaron las cuerdas y equipos, Césare ciño fuerte la espada en su cintura y comenzaron a caminar.

-¿A dónde?- preguntó Yelina.

-Allá, a la montaña, allí está todo- respondió Césare señalando la enorme y oscura aguja que se levantaba recortada en el cielo gris.

La tierra tembló suavemente.

-Todavía sigue el terremoto- dijo Césare tratando de no caer.

Yelina sonrió levemente. Todo andaba bien, muy bien.

-Gracias- musitó muy por lo bajo.

Comenzaron a caminar y una racha de viento los golpeó con violencia.

Césare miró el cielo cada vez más oscuro.

-Ya viene, ya viene la tormenta.

Una hora y media después, cuando llegaron al pie de la montaña, comenzaron a caer los primeros goterones y el viento arreciaba, ahora en forma más pareja.

Un terrible resplandor los iluminó y segundos después el mundo pareció explotar en un trueno.

Comenzaron el ascenso. Y comenzó la lluvia, densa, fría.

Césare se dio cuenta que todo había cambiado después del terremoto. El camino de ascenso estaba casi intransitable y en muchas partes había desaparecido. Y la angosta e interrumpida senda que recorrían pronto fue un lodazal.

Ahora la lluvia se había convertido en una verdadera cortina de agua que apenas los dejaba ver a un metro de distancia.

Para Yelina que era la primera vez que subía la montaña, la empresa le pareció prácticamente imposible.

-¡Tendríamos que esperar!- gritó para hacerse oír a través de la lluvia.

Césare pensó que era tanto o más difícil descender que continuar el ascenso, y allí no había lugar para esperar, estaban en plena pendiente; señaló un poco más arriba y continuó la marcha.

Las estribaciones de la montaña, si bien comenzaban algo abruptas, pronto se extendían en una suave planicie ascendente. Y allí pensaba llegar el joven para detenerse. Pero para ello debieron soportar peligrosos resbalones que fácilmente podrían haber acabado con sus vidas.

Césare ató firmemente una cuerda a la cintura de cada uno asegurándola con un mosquetón a los gruesos cinturones de cuero que portaban.

Al fin llegaron a la planicie y allí buscaron reparo bajo una saliente de la roca que Césare conocía bien.

Entraron y se sentaron, agitados, y se miraron sonrientes. La lluvia arreció aun más.

Era un ambiente extrañamente acogedor, el techo natural, la espesa cortina de agua que formaba un velo impenetrable delante de la saliente, y la húmeda oscuridad en que se hallaban, les confería una sensación de cobijo e intimidad sumamente placentera. Se apretaron uno contra otro para mitigar el frío de sus cuerpos empapados y sintieron el mutuo calor. Se sacaron los cinturones de cuero.

Césare pasó un brazo por los hombros de Yelina y se miraron al fondo de los ojos.

El instante fue eterno, fue una disolución y solución de almas.

Y se dieron el beso más maravilloso y dulce desde que se habían conocido. Fue eterno, embriagador, una experiencia que los arrancó del mundo y los arrojó a espacios brillantes y a profundidades misteriosas.

Y pronto la poderosa e inexorable naturaleza comenzó a exigir la liberación de las pasiones que habían brotado de lo profundo del instinto.

Fue un acto increíblemente natural, suave y dulce. Los jóvenes fueron llevados por impulsos tan antiguos como tuvieron el primer hombre y la primera mujer cuando la sabia maquinaria del cosmos decidió aumentar su complejidad al infinito, creando y procreando a la especie que la haría crecer.

Y la inexperiencia se abandonó a la sabiduría del instinto para culminar en un inmenso y hasta entonces desconocido placer que inmediatamente se sublimó en amor. Entonces, sin que ellos pudieran percibirlo conscientemente, sus almas comprendieron la energía que mueve los mundos superiores y su evolución espiritual dio un gigantesco paso adelante.

Cuando finalizaron, ya calmados y aun conmovidos, se abrazaron muy fuerte. Para ser en lo físico lo que sentían en sus almas. Eran uno. La más antigua iniciación de la vida se había consumado.

La lluvia comenzó a mermar. Se aprontaron y salieron.

Yelina, todavía emocionada y sorprendida, tanto de su compañero como de sí misma, le lanzaba miradas fugaces sin atreverse a hablar.

Césare la miraba sonriente aunque también él se sentía muy extraño.

Se detuvo, le tomó el rostro con ambas manos y la miró muy de cerca.



-Te quiero mucho. Para siempre- fue todo lo que dijo.

Ella sonrió y se sintió colmada de felicidad.

Césare la tomó de la mano.

-Vamos, nos espera un tesoro.

“Y un demonio”, pensó para sí.

El ascenso continuó, ahora difícil, riesgoso, lento. Agarrándose a la tierra, a las saliente de roca y sobre todo a los arbustos y pequeños árboles que crecían en la ladera y que más de una vez habían evitado la segura caída al vacío.

Avanzaban paso a paso, en una instancia tras otra, sabiendo que siempre estaban en constante peligro. Pero de alguna manera reconocían en cada paso, en cada escalón, en cada metro de ascenso, un avance, una pequeña victoria sobre el tiempo y sobre el espacio. Era como avanzar en la vida, de hito en hito, evitando o resolviendo peligros. Matando dragones y resolviendo laberintos, muriendo y naciendo en cada experiencia. Dominando la tierra y el agua. Y cuando miraban hacia abajo se sorprendían de su avance. Tal como sucede cuando se mira hacia el pasado personal. Tenían por delante un tesoro y un terrible conflicto, pero la montaña en sí misma constituía un desafío y una meta que no podían dejar de reconocer.

La lluvia había cesado y una calma extraña se cernía sobre la isla. Hasta que una fuerte racha de viento los azotó aullando y sacudiendo sus cuerpos.

Los jóvenes se pegaron a la pared de piedra y esperaron. La racha cesó.

Césare miró hacia el mar y vio cómo a lo lejos se formaban rizos blancos en las olas, mientras que una fina cortina blancuzca comenzaba a avanzar desde el horizonte.

-Viento. Viento fuerte- indicó.

Yelina miró y apretó los dientes.

Continuaron el trabajoso ascenso. Ahora la montaña estaba cada vez más pelada, y el barro había sido sustituido por la roca empapada y tan resbalosa como la tierra anterior. La vegetación se reducía a hierbas pequeñas a las cuales los jóvenes casi no podían recurrir.

Faltaba poco para la cima, pero ahora el viento soplaba de continuo y cada vez más fuerte con un rugido sordo, creciente.

Césare comprendió que debían hacer algo.

-¡Vamos a salir de esta ladera!- gritó para hacerse oír por encima del fragor.

Trabajosamente suspendieron el ascenso y comenzaron a rodear la montaña que a esa altura era bastante más fina.

Fue tan difícil como ascender, pero después de un rato comprobaron cómo la roca comenzaba a esconderlos del viento..

Cuando estuvieron al otro lado el peligro pasó. Césare suspiró y miró hacia arriba. Faltaba poco, muy poco, y ese lado de la montaña se presentaba más adecuado para ganar la cima.

Miró a Yelina que asintió sonriente.

Pero cuando la muchacha miró hacia el mar empalideció. Señaló con el brazo extendido en un mudo gesto de sorpresa y terror.

Césare miró y no lo pudo creer. Una oscura y fina columna ondulante se levantaba desde el mar y se ensanchaba a medida que ascendía. Era como una serpiente oscura y danzante que se movía al compás de la flauta de algún peligroso genio encantador. ¡Y avanzaba hacia ellos! -¡Una tromba marina!- gritó Césare alarmado -¡rápido, hacia la cima!

El muchacho conocía perfectamente esos peligrosos torbellinos que se aparecían al final y principios del verano, donde las diferencias de temperatura entre el mar y el aire daban lugar a su formación. Eran muy puntuales y de poca duración, pero podían desarrollar vientos de cientos de kilómetros por hora. Y si una barca en el mar tenía la mala suerte de estar en su camino, seguro que la engulliría con tremenda violencia y la levantaría decenas de metros para arrojarla destrozada mucho más adelante.

Si ese demonio meteorológico llegaba a la montaña seguramente los arrancaría de su flanco y los arrojaría en el mar.

Césare ajustó bien la espada en el cinto y los jóvenes treparon desesperadamente, rompiéndose las uñas en cada agarrón a la roca. Rasgando sus rodillas y golpéandose una y otra vez. Cayeron y se volvieron a levantar muchas veces, se ayudaron mutuamente tensando la cuerda que los unía cada vez que uno de ellos encontraba un punto firme donde poder auxiliar al otro.

Ya faltaba muy poco, pero la tromba comenzó a silbar a sus espaldas. Yelina giró la cabeza y la vio cerca, demasiado cerca. Ya no había dudas de que los iba a alcanzar.

-¡No mires, continúa subiendo!- le gritó Césare.

En un último y terrible esfuerzo ganaron la cima. Justo cuando la tromba alcanzó la base de la montaña y comenzó a enroscarse en ella. Césare y Yelina se pegaron a la tierra y se miraron.

Las ruinas del castillo y la tumba estaban muy cerca. Comenzaron a reptar en su dirección. Cuando llegaron, ya la fuerza del viento era insoportable, y no podían escucharse uno al otro ni mantenerse con los ojos abiertos. Miles y miles de piedras, piedritas y pedazos de madera los azotaban sin piedad.

Alcanzaron la tumba y buscaron refugio a uno u otro lado. Era inútil, el viento comenzaba a levantarlos del piso en pequeños pero crecientes empujones.

Yelina estaba de rodillas agarrada a un ángulo de la pared de la tumba.

Sin saber por qué, Césare pasó el extremo de la cuerda alrededor de la tumba y lo ató con un firme nudo marinero. Pero sabía que era inútil, el viento los azotaría contra la tumba y contra el suelo.

Entonces escuchó aquella extraña voz en su cabeza, una voz que lo acompañaría por siempre, en todas las instancias decisivas de su vida.

“Venciste a la tierra desde sus propias entrañas, venciste al agua dejándote fluir en su seno. Debes hacer lo mismo, no te resistas, sé el viento, sé el aire.”

Se sorprendió, pero no había tiempo para pensar. Se acercó a Yelina y gritó en su oído.

-¡Suelta todo, déjate llevar por el viento!

La muchacha lo miró con terror y se negó a abandonar su precario e inútil soporte.

-¡Suelta!- gritó Césare arrancando sus manos de la piedra y llevándola más lejos, todo lo que le permitía la cuerda.

Quedaron en el piso de tierra, sin tener donde agarrarse. Césare la miró y le sonrió. Se alejó los cinco metros que le permitió la cuerda y esperó. Yelina miró la sonrisa del muchacho y se tranquilizó un poco. Pero pronto su temor retornó. Ahora estaban alejados uno del otro y la tromba había envuelto completamente la montaña. El rugido era atronador. Solo atinó a proteger su cara de los elementos volantes y miró a Césare que, extrañamente, continuaba sonriendo.

De pronto vio cómo el muchacho comenzaba a levantarse lentamente en el aire, vio que no se resistía y que parecía muy tranquilo.

Pronto sintió que ella misma era arrancada de la tierra. Tomó la cuerda con ambas manos y esperó. Sus piernas se elevaron y ella quedó cabeza abajo, continuó ascendiendo hasta que la cuerda se lo permitió. Se dio cuenta que al no ofrecer resistencia, su cuerpo se adaptaba al torbellino y se movía tranquilo de un lado a otro en el aire. Maravillada comprendió que era casi como un juego al que simplemente había que abandonarse. La cuerda era gruesa y nueva, y aguantaba perfectamente la fuerza del viento.

Con un esfuerzo miró hacia Césare que estaba haciendo exactamente lo mismo. Y por encima de él, un infinito tubo de viento ascendía en el cielo. Estaban en medio de la tromba.

Césare la observaba flotando suavemente en el viento cinco metros por debajo de él. Y mucho más abajo, la tumba con la cuerda a su alrededor. Entonces experimentó aquella conocida paz que había sentido al morir en las entrañas de la tierra y también en aquella horrible serpiente de agua que lo llevó al exterior.

Ambos giraron suavemente alrededor de la tumba y comprendieron que la tromba se alejaba.

Muy lentamente, como si una mano gigante los sostuviera seguros, fueron descendiendo y sus cuerpos se depositaron con suavidad en el suelo.

Esperaron. El aullido disminuía.

Cuando pudieron erguirse la tromba ganaba nuevamente el mar alejándose de la isla.

Se desatron y se miraron, aun asombrados por lo vivido. Estaban agotados, y felices.

Pero el cielo continuaba negro sobre ellos.

Todavía se estaban recuperando cuando el mundo pareció estallar. Los jóvenes cayeron aturdidos por el fragor, se irguieron e instintivamente miraron hacia arriba. Un rayo había caído sobre la torre y el acre olor a azufre parecía inundarlo todo.

Las llamas ocasionadas por el fenómeno habían tomado cuerpo en los arbustos que rodeaban la torre y el humo dificultaba la visión.

Fue entonces cuando, desde adentro de esa maraña de humo y fuego, un cuerpo pareció tomar forma y erguirse desde la tierra: era Fafner.

.....  
Teresa supo que era el momento adecuado y que no podía esperar. Rápidamente vistió su ropa de ceremonia, se puso las guías al cuello y se sentó en el piso. Realizó una pequeña oración en voz baja y se persignó. Delante de ella extendió un paño violeta que rodeó con un collar especial y se concentró.

Sus ojos parecieron nublarse un tanto y su mirada se desenfocó. Con movimientos mecánicos tomó una bolsita que tenía atada en su cintura y comenzó a agitarla suavemente mientras musitaba por lo bajo invocando.

Muy despacio metió la mano en la bolsita y sacó lo que estaba adentro. Con ambas manos juntas agitó ese contenido que comenzó a sonar como si fueran piedras.

Abrió las manos y unos cuantos caracolitos<sup>8</sup> cayeron sobre el paño. Teresa los observó atentamente. Los recogió y los arrojó una vez más. Y una tercera.

-¡Ahora sí!-exclamó -¡Apareciste Ogun!

Entonces se puso de pie y quedó muy quieta. De pronto su cuerpo se arqueó quedando muy rígido y en seguida se dobló sobre su cintura. Sus brazos colgaban. Después de unos instantes se irguió un poco, colocó sus manos empuñadas a la altura de la cintura y los puños apuntando hacia la espalda y comenzó a oscilar con los ojos muy cerrados.

Pronto comenzó a girar sobre sí misma, cada vez más vertiginosamente sin abrir los ojos ni separar las manos de su cintura.

Luego comenzó a cantar en el antiguo idioma sagrado africano. Al principio en voz baja, pero luego su voz se elevó.

Continuó así, danzando velozmente y cantando por varios minutos hasta que se detuvo repentinamente, arqueada, en tensión como si hubiera recibido una descarga eléctrica. A continuación profirió un alarido y cayó exámine

Durante unos minutos Teresa perdió el sentido y tuvo visiones. Vio al antiguo dios africano erguirse delante de ella, lo vio tomar su espada y colocarse su armadura. Lo vio transformarse en un santo popular.

---

<sup>8</sup> Son *buzios*, los caracoles ceremoniales del Océano Índico que se usaban en eol Africa para las invocaciones y adivinación. En Sudamérica fueron sustituidos por otros muy similares.

Y lo vio partir volando en su caballo blanco.

Teresa se levantó lentamente, parecía agotada. Casi sin fuerzas tomó su cuchillo ceremonial, salió de su casa y se dirigió al corral, en el fondo. Varios animales de granja pastaban tranquilos.

Teresa los miró, seleccionó uno y allí mismo consumó la ofrenda regando la tierra generosamente con la sangre del animalito.

El santo que volaba cobró la energía ofrendada y se lanzó hacia su objetivo.

En su casa, Giovanni miró muy serio a Francesco que esperaba en tensión.

-Vamos, es hora- le dijo.

Ambos subieron la escalera y Giovanni abrió la puerta de su cuarto secreto.

Francesco quedó atónito con lo que vio. Era enorme, y claramente dividido. Hacia la derecha un altar y hacia la izquierda una mesa con infinitud de objetos. En el centro un caldero.

Giovanni encendió el brasero debajo del caldero, echó unas hierbas y una piedritas amarillas adentro, y pronto el suave y dulce aroma del incienso se expandió por la habitación.

A continuación se puso una túnica violeta, fue hacia el altar, se arrodilló y comenzó a orar. Estuvo así por varios minutos. Con Francesco muy quieto a su lado. El joven sabía muy bien cuando debía actuar y qué cosas debía alcanzarle y en qué momento. Giovanni lo había instruido cuidadosamente.

Cuando finalizó se irguió.

-Vamos, Francesco. Ahora, a trabajar.

Giovanni se dirigió a un círculo que estaba pintado en el suelo y que lucía una estrella de cinco puntas en su interior rodeada de varias inscripciones.

Una vez adentró realizó la oración de comienzo. Francesco le fue alcanzando los materiales correspondientes y Giovanni abrió el círculo astral hacia los cuatro puntos cardinales pronunciando con energía los nombres y las palabras de poder que había usado durante años en ese mismo lugar.

La atmósfera pareció cargarse y Francesco hubiera jurado que vio grandes estrellas azules arder brillantemente alrededor del círculo.

Ahora era Giovanni quien parecía echar fuego por sus ojos. Se quedó quieto, muy erguido, y comenzó a proferir extraños nombres.

Francesco, azorado, vio una bola de luz brillante que se encendía sobre la cabeza de Giovanni y comenzaba a descender lentamente por dentro de su cuerpo a medida que el anciano continuaba profiriendo nombres. Cuando llegó a sus pies, todo él brillaba dentro de un huevo de luz.

Era el momento de actuar. Giovanni pronunció un nombre extraño en voz muy alta. Francesco sabía que esa palabra era secreta y no debía revelarla jamás a nadie. Y sabía que era el momento de alcanzarle la gran espada que estaba sobre la mesa.

Giovanni con la mirada hacia el infinito la tomó y la empuñó firmemente con ambas manos, la punta hacia arriba.

Cerró los ojos y comenzó nuevamente a proferir nombres extraños.

Giovanni perdió el sentido de espacio y tiempo. Comenzó a ascender por ese mundo que conocía tan bien. Visitando cada aspecto de Dios, invocando a cada criatura celeste que consideraba necesaria.

Llegó por fin al ámbito del sol brillante y de allí tomó el sendero de la izquierda. Lo recorrió lentamente hasta que apareció la divinidad. Enorme, difusa, infinita. De un rojo brillante. La imagen de un rey en su carro de combate se formó en su mente y Giovanni confirmó que estaba en el lugar correcto y que su mente no interfería.

Allí invocó a la divinidad, oró y pidió, en nombre de todos los diez aspectos de Dios. En nombre de las criaturas celestes que realizaban Su Obra.

Un enorme escudo de hierro y una lanza aparecieron frente a su vista astral y supo que había sido escuchado. Pero Giovanni conocía perfectamente los equilibrios del universo, sabía que toda creación necesita de dos aspectos. Y sabía que no existe justicia sin misericordia.

Entonces no volvió por el mismo lugar, giró por el sendero directo a su derecha y avanzó. Hasta que vio a El. Enorme, magnífico, sonriente y vestido de azul. Era él, el Gran Arquitecto, el Padre creador. Giovanni invocó la misericordia que equilibra y limita la violencia. Cuando supo que fue escuchado emprendió el descenso. Hacia abajo, a la izquierda, directo hacia el sol brillante que es hijo del equilibrio anterior. Precisamente el hijo redentor. El Hijo del

Hombre que busca hacer nacer todo ser humano en su mundo espiritual. Allí se detuvo para orar una vez más. Agradeció. Y descendió por donde había venido. Consumando la idea en el fondo del Cáliz y precipitándolo en el seno de la Obra para que se haga realidad.

Estaba hecho. Cerró el ámbito con la ceremonia correspondiente. Y sintió que despertaba una vez más en la tierra.

Francesco lo observaba con la boca abierta.

-¡Abuelo, vi cosas, muchas cosas maravillosas!- atinó a decir.

Giovanni le sonrió.

-Es un mundo que un día has de visitar, Francesco.

.....  
Apenas Fafner apareció ante ellos Césare apretó la empuñadura de la espada.

Fafner lo miró y sonrió.

-Veo que has encontrado tu espada. Y tu anillo- agregó -por lo tanto falta el tesoro.

Césare no le repondió. Fafner volvió su mirada hacia Yelina.

-¡Vaya, vaya. También tú has iniciado La Obra!

Yelina lo miró muy fijamente sin articular palabra.

Fafner lanzó una carcajada.

-Entonces al fin, el viejo les contó la historia...

Por unos instantes pareció divertirse, luego fue quedando serio. Y al fin la rabia y el odio dominaron su expresión. Por un momento a Césare le pareció que los ojos del monstruo brillaban en un llanto incipiente. Pero cuando Fafner levantó la vista solo vio el brillo del odio acumulado y del rencor.

-Las cosas no son como se las dijeron- dijo con voz sorda.

-Tú mataste a mis padres- dijo Césare con voz helada,

Fafner no respondió.

-Tú no entiendes nada- le respondió secamente. Y continuó.

-¿Sabes lo que es nacer del fuego? ¿Sabes lo que es no ser nada, ser algo sin sentido? ¿Sabes lo que se siente al ser despreciado por tus padres, por quienes te dieron la vida? ¡Yo no pedí nacer!- gritó.

Y continuó

-¿Sabes lo que se siente al ser rechazado mil veces por cuanta persona conoces?



Fafner se encendía de cólera a medida que hablaba y su recuerdo tomaba cuenta de él. Su mirada era terrible, y Yelina hubiera jurado que todo su cuerpo humeaba.

-¿Sabes lo que es no ser un humano entre humanos? ¡No ser nada, ni siquiera un animal! Ser apenas una criatura elemental... Vagué por toda Europa, pude esconderme mejor durante la guerra. Busqué padres... y fui rechazado siempre. Terminé durmiendo en los cementerios. Leí mucho para saber de mi, para encontrarme, busqué mi lugar en el mundo y en la historia. Y encontré ésta que me gustó. Por eso decidí ser un dragón, por cómo fue mi nacimiento.

Césare no se movió, pero muy dentro suyo pareció dudar.

-Pero me aterrizabas.

Fafner sacudió la cabeza.

-Yo quería jugar, y tú te asustabas...- dijo casi desesperado.

Y continuó.

-Al final lo acepté, yo soy hijo del fuego. ¡Y voy a tener un destino, un lugar entre los humanos, un lugar en la historia y en la leyenda! ¿Es mucho pedir...?

-Pero los mataste...

Fafner parecía cada vez más colérico.

-¡Si!- estalló -¡los maté, sí! Porque ellos quisieron matarme a mi, me mataron a patadas, me despreciaron. ¡Y tu padre...! -Fafner dudó -mi padre..., ¡mi padre, me prendió fuego!- gritó desesperado.

Se interrumpió, parecía a punto de llorar. Pero se recompuso.

-¡Já, ese fue su error!- dijo con ironía.

Césare apretó los dientes.

-Escucha Césare. Tú eres mi hermano, tú me debes ayudar en esto. Te busqué, te esperé. Tú me debes matar, tu propia sangre, la de tus padres me creó. Ese mismo linaje me debe matar, se debe completar lo iniciado. Debo morir en tus manos, como he muerto por la espada de Sigfrido miles de veces. Es lo único que te pido. Luchemos y trata de vencer, ¡por favor te lo pido, quiero morir en forma coherente, heroica, no como una aberración! Quiero morir como un dragón. ¡Ya no aguanto más el vivir así!- casi sollozó.

Césare se sintió confuso, conmovido a pesar de su ira y de su deseo de venganza. Sintió que dudaba, que pasiones contrapuestas luchaban dentro de él.

-¡No lo escuches, Césare, no lo escuches- gritó Yelina viéndolo dudar.

Fafner la miró con odio.

Césare sabía que el conflicto era inevitable. Pero preguntó:

-¿Y si no lo hago?

-Si no lo haces, te destruiré, a ti y a ella.

Y con un rápido gesto de su mano hizo brotar una llamarada en el tobillo de la muchacha.

Yelina gritaba aterrorizada mientras miraba su pie ardiendo.

Césare se apresuró a ayudarla, extinguió las llamas como pudo y vio la terrible quemadura que abarcaba el tobillo y todo el pie. Yelina no paraba de llorar por el dolor y por la desesperación ante el drama que se cernía sobre ellos. Y no podía hacer otra cosa que permanecer allí, sin moverse a causa de su pie horriblemente quemado.

Césare ya no pensó más, se llenó de una rabia y un odio infinitos hacia esa horrible criatura. Y la energía de ese odio lo elevó permitiendo entrar en él poderosas energías que se precipitaban desde mundos desconocidos.

Césare sintió que se transformaba, que encarnaba a un guerrero, a los guerreros de todos los tiempos que habían luchado por su dama y, como consecuencia, por su propia alma.

Se volvió hacia Fafner y se dispuso a atacar. Fafner lo miró y lo reconoció.

-¡Al fin!- exclamó – Al fin te encuentro enemigo mio.

Y con una sonrisa agregó

-Si me matas, te quedas con mi barca.

-Si me matas, respétala a ella.

-No- fue la seca y dura respuesta.

Y comenzó el combate.

Césare empuñó la espada con ambas manos y se plantó firme, con las piernas abiertas y la cabeza entre los hombros.

Fafner sacó su brazo mutilado del cual brotó una larga y gruesa uña. Fuerte como un cuerno, afilada como una navaja y dura como el acero.

Césare y Yelina miraron asombrados aquella terrible arma.

Fafner largó una carcajada.

-La realidad no es siempre lo que parece- dijo en tono burlón. Y agregó –Como ves, no será necesario usar el fuego. Lucharemos en las mismas condiciones.

Comenzaron a girar lentamente y a medir el espacio entre ambos, esperando la distancia justa y el punto adecuado para descargar el golpe.

Saltaron simultáneamente uno sobre el otro. Se escuchó el choque del hierro contra la uña y las chispas saltaron. Césare gritó.

Se separaron. Césare lucía un profundo tajo en su mejilla y Fafner en su hombro derecho.

-¡Si, si, al fin!- decía Fafner en voz baja y con una mezcla de alivio y placer.

Una finta, otra, y una nueva descarga de golpes.

Ahora Césare llevó la peor parte con un fuerte tajo en su brazo derecho que le impedía tomar la espada con ambas manos. Su brazo colgó, exámine.

Fafner lanzó una carcajada al ver cómo manaba la sangre de su enemigo y cómo jadeaba.

Como un rayo Fafner lanzó un golpe que le hirió la pierna izquierda. Dávide cayó semiarrodillado, irguiéndose solo en la pierna derecha. Yelina gritó.

Fafner se acercó lentamente. Césare intentó levantar la espada con la mano izquierda pero la criatura le hizo un tajo en la muñeca y la espada cayó a los pies del muchacho.

Fafner colocó la gigantesca uña bajo el mentón de Césare.

-Lastima- dijo -habías comenzado bien. Ahora voy a tener que buscar otro.

Le levantó la cabeza con la uña para dar el golpe final en el cuello. Pero había algo extraño en todo ello. Césare no tenía miedo, ¡sonreía! Fafner por un momento quedó desconcertado. Pero pronto comprendió todo cuando sintió el hierro que penetraba por su vientre y ascendía por su cuerpo, destrozándolo.

Césare había tomado la espada con su mano derecha y la había enterrado en el vientre de la criatura. Y no dejaba de sonreír.

Demasiado tarde, Fafner comprendió que aquel brazo inútil no era tal, mientras Césare decía en su oído:

-La realidad no es siempre lo que parece... hermano.

Césare retorció la espada en su interior y la extrajo lentamente.

Fafner sintió que la energía escapaba rápidamente de su cuerpo al tiempo que un líquido oscuro manaba de la herida de su vientre. Cayó de rodillas y bajó la cabeza. Todo llegaba a su fin. Y en forma heroica. Su vida no había sido inútil.

Su cuello quedó expuesto para el acto final. Pero debía provocarlo, debía encender el fuego en su ejecutor. En su hermano.

-Hazlo- dijo con voz ronca -hazlo, como lo hice con tus padres. Y lanzó una carcajada ronca y feroz.

-¡Yo vi arder a tu padre y a tu madre! ¡Los vi abrazarse en su último momento! ¡Escuché a tu padre pedir perdón a tu madre! Y a ella musitar tu nombre mientras su cuerpo ardía. Después gritaban al unísono y su sufrimiento me hizo feliz, muy feliz. ¡Hasta que quedaron convertidos en un amasijo de carna quemada!

Y volvió a reír con ferocidad.

-¡Mata, mata, tú sabes que en tu interior eres un animal! ¿Recuerdas? ¡Cumple con tu naturaleza! ¡Cumple con la leyenda! ¡Mata!

Césare no podía creer la inmensa furia y el odio que sentía. Un fuego abrasador lo inundó y un salvaje alarido brotó de su boca.

Yelina lo miraba horrorizada. La cara del joven era de un salvajismo inaudito. Se parecía a... ¡Se parecía a Fafner!

Césare levantó la espada para el golpe final. Iba a decapitar a aquel monstruo que lo había inundado de odio. Iba a cortar la cabeza del dragón.

-¡Césare!- gritó Yelina asustada al ver la terrible transformación del muchacho.

Tal vez fue el grito de Yelina. Tal vez fue otra cosa. Pero una pequeña ventana se abrió en la mente de Césare. Lo suficientemente grande para que aquella voz se hiciera sentir nuevamente.

“No luches con el fuego. Sé el fuego.”

El impulso de la voz había sido potente. Césare se detuvo, confundido, sintiendo cómo aquel odio se transformaba en un fuego interior diferente, que lo recorría y lo transformaba en algo que no podía describir. Se sintió lleno de luz. Sin saberlo, había completado su iniciación.

De pronto pudo pensar. Y vio a su enemigo como un pobre y desgraciado ser en busca de un lugar en el mundo, en busca de cariño y aceptación. En busca de un hermano. Solo había pedido amor toda su vida. Y el rechazo había provocado la reacción de su naturaleza. Pero al fin era tan solo una criatura más, sola, incomprendida, como tantas otras. Como se había sentido él mismo años atrás.

Césare con un suspiro bajó la espada.

-Basta Fafner, basta de muertes. Empieza tu vida de nuevo, puedes hacerlo- dijo sintiéndose repentinamente muy cansado. Y se volvió hacia Yelina.

Le iba a hablar cuando vio la cara de terror de la muchacha que miraba a su espalda.

Se volvió rápidamente y vio a Fafner que, con un resto de energía generado por la ira ante la actitud del joven, había formado una bola de fuego en su mano y comenzaba a levantar el brazo hacia él. Y Césare estaba demasiado lejos como para atacarlo.

-¡Nooo!- gritó Yelina al tiempo que clavaba sus manos en la tierra.

El mundo se detuvo. Y la tierra tembló. Fue un solo movimiento, corto, violento.

Césare cayó por tierra y se escuchó un tremendo crujido.

Todos miraron hacia arriba. La torre se había partido. La parte superior osciló unos instantes y se precipitó.

Fafner lanzó un tremendo alarido que se interrumpió bruscamente cuando la enorme estatua del pelícano le aplastó la cabeza.

Después fue el silencio y la calma. El ruido del mar y alguna gaviota que volaba en lo alto. El cielo se despejaba.

Todo había terminado.

Césare se acercó a Yelina caminando con mucha dificultad. La abrazó. Así permanecieron por un tiempo que no conocieron, sin atreverse a hablar.

Después, con mucho esfuerzo, Césare arrastró el cuerpo de Fafner y lo arrojó por el acantilado. Quedó mirando la caída que parecía eterna golpeando de roca en roca y girando como un horrendo monigote. Hasta que se estrelló contra el agua. Y después de unos instantes se hundió.

Césare volvió a Yelina que lloraba por el dolor de su herida y por el efecto de la terrible tensión liberada.

Se sentó a su lado y le preguntó:

-¿Fuiste tú? La tierra..., digo...

-Sí, creo. En realidad no lo sé.

Césare asintió con la cabeza.

-Gracias- dijo después de unos instantes.

Ella lo abrazó muy fuerte.

Césare vio algo raro en la tumba del caballero.

El último temblor había corrido la pesada tapa dejándola abierta. Un tenue resplandor salía de adentro.

-Vamos- dijo, y ambos se arrastraron hacia la tumba trabajosamente.

Al llegar se irguieron y miraron a su interior.

No podían creer lo que veían, era algo indescriptible, mágico.

Quedaron contemplando aquella maravilla mientras el resplandor bañaba sus rostros y sus heridas iban sanando una a una.

## EPÍLOGO

### FRANCESCO

-Nunca quiso hablar de eso que vió, pero podría imaginármelo-concluyó Franco.

No sé cuántas horas habían pasado. La lluvia había cesado, los truenos se sentían tan apagados que parecían un recuerdo lejano y el perro dormía plácidamente al calor de los rescoldos.

Habíamos terminado la comida hacía ya mucho rato y la habíamos asentado con un *limoncello*<sup>9</sup> casero deliciosamente helado.

No sabía qué pensar, el relato me sonaba tan fantástico que...

Pero aun tenía alguna pregunta sobre lo que habíamos hablado antes de comenzar el relato en sí.

-Disculpe don Franco- había decidido llamarlo así, porque es la usanza en Italia para con las personas a las que se les debe respeto – pero todo esto, ¿qué tiene que ver con lo que hablamos al principio, con aquello de “algo a ser descubierto”, con lo del Cristo velado?

-Lo que te he contado es una historia de transformación, de descubierta dentro de sí mismo, aunque los combates sean externos, o pertenezcan a otros mundos u otras dimensiones.

La respuesta contenía demasiadas cosas, decidí centrarme en mi pregunta.

-Pero entonces Césare no mató al último dragón. Luchó con la tierra, con el agua y con el aire, pero no mató al último.

Franco me miró sonriente.

-Te equivocas, el último dragón se encontraba muy escondido, dentro de él mismo. Era el fuego de sus pasiones, de su ira, de su deseo de venganza, de su rencor. Ese era el dragón a vencer, ese tenía que ser cambiado por otro fuego más puro que completara el proceso de Césare. Y lo hizo, cuando renunció a su venganza toda esa energía se trasmutó, y pasó a ser dueño de sí mismo.

Lo miré unos instantes, todo eso estaba siendo demasiado para mí.

Y él continuó.

-En ese momento Césare terminó de formarse, había vuelto a nacer completamente. Había finalmente develado lo que se encuentra en el

---

<sup>9</sup> Bebida tradicional de la Región de la Campania.

corazón de todo ser humano: la posibilidad de convertirse en un ser superior. Ese es el Cristo Interior que debe ser develado. Muchos llaman a eso La Iniciación.

Yo seguía sin poder digerir todo eso, solamente escuchaba.

Franco lo comprendió.

-Pero no te preocupes, todo esto lo irás asimilando a lo largo de los años. Ahora debías solamente enterarte.

-¿Y eso de los otros mundos, de la materialización de los mitos?

-No tiene explicación dentro de la lógica ni de la ciencia. Hay que vivirlo.

No sabía qué decir ni qué hacer. ¿Y mi investigación? Parecía haberse transformado en una hermosa y extraña historia de aventuras fantásticas. ¿Me tendría que conformar con eso?

De pronto encontré uno de los eslabones que me faltaban.

-Disculpe, pero ¿cómo puedo saber que todo esto es verdad, quién se lo contó?

Franco lanzó un suspiro, se levantó e hizo señas de que lo siguiera. Ascendimos las escaleras y desembocamos en una puerta del piso de arriba.

Franco abrió y me hizo un gesto para que entrara.

De inmediato me inundó un suave y agradable olor a incienso. Entré.

No podía creer lo que estaba viendo.

A mi derecha un altar repleto de objetos simbólicos, de escrituras e inscripciones en varios idiomas. Un cráneo en el piso y un manto azul cubriendo el altar. Letras hebreas, pinturas con hermosos dibujos de sol y de la luna, hombres y mujeres extraños, serpientes que se devoraban a si mismas, árboles que clavaban sus raíces en el cielo y sus ramas en la tierra, seres fantásticos, grabados con dioses egipcios, frases en latín. En fin, de todo. Y ningún símbolo de una religión en particular. O si se piensa de otra forma, repleto de símbolos de todas las religiones.

Y a la izquierda una mesa con varios objetos, una copa, una daga, una vara nudosa, un cículo de madera pintado de amarillo, incienso, pequeñas vasijas. Y más allá, un hermoso soporte mantenía enhiesta una imponente espada ceremonial frente a un círculo en el piso con una estrella de cinco puntas en su interior.

Comprendí que me encontraba en un lugar que pocos han visitado en su vida: estaba en el laboratorio de un alquimista.

Las ideas se atropellaron en mi mente.

¡Estaba en el laboratorio de Giovanni! ¡Y en la casa de Giovanni!

Y el viejo que me miraba sonriente era... era...

-¡Usted es Francesco!- casi grité.

Lanzó una carcajada.

-Si, todos me dicen Franco desde hace mucho tiempo. Puedes continuar llamándome así. Francesco fue hace años, muchos años. Giovanni me dejó todo esto cuando partió, nadie sabe a dónde. Cuando completó mi enseñanza consideró que su deuda con el mundo estaba saldada y se fue. Tenía muchos amigos por otros países. Y yo me sigo conectando con los descendientes de esa gente- dijo señalando los equipos de comunicaciones y el PC.

-¿Murió?- pregunté y de inmediato me sentí un estúpido al pensar en los años pasados. Sin embargo la respuesta me desconcertó.

-No, no lo creo.

-Pero...

-Algún día lo entenderás. O no.

-¿Y Teresa?

-Se fue para América. Nunca más supe de ella.

Me di cuenta de que estaba postergando una pregunta, tal vez por temor a la respuesta. Y continué desviando el punto.

-¿Usted aprendió todo eso?

-Sí, Giovanni fue un excelente maestro. Aunque eso se puede aprender viviendo. Como lo hicieron Césare y Yelina. La isla fue su atañor- dijo en tono muy bajo y pensativo. Y continuó.

-O se aprende el Arte, o se reconocen los símbolos del Arte en la vida misma, y se hace de la vida el Arte en sí. Aunque en este caso puede ser mucho más duro y peligroso. Están los alquimistas de laboratorio y están los alquimistas de la vida.

Salimos del cuarto. Me sentía aturdido. Y para peor, sabía que debía irme. Que todo me había sido dicho y no se me iba a explicar nada más. La mirada de Franco así me lo hacía entender.

-Tienes mucha cosa que resolver- me dijo poniendo su mano protectora en mi hombro.

Asentí. Pero tenía un par de preguntas más.



-¿Porqué me ha contado todo esto?

-Porque llegaste en una Navidad, porque viste un Cristo velado que te conmovió, porque estás buscando y las causas te trajeron acá.

No podía negar nada de eso.

-Y porque un cuervo te sobrevoló cuando habías llegado.

-Un cuervo- sí, recordé perfectamente el hecho -¿y eso qué tiene qué ver?

-El cuervo es uno de los símbolos del comienzo de la Obra de transformación.

-Quiere decir que yo...

No respondió, solamente levantó las cejas y apretó los labios. Sí, dependía de mí.

Y al final me atreví a hacer la pregunta.

-¿Y César, y Yelina, qué fue de sus vidas?

El anciano suspiró.

-Es difícil, es muy difícil de explicar. Si tienes suerte encontrarás la explicación en el puerto. Yo no te digo más.

Era una despedida. No supe qué decir o hacer. Tan solo le tendí la mano vacilante.

-Gracias... por todo.

Me sonrió con amabilidad y me estrechó muy fuerte la mano.

Sin saber por qué lo hacía lo abracé. Me sentía muy raro.

Comencé a bajar la montaña sintiéndome una criatura muy diferente de la que había subido el día anterior. En ese momento me di cuenta de que había transcurrido toda una noche y parte de la mañana.

“No se puede creer..., estas cosas suceden en las novelas.”

Llegué al pueblo cerca del mediodía. No hacía frío. El pueblo era la misma cosa, aunque la vida era diferente.

Necesitaba un asidero material. Entré en el restorán de la plaza y pedí *spaghetti al vongole* y vino tinto, la mejor forma de disfrutar de los sentidos.

Comí despacio, pensando.

Tenía mucha cosa por delante. Mi cabeza parecía girar en un torbellino de cosas.

La fuerza de los mitos... Había leyes, causas, cosas muy grandes en esa gigantesca mecánica del universo. Y había una Voluntad.

La evolución humana era mucho más compleja de lo que enseñaba la antropología.

Sin embargo, no pude evitar pensar que lo único cierto es que todo eso era una historia. Lo único material del relato era el laboratorio del alquimista... que un anciano de la montaña decía que había pertenecido a un hombre que...

Demasiado débil. Mi mentalidad científica luchaba contra la maravilla de la fantasía. E iba ganando.

Con el café me sentí mucho más en este mundo.

Preguntaría un poco más, tal vez lograra saber la historia del castillo y de la isla. Y lo que me había contado el viejo Franco... ¿Francesco? No, Franco. Lo que me había contado, tal vez me serviría para una novela o un cuento corto. Había mucha enseñanza esotérica interesante en todo eso.

Me sentía mejor. Pagué y me dirigí al puerto a ver qué podía averiguar.

Cuando llegué respiré profundamente el aire de mar.

Me encontré con los consabidos pesqueros, las gaviotas que revoloteaban buscando su parte y los hombres de manos curtidas que arreglaban y limpiaban redes.

Miré hacia lo alto buscando una gaviota que se empeñara en aprender los secretos del vuelo en lugar de preocuparse por el alimento. Nada, todas querían comer.

El puerto estaba igual. Casi igual.

La nota diferente era una hermosa goleta de dos mástiles y casco de madera. El casco era de líneas finas y elegantes. Y lucía muy marinera, apta para todo tipo de condición de mar. Era uno de esos barcos que dan ganas de ser marino. Aunque esto implica mucho más que una bella nave. Todo parecía relucir a bordo, los bronceos lustrados brillaban y la madera de teca de la cubierta lucía impecable a pesar de alguna mancha de sal. Un hombre trabajaba en cubierta adujando el velámen. Se veía que había llegado recién.

Me acerqué a contemplar mejor la belleza de la nave y los detalles de su estructura.

Tenía bandera italiana...

Y se llamaba... "Los cuatro dragones". Aquello era demasiado, demasiado casual.

El hombre de abordaje reparó en mí y me miró con expresión interrogante.

-¿Que desea señor?- me preguntó con amabilidad.

Era un hombre de poco más de treinta años, fuerte, de pelo oscuro y algo largo. Quemado por el sol y la sal de muchos días de mar. Sus ojos eran oscuros y su mirar penetrante.

-Nada... es que... me gustó mucho su barco.

El hombre sonrió. Era una persona muy agradable.

-Sí, a todos les gusta. Es una nave clásica, y ya no se construyen así.

-Y me llamó la atención el nombre- no pude evitar de decir.

En ese momento subió a cubierta una mujer. Hermosa, sumamente hermosa, un poco menor que él, tal vez; de piel suavemente morena y ojos color miel, con una abundante cabellera rizada que...

“No puede ser...”

-Yelina, al señor le llamó la atención el nombre del barco- dijo el hombre dirigiéndose a la recién llegada.

Sentí que mi cabeza giraba, que me descomponía.

Ella lo tomó del brazo cariñosamente y me sonrió con dulzura.

-Es una larga historia, señor. Pero hemos decidido mantenerla en secreto. Espero que nos disculpe...

Recuerdo que hice un gesto vago con la mano y me volví, no podía soportar la evidencia viva de...

-¡Señor, señor, disculpe pero...!- me decía el hombre mientras me alejaba.

-Déjalo, Césare, tal vez no entiende bien la lengua- fue lo último que alcancé a oír.

Caminé y caminé, di mil vueltas. Encontré mi auto y me alejé de ese lugar manejando en estado casi hipnótico.

Sí, Césare y Yelina habían encontrado mucho más que un tesoro en aquella tumba en la cima de la montaña.

Temí dejarme atrapar por el torbellino de pensamientos y preguntas. Necesitaba tiempo, tiempo para pensar. Pero sabía que ya no quería investigar nada más acerca de la Isla de los Pájaros.

¿Qué me esperaba de aquí en más, después de haberme enterado de esta historia?

¿Aceptarla? O negarla de plano y sepultarla en los requerimientos de la vida diaria.

Que iba a suceder si la aceptaba no lo sé. Pero seguro me esperaba un descenso a los infiernos y una lucha con dragones en alguna isla extraña.

Lo que no sabía era la forma en que la vida me iba a hacer vivir todo eso.

¿Me iba a entregar a ese Orden grandioso?

O tal vez la negaba, olvidaba todo y seguía inmerso en el despiadado azar de la vida.

Eso es personal de cada uno.

**FIN**

## **ANEXO**

### **CLAVES PARA EL ANÁLISIS Y COMENTARIO DEL RELATO**

- El relator llega un 24 de diciembre. Solsticio de invierno en el hemisferio norte, nacimiento del Sol, los días comienzan a ser más largos. Y todo el significado del nacimiento de Jesús y de la Navidad. El relato anuncia algo que comienza
- Un cuervo lo revolotea. El cuervo significa el Nigredo, el comienzo de la Obra al Negro para el relator.
- Incidente en la iglesia con el cuadro. Césare anticipa su identificación con San Giorgio y la lucha con el dragón. Y con la sangre del dragón.
- El cuervo sobrevuela a Césare cuando ve por primera vez a Fanfer. Es el comienzo de la transformación alquímica de Césare que ha venido siendo anunciada por sus sueños y por el incidente del cuadro.
- La cadena con la medalla que le regala Yelina, es otro hito de su identificación con San Jorge.
- El conflicto de Fanfer y Yelina cuando se encuentran, que se resuelve al final cuando él la hiere en el tobillo y ella en la cabeza (ver Génesis 3:15). Esto identifica a Fanfer con el demonio, en este caso con el adversario a vencer.
- Yelina, hija de la Tierra, en polaridad con Césare, finalmente hijo del Fuego.
- La cueva es El Laberinto que se debe recorrer hasta llegar a su centro donde se vence a la bestia.
- El cordón que lo conecta con Yelina es el hilo de Ariana, significando que Césare es el héroe y Yelina quien lo ayuda en

su empresa. El hecho que el cordón físico se rompa no impide la ayuda a través del cordón espiritual cuando la muchacha provoca el movimiento de tierra que le permite encontrar al segundo dragón, el agua, y la salida del laberinto a través de él.

- El avance incierto en la oscuridad de la caverna equivale a la Noche Oscura del Alma. Una terrible circunstancia iniciática que se da una o más veces en la vida de todos y que, según San Juan de la Cruz quien fue que la describió, es necesaria para la purificación y encuentro con Dios. Es una instancia donde no se puede hacer otra cosa que tener fe y seguir avanzando. Para más información leer San Juan de la Cruz: “La noche oscura del alma”.
- Encuentro con el cadáver del pescador que se decía el rey de la isla. Es el Rey Pescador. Personaje de la Leyenda del Santo Grial. Encontrar al Rey Pescador en la isla anticipa lo que será el final de la aventura.
- Encuentro con los enanos, los Nibelungos, y el anillo. Significan que César estaba viviendo la leyenda de Sigfrido. Se sugiere leer y comentar.
- Descenso al mundo de los muertos, igual que tantos otros héroes como Hércules, Ulises, Eneas, etc. Se vive para tener la experiencia de la muerte y experimentar revelaciones o anticipaciones. Identifica a César con todos los héroes mitológicos que buscaban su renacer.
- El rey del inframundo, Hades, le entrega la espada que usará para la lucha en el laberinto. La entrega de la espada es un hito importante de la recorrida del Laberinto donde el héroe la recibe para poder luchar contra los dragones. La espada tiene mucho más significados que se pueden investigar y comentar.
- Dragón de tierra. Cortar su cabeza, extraer el corazón y bañarse con su sangre. Es el primer dragón que se debe vencer en el recorrido iniciático, y para ello se debe cortar su cabeza. El baño

con su sangre, como hizo Sigfrido, confiere la inmortalidad. Es un rito realizado casi instintivamente por todo guerrero al vencer a un adversario poderoso.

- El dragón se vuelve blanco, fin del Nigredo, la Obra al negro y comienzo del Albedo, la Obra al Blanco.
- La serpiente de agua, el segundo dragón a vencer para completar el Albedo. Pero ahora el héroe lo vence desde adentro, identificándose con él, conociéndolo y dominándolo. Como se debe hacer con todas nuestras impurezas.
- El pelícano, en el anillo y en la torre. Como en la leyenda de Sigfrido, el anillo lo lleva al tesoro. Y en el anillo hay un pelícano, ave que significa el final de la Gran Obra.
- Dávide es el buscador de emociones insastifecho, el buscador espiritual osado y un tanto imprudente. Es su acción la que pautó el comienzo del drama.
- El ritual de Osiris en el espacio y tiempo sagrados recrea una energía antigua. Dávide y Adriana en la misma circunstancia no pueden dejar de sintonizarse con eso y allí se precipita todo, el egregor (explicar) hace presa de ellos y Césaré quedará determinado por esto. Deberá experimentar el morir y el nacer, y por consiguiente será protagonista de los mitos de San Jorge y Sigfrido, cosa que le será anunciada desde muy pequeño.
- La Queimada existe... cuidado...
- Fanfer, la salamandra, un elemental de fuego. Así como cada uno de los otros elementos -tierra, agua y aire-, tiene los suyos. Fanfer es un ser que adquiere una parte de humanidad y como toda criatura busca su destino en la tierra. Un ser poderoso que se mueve entre mundos diferentes. Pero como todo ser vivo, necesita ser aceptado y reconocido...  
El agua puede neutralizarlo a veces, como el agua neutraliza al fuego.

- Adriana propone aceptar a Fanfer, ¿por qué? El instinto maternal y la responsabilidad por lo creado.
- La montaña, uno de los símbolos de la tercera fase de la iniciación alquímica llamada Citrinitas. Esta fase equivale también al viento de la tromba, corresponde al elemento aire. Es el tercer dragón.
- “La Voz”, un hito importante en el proceso iniciático. El Maestro Interno, el Yo Superior, El Angel Guardián, o lo que se quiera significar o sentir.
- Teresa vive su espiritualidad en el sincretismo (analizar el término) de lo afro, lo indígena y lo católico, algo muy común en toda Sudamérica. Ese sincretismo la lleva a usar tanto los *buzios* como el tarot o la ayahuasca, o a invocar e incorporar, a Ogún o San Jorge y a persignarse antes de realizar un ritual africano.
- Giovanni opera un laboratorio alquimista, lo cual se ve claramente por la disposición de los objetos y su ordenamiento, y por la secuencia que establece Giovanni donde realiza la oración y el trabajo. El *ora et labora* de los alquimistas. Después realiza una ceremonia de neto contenido mágico-cabalista donde recorre varios aspectos del Arbol de la Vida.
- Fafner dice: “Si me matas te quedas con mi barca”, significa: serás Sigurd, (o Sigfrido), y cumplirás con tu leyenda y la mía.
- Cuando César renuncia a su venganza, transmuta el fuego de su odio y rabia en un Fuego Interior que lo purifica y así completa su Obra al Rojo. Venció al dragón de fuego que estaba dentro de él, se venció a sí mismo.
- Y el pelícano consume la obra en todo sentido. El significado del Pelícano es la del ave que destruye a su propio cuerpo para dar de comer a sus hijos su carne y su sangre. Significando el morir a sí mismo para renacer en sus hijos, morir para dejar nacer lo

nuevo desde dentro de sí mismo. El Hijo del Hombre, que mencionaba Jesús, que también decía que para poder nacer antes debes morir. La Muerte Iniciática. Como lo experimentó Césare y todos aquellos que siguen el Camino.

- Y Yelina lo hiere en la cabeza como Fafner la hirió en el calcañar (tobillo).
- La luz desde el interior de la tumba. El renacer, el encuentro con el tesoro, que bien puede ser el Santo Grial (recordar al Rey Pescador), o bien la fuente de la eterna juventud... la inmortalidad. El haber salvado el alma.  
Y la realización de la quinta fase...

-... y varias más...

- Y de ahora en más, el dilema del buscador que finalmente encuentra algo. Seguir o no seguir, creer o no creer, el orden o el caos, vivir la vida como un azar o como una alquimia permanente. ¿Cómo debo considerar este relato? Tenemos el libre albedrío... ¿o alguien guía nuestros pasos?

GRACIAS

J.T.  
2012



